

La Mansión

Miguel Calderón Fernández

Dedicado al 150 Aniversario del inicio
de las Guerras de Independencia de Cuba
y al 60 aniversario de la Revolución Cubana.

863.44
C146m

Calderón Fernández, Miguel
La mansión
/ Miguel Calderón Fernández. - 1ª ed. Pérez Zeledón,
C. R: Editorial Kamuk, 2018.
166p. : 21 X 13,5 cm.

ISBN: 978-9930-9593-5-0

1. LITERATURA COSTARRICENSE 2. NOVELA
I. Autor II. Título

Editorial Kamuk, de la Asociación de Escritores y
Editores de Pérez Zeledón.

Consejo editor:

Félix Riveros Morales.
Ilieth Barboza Gamboa.
Marta Barboza Valverde.
Alberto Fonseca Ureña.
Adams J Ruiz.
Eugenio Guerrero Cordero.

Corrección filológica: Lic. Juan Rafael Mena Gamboa.

Dibujo de portada: JAQUE.

Diseño: Adams J Ruiz.

©Miguel Calderón Fernández

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción no autorizada por
cualquier medio, mecánico o electrónico del
contenido total o parcial de esta publicación.

A Lissiloth, en el mundo de nosotros.

No puedo ser yo mismo sin tu compañía,
Puedo pelear contra un ejército, sabiendo que estás conmigo,
Cruzar los cerros elevados, sabiendo que tú me amas,
Aunque camine solo por el mundo, diré que somos nosotros.
Miguel Calderón

Prólogo

El siglo XIX fue una centuria primordial en la historia de América Latina por su carácter formativo, un grupo de importantes razones así lo demuestra; dentro de ellas sobresalen dos cuyos legados en larga duración llegan a nuestro siglo XXI. La primera fue su accidentado proceso de inserción en la órbita del capitalismo mundial. En Europa Occidental la transición capitalista comenzó en líneas generales con el inicio de la modernidad a principios del siglo XVI. Las revoluciones burguesas fueron las banderas de aquel proceso. Siglos más tarde la expansión del capitalismo industrial ocurrió con fuerza sorprendente desde fines del XVIII y el conjunto del XIX. A mediados del último siglo Norteamérica y Japón se incorporaron a tal evolución internacional. América Latina lo hizo a partir 1830 aproximadamente desde una posición periférica y condicionada a la producción de materias primas para las emergentes industrializaciones de aquellos y otros países europeos, que por lo general tenían precedentes colonizadores. Para 1910 la entrada latinoamericana al circuito capitalista universal ya había finalizado en su mayor parte. Varias de las deformaciones estructurales del continente se configuraron durante tal inclusión, ahondando de ese modo la asignación como receptor de manufacturas a la vez que productor de materias primas, recibida siglos atrás por parte los países metropolitanos y sus mercados. Esa realidad histórica adquirió proyecciones de larga duración hasta el presente.

La segunda razón antecedió a la primera y perfiló también la historia global de Latinoamérica durante buena parte de los años de 1800, se trató del ciclo independentista

continental iniciado alrededor de 1809-1811 cuyos antecedentes remontan a los finales del siglo XVIII con la Revolución de Haití de 1791. La secuencia emancipadora concluyó en lo fundamental entre 1826-1830. Dos posesiones de ultramar quedaron todavía en manos de la metrópoli española después de esa fecha, Puerto Rico y Cuba. Sus cursos libertarios comenzaron décadas después cuando en 1868 se produjeron casi al unísono los estallidos liberales conocidos como el Grito de Lares y el alzamiento de Demajagua, respectivamente.

Una vez alcanzadas formalmente las independencias americanas estas dieron paso a la creación de los actuales Estados nacionales, asunto que se desarrolló mediante una intrincada madeja histórica que es posible cartografiar a través de los procesos de pugnas postindependencias entre conservadores y liberales así como las llamadas reformas liberales. El fin del ciclo emancipador en Costa Firme (territorio continental) también viabilizó el paso y la consolidación pública de un sujeto social nacido al calor de las luchas anticoloniales: el caudillo. Sus orígenes en las lidias independentistas, el acceso que tuvo al poder político a partir de las postindependencias y sus capacidades personales y de actuación pública, fueron factores asociados a su figura a lo largo del siglo XIX. Pero la combinación de méritos combatientes, potestades gubernamentales y rasgos personales no siempre fue equilibrada en cada uno de ellos ni en los países a los cuales pertenecieron. José Martí (1853-1895) alertó con estudiosas palabras e inteligentes críticas los desempeños gubernativos de no pocos caudillos del continente. No obstante, al finalizar el siglo XIX su figura ya formaba parte del imaginario político de la mayoría de los jóvenes Estados nacionales latinoamericanos. Su representación era uno de los frutos y

legados del proceso independentista, de allí el hecho de reconocer en él una personalidad esencial para el conocimiento de nuestras historias nacionales.

El caudillo latinoamericano del siglo XIX si bien tradicionalmente provenía de la esfera militar también podía proceder de la civil. Su aureola conformó una de las imágenes de los procesos independentistas o de sus resultados. Surgido en los avatares de la formación de los Estados nacionales, muchos de ellos fueron y son vistos hasta el presente como padres fundadores de los mismos, deviniendo en iconos nacionales en nuestros países. La canonización histórica e ideológica de sus imágenes prendió con fuerza en los imaginarios populares del continente. Un factor que contribuyó a dicha visualización en las mentalidades del siglo XIX fue la tradición de veneración católica a sus imágenes santorales como encarnaciones de seres humanos con atributos especiales, de allí que el icono del caudillo fue creciendo en el campo del patriotismo con un hálito de sagrado. Muchas veces fue visto como una figura cimera cuyo rostro se ha plasmado sobriamente en pinturas y esculturas cuasi míticas acorde también al papel de la personalidad en la cultura occidental.

Con la llegada del siglo XX el caudillo devino en símbolo sagrado del pasado histórico, en figura nacional, héroe icónico cuya imagen se fue haciendo pétrea en las manos de sus historiadores e historiografías nacionales. En torno a ellos se construyeron historias marmóreas y sagradas desde las cuales se reunían todos los argumentos necesarios para alcanzar el clímax del nacionalismo político e ideológico. Sin embargo y a un mismo tiempo, en la medida que aquellas producciones historiográficas fueron avanzando la humanidad de su vida iba quedando en un segundo plano hasta reducirse muchas

veces a pocos párrafos dentro de esos textos. Esta escritura de carácter ideológico fue consagrando la figura pública y héroe popular del caudillo en un héroe pétreo perteneciente al panteón nacional de cada país; tal consagración fue limitando progresivamente su natural humanidad. Sus dilemas cotidianos, aciertos y errores, aspiraciones personales, debilidades, pasiones o sus mundos familiares, fueron soslayados en muchos casos o tildados de chismografía. Ambos extremos no fueron buenos y a la postre crearon una apreciación algo distante entre él y el sujeto común del pueblo. El resultado fue que muchos ciudadanos no pudieron concebir, ni conciben hasta el día de hoy, que sus héroes nacionales lloraban, padecieron de enfermedades o dedicaron parte de sus vidas a cultivar sus familias y a educar a sus hijos, por apenas citar algunos ejemplos.

En Cuba la tradición independentista de las luchas anticoloniales de siglo XIX (1868-1898) produjo una sólida Literatura de campaña que edificó un panteón histórico con importantes héroes nacionales, entre lo que se destacan: Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Calixto García, Vicente García, Máximo Gómez, Antonio Maceo y José Martí. Algunos de ellos encarnaron ciertas características del caudillo latinoamericano de la centuria.

En ese notorio grupo encontramos la figura de Antonio Maceo Grajales (Santiago de Cuba, 14 de junio de 1845 - Punta Brava, La Habana, 7 de diciembre de 1896). Considerado uno de los grandes héroes nacionales de Cuba, Antonio Maceo simboliza no solo las luchas por la independencia contra el dominio español, sino además, la participación popular dentro de aquel proceso revolucionario y la resistencia nacional ante las dificultades y prolongaciones de la gesta insurreccional. El 10 de octubre de

1868 se inició en Cuba la primera revolución independentista, Maceo, como popularmente se le conoce en Cuba, se incorporó tempranamente y fue ascendiendo paulatinamente hasta alcanzar el grado de mayor general del Ejército Libertador. Antes de concluir la Revolución de 1868, el 15 de marzo de 1878, protagonizó la llamada Protesta de Baraguá, desde la cual adquirió la condición de líder político en la misma medida que militar. En aquel hecho histórico manifestó tajantemente a la máxima autoridad militar española en la isla su inconformidad de terminar la lucha armada sin lograr la independencia isleña.

Al igual que otros, como el General en Jefe Máximo Gómez Báez (1836-1905), ya desde el final de esa contienda Maceo poseía una imagen mítica como caudillo militar y dirigente político que se proyectaba desde sus excepcionales cualidades para ambas actividades, así como una fortaleza física sin par que le había permitido sobrevivir a varias heridas de guerras. A partir de tales características un consagrado intelectual revolucionario de la época, Manuel Sanguily, le otorgó un calificativo mitológico con el cual hoy también se le conoce dentro y fuera de la isla, el Titán de Bronce. Si bien los titanes provienen de la mitología occidental de raíz greco-romana, Sanguily atemperó tal capacidad con el color bronceado de su condición de mulato y hombre libre.

Al finalizar la Guerra del 68 muchos de estos dirigentes militares y civiles se ubicaron en diferentes puntos de la geografía latinoamericana en espera de la segunda contienda liberadora del país; esta comenzó el 24 de febrero de 1895 y es conocida hasta hoy como la Revolución de 1895 contando con la previa organización de José Martí, uno de los grandes intelectuales orgánicos del siglo XIX latinoamericano. Fue precisamente Martí quien en un “invierno de angustia”

alertó acerca de la urgente necesidad de una segunda y definitiva independencia continental antes las apetencias económicas de los Estados Unidos al comenzar la última década del XIX. Antonio Maceo fue uno de los grandes artífices de esa segunda liberación latinoamericana.

Vivió en varios países de América: Jamaica (1878), Estados Unidos (1878), Jamaica (1878), República Dominicana (1879), Haití (1879-1881), Honduras (1881-1884), Estados Unidos (1884), México (1884 y 1885), Panamá (1886, en aquel momento provincia de Colombia), Jamaica y Panamá (1886-1887), Perú (1888), Cuba, Estados Unidos y Jamaica (1890), y Costa Rica (febrero de 1891- marzo de 1895). Fue en Costa Rica donde permaneció el mayor tiempo de su periplo americano; de allí el hecho de comprender porque en la historiografía costarricense también es uno de sus personajes históricos, aunque lógicamente sin la misma dimensión que en la cubana.

Ya en vida de Antonio Maceo la Literatura de campaña del independentismo cubano le dedicó un reconocido espacio. Una vez fallecido, a mediados de la Guerra Necesaria del 95, su historiografía comenzó a crecer a ritmos impresionantes al punto de que en el presente existe una historiografía maceista cubana de extensa tradición y asombrosa producción escritural. Tales obras se encargaron de construir su mito nacional y al estilo latinoamericano frecuentemente no priorizaron la perspectiva humana del hombre, centrándose muchas veces en el quehacer militar y político. Como resultado de lo anterior su actual imagen forma parte del arsenal ideológico de la nación, pero a un mismo tiempo es difícil conocerlo a través de sus aristas personales o desde otras áreas del conocimiento social, como es el caso de la literatura y específicamente en la novela.

Siendo Maceo una personalidad histórica conocida por una parte del pueblo y los intelectuales costarricenses, también desde Costa Rica se ha generado una interesante historiografía maceista que abarca textos históricos y literarios. Un vistazo al conjunto de estas obras nos perfila un creciente interés en los últimos quince años por la figura del legendario cubano en la tierra de otro gran héroe, Juan Rafael Mora Porras. Dentro de esa producción se incorpora con muy buenos augurios la novela *La Mansión*, escrita por el intelectual costarricense Miguel Calderón Fernández. Su trama nos refiere la vida de Maceo en Costa Rica a través de su proyecto económico en Nicoya, donde fundó aquella mítica propiedad llamada *La Mansión*, colonia de cubanos independistas amantes de Costa Rica y enamorados de su patria esclava.

El Profesor Catedrático Calderón Fernández ha ejercido por veinte años la ardua labor de la docencia y la investigación universitaria en la Universidad Nacional de Costa Rica, desde la Sede Regional de Brunca en Pérez Zeledón. Autor de dos libros de cuentos, *Cuentos de la bonga* (2014), y *Cuentos para un final* (2016), el profesor Calderón nos entrega esta vez su segunda novela, esta lleva por título el nombre de la finca fundada por Antonio Maceo y los cubanos que lo acompañaron en Costa Rica entre 1891-1895. Recientemente Calderón incursionó en la vida de Maceo cuando publicó un magnífico ensayo sobre sus relaciones con el liberalismo en la obra colectiva *Costa Rica en Antonio Maceo* (2016).

Esta novela no es un exhaustivo recorrido cronológico e histórico por la vida de Maceo al estilo de una monografía tradicional, sino la recreación novelada de varios pasajes de la vida del caudillo cubano en Costa Rica. Muchos se

tomaron de la abundante consulta de textos históricos sobre El Titán publicados en ambos países, otros fueron recreados como recurso eficaz y feliz del género novelístico. No encontrará el lector una delimitación o advertencia entre la información histórica empleada y las aportaciones subjetivas del autor; por el contrario, la mezcla constante e inteligente de ambos contenidos es uno de los mayores éxitos de la novela. Dicha hibridación es tan válida y lograda como la hecha por cualquier historiador en su obra, ya que la subjetividad es una condición humana inherente tanto al historiador como al novelista. Cuando ambos escriben median entre ellos y sus plasmaciones escriturales las subjetividades de sus formaciones educativas y familiares, los intereses y filiaciones sociales e ideológicas, las relaciones sociales y de poder en las cuales se encuentran insertos, así como las características de la época en que viven.

El condicionamiento mental e intelectual de los factores antes mencionados conforman la subjetividad de uno y otro. Muchas veces el historiador tradicional desdeña o coloca en segundo plano la novela frente al documento de archivo porque según él la primera ficciona la realidad, mientras que el texto documental no. Tal selección es de por sí un acto subjetivo y de poder queriéndose olvidar el viejo precepto de que la historia se escribe a partir de diversos intereses, o sea, desde el poder; por tanto, un documento de archivo también “recrea” el hecho que muestra. Ante el rechazo de ciertos historiadores por la novela no está demás recordarles que la historia no es como ellos la escriben o les gusta que hubiera sido, sino como fue. Es tan subjetiva una obra histórica como una literaria porque ambas fueron creadas por un mismo autor, el hombre. El historiador, consciente o

inconscientemente, también “ficcional” la realidad que estudia y explica.

La novela *La Mansión* es una entretenida y amena obra que nos humaniza la figura de Antonio Maceo sin hacer concesiones comerciales o chismográficas. Apoyado en un refinado humor sarcástico se narran en ella momentos y anécdotas de la vida social y personal de Maceo en Costa Rica. Al presentar las distintas situaciones en las que participa o se ve envuelto el Héroe de Punta Brava, Calderón Fernández lo hace sin demeritar en ningún instante la grandeza de su mito; contrariamente, los sucesos que nos relata resaltan una constante admiración por el intelectual orgánico e independentista latinoamericano. Miguel Calderón supo encontrar además un fino equilibrio narrativo entre las diversas y reales vivencias biográficas de Maceo y las aportadas por él. Asimismo ocurre con los hechos mencionados de la historia costarricense, la cubana y la universal, estos fueron amalgamados con soltura y elegancia escritural.

La novela es una hermosa contribución a la diversificación de la imagen tan severa y formal con la cual los cubanos conocemos mayormente a Maceo. Los avatares de Maceo y su tropa insurrecta, a través de la geografía costarricense, tienen un rico valor para los amantes de *El Titán* y cualquier lector al emprender junto a ellos los sucesivos viajes entre *La Mansión* y la ciudad de San José en aquel tiempo. Aprovecho el privilegio que me ha concedido Miguel Calderón Fernández al escribir este breve prólogo para señalar que en su obra encontré un personaje fascinante, *El Turrialba*. Sin adelantar ninguna información o trama diré que la relación entre ese pequeño niño y el general cubano nos permite imaginar una faceta de Maceo que todavía hoy en Cuba nos resulta distante: la dulce ternura del padre que pudo

haber sido, condición humana que por sí sola aquilata el valor total de la novela.

Como historiador no puedo afirmar que todo lo narrado aquí haya ocurrido en la vida personal de Antonio Maceo, pero la necesaria imaginación sociológica que todo historiador debe poseer me permite leer con sumo agrado una historia imaginada de lo que tal vez pudo haber sucedido; porque la propia historia nos enseña que por más “objetivos” que seamos sus escritores, difícilmente podemos reproducir o presentar los hechos como exactamente ocurrieron. Como novela histórica cumple eficazmente todos los requisitos, por lo que aplaudo con alegría y doy mis sinceros parabienes al autor.

Por último, no es ocioso de decir que La Mansión ensancha aún más las historiografías literaria e histórica maceistas de los dos países. Enhorabuena para Miguel Calderón por estrechar aún más los lazos de historia y amistad entre Cuba y Costa Rica. Ambas naciones comparten afinidades históricas que son unidad por la vida y obra de un independentista latinoamericano excepcional: Antonio Maceo Grajales, hombre y héroe que se enamoró de Costa Rica sin dejar de amar a su adorada Cuba.

Antonio Álvarez Pitaluga

El Titán

Lo vieron salir de un hotel josefino con una mujer blanca como el algodón, bella como Helena de Troya, y desafiante ante la mirada de los caminantes. Era la hermosa pretendida de un periodista insigne de aquella ciudad, pero El Titán era atractivo y arriesgado cuando una bella dama le aceptaba una propuesta de amor.

Esa condición la demostró cuando tuvo una aventura amorosa con una dama hondureña. Se llamaba Pastora y era la mujer de un oficial del ejército, alto jerarca que dominaba las milicias del país. Él estaba en la cafetería La Rivera, era un día soleado y el resplandor de los cerros se mezclaba con la sombra de las pequeñas construcciones. Ella llegó, llevaba un mensaje de su esposo para el mulato.

—¿Cómo estás General? —saludó con afecto la dama; su voz entrecortada la delataba nerviosa.

—Muy bien —respondió El Titán.

Observando la inquietud de la dama, El General trató de ser lo cordial posible; en todo caso, dentro de su seriedad, la cordialidad era una de sus cualidades.

—¿A qué debo tan hermosa visita?, preguntó en un tono de voz suave.

—Vengo a dejar un mensaje de mi esposo, que desea reunirse con usted.

—Siendo traído por tan insigne dama, el mensaje ha de ser muy importante, repuso El Titán.

—Lo es, argumentó la mujer.

El mulato recibió la información y acordó fecha, lugar y hora para tal encuentro. Mientras escribía un mensaje de aceptación para el militar, la dama lo observaba y dimensionaba las diferencias entre el caribeño y su esposo. No

apartó la mirada de los pectorales del mulato, su figura la tenía cautivada. El pelo riso y vigoroso, las manos fuertes, y una mirada que penetraba en lo más profundo de la vida, terminaba impactando a la mujer. Igual impresionó a la dama la serenidad con la que El Titán parecía ver el desarrollo de la vida, se podía levantar a pelear en una batalla con la misma convicción que miraba el paisaje de aquella pequeña ciudad.

El mulato se reunió con el oficial una vez, suficiente para saber lo que el militar requería. La reunión fue privada, el uniformado no quería ser visto cerca de Maceo. Con el militar se entendió en una sola reunión, pero con Pastora requirió varios encuentros. El oficial se molestó por la situación, algo particularmente entendible para la época, corría el año 1883.

El mulato debió retirarse a un puerto llamado La Ceiba, lejos de la capital. Allí se enamoró de una mujer de nombre Osmoa; era una mestiza de facciones particulares, lo que podría decirse fea. En realidad, le decían “La Fea”, pero tenía facilidad para tratar temas de lucha independentista, eso fascinó a El Titán.

Osmoa hizo todas las preguntas que el periodista de San José hubiera querido hacer a El General, pero que la dama no tenía mala intención:

—¿Cómo van a gobernar la isla un grupo de negros y mulatos?

—¿Qué experiencia tienen en temas políticos si lo único que conocen es la esclavitud?

El mulato la miró y no quiso responder. A cambio le formuló otras preguntas para que la dama reflexionara, él no era persona de entrar en discusiones extensas, a no ser que fuera una situación como la que vivió en Baraguá, donde

tuvo que enfrascarse en argumentaciones con el jefe del ejército español, un tal Martínez Campos. Discutían el fin de la guerra, ese día sí que logró imponer su posición de General, y dijo todas las palabras necesarias para rechazar el Pacto del Zanjón.

Osmoa esperó que El Titán la llenara de argumentos para responder a sus preguntas, pero como hemos dicho, el mulato únicamente le formuló un par de cosas:

—¿Qué sabe usted de negros y mulatos?

—¿Sabía que antes de ser esclavos, los negros eran los dueños del continente más rico del planeta?

Osmoa reflexionó. En adelante trataban el tema desde otras dimensiones, desde la independencia y la libertad para los esclavos.

Se llegaron a entender muy bien, y pasaron unos seis meses compartiendo aquel pueblo entre las serranías y el mar.

El día que salió del hotel josefino con la bella mujer, todos lo observaban con cierta admiración. No sabemos si las miradas correspondían a su figura como guerrero, a su condición de galán o a su color de hombre mulato que se sobreponía al ambiente racista de la época, 1891.

Un mulato caminando por las calles de San José, con una mujer blanca a su lado, eso únicamente El Titán lo podía hacer.

El periodista sufrió unas semanas de depresión severa, se retiró de la ciudad por un tiempo, luego retomó su trabajo en uno de los periódicos más importantes de la capital. La situación lo hizo subir de peso, y su figura rechoncha se arredondeó más.

Maldito mulato, decía en voz baja mientras caminaba por la calle principal de la ciudad. Algunos creían que se estaba volviendo loco, que el cambio en su figura se debía a la duplicación de sus porciones alimenticias, producto de la ansiedad que le producía la presencia del mulato en San José.

Un día se encontró de frente con el caribeño, iba por la calle principal del Mercado Central, y con la mirada baja decía lo mismo, maldito mulato, maldito mulato, maldito mulato. Repetía continuamente la frase como si fuera un esquizofrénico del Hospital Chapuí, se golpeaba la cabeza como queriendo sacar a puñetazos al mulato de su vida. Ese día El Titán venía de frente, escuchó la blasfemia y, con acento fuerte le formuló la interrogante que haría sentir escalofríos en los muslos del periodista. «¿Por qué me maldices?» preguntó.

El periodista, con voz entrecortada le aseguró que venía pensando en el editorial del periódico, y que no recordaba lo que dijo.

No me maldigas más, le dijo El Titán, y, si lo vuelvo a escuchar con esa cantaleta procederé a establecer un duelo público con el arma que convengamos, terminó sentenciando.

El hombre de letras no respondió a la advertencia, se alejó con rapidez para no evidenciar el cambio de color en sus pantalones.

En adelante el periodista se concentraría en eliminar las pretensiones de El Titán en lograr una porción de territorio de unas 10.000 hectáreas en el cantón de Nicoya, donde se instalaría una colonia de familias cubanas. Esta vez, la guerra la haría con el arma que él sabía manejar con astucia, la pluma.

Era un mulato fuerte y elegante, su figura resaltaba entre los hombres comunes de aquella ciudad josefina de 1891. Su bigote oscuro y denso, con alguna terminación curvada hacia el cielo, resaltaba la elegancia natural del hombre que dividía al país en dos tendencias, los que lo apoyaban y los que lo odiaban. Sus patillas, terminación lateral del cabello, bajaban hasta el final de las orejas, llegando casi al cuello, estado deseable para un hombre de la época, no muchos lograban esa condición, su herencia africana generaba de buena forma dicha cualidad.

Caminaba mirando al frente con una leve inclinación hacia el horizonte, esto lo hacía parecer altivo y preparado para localizar cualquier obstáculo que le apareciera a su paso, o cualquier buena vista que se sumara.

Tenía la elegancia de Aquiles, y su fortaleza en la guerra lo hacía parecer al legendario griego, pues llevaba en su cuerpo, a esa fecha, más señas que un árbol de Jinocuabe. A pesar de sus muchas heridas de guerra seguía erguido como un Guayacán, firme y sereno. Sabía que su muerte no era prerrogativa de un humano común como el periodista orgulloso que lo vilipendiaba desde la tribuna. Tenía la condición de no fumar, odiaba ese olor nauseabundo que produce el tabaco en la boca de los fumadores, y el licor no era parte de su vida.

Un machete al cinto siempre era posible, especialmente cuando estaba en La Mansión. En el manejo de instrumentos de trabajo y de defensa era un experto. Su estatura sumaba un metro noventa y cinco centímetros, y su peso oscilaba entre 190 y 200 libras de pura fibra. ¿Quién con ese peso tuviera la habilidad de El Titán para montar a caballo,

correr en una batalla de guerra, o caminar hasta La Mansión lidiando con diversas situaciones?

Su físico era tan impresionante que los cubanos de La Mansión, años después de que él se fuera para la guerra, seguían comentando que algunos hombres sentían admiración por el mulato. Se reunían en el Grito de Yara, establecimiento comercial a orillas del Río Morote, con unos rones de más comentaban que el poeta cubano Julián del Casal sentía admiración por El General. Encendían un tabaco, y entre bocanadas de humo narraban lo dicho. Sabían las frases de memoria, no dudaban en nada; primero repasaban las historias de guerra y luego llegaban a la admiración física. En ese tema no habían elogios directos, era imposible para un cubano decir por ejemplo: El Titán era elegante como un ángel, era guapo como un tico, era bien parecido. Por eso recurrían a la misma leyenda y decían: el poeta lo admiraba, sí, el poeta se impresionó con su físico.

Gumersindo Arauz era el que recitaba la leyenda paso a paso. Tomaba una jarra de ron producido en La Mansión, y los demás le decían: «Dale Gumersindo, cuenta la historia nuevamente». Entonces el viejo, de ojos negros y torcidos como un caracol, iniciaba el relato. Con acento caribeño y una voz carrasposa por el mucho fumar hacía pausas entre uno y otro dato. Los demás escuchaban con devoción sentados en unos sacos de maíz, únicamente interrumpían cuando se levantaban a poner más ron en su jarra.

«Lo vio en La Habana en 1890», iniciaba Gumersindo. El Titán se hospedaba en el hotel Inglaterra y se mantuvo en ese lugar entre febrero y julio. Era un edificio admirable que se ubicaba frente al Parque Central. El poeta lo saludó con afecto:

—¿Cómo estás General Maceo?, Recibe mis respetos por la lucha que libras en nombre de la patria cubana.

El Titán, siempre cordial, respondió:

—Es un honor conocerlo, insigne poeta, gracias por sus respetos, que sean para el pueblo cubano, esta lucha es de todos.

Hablaron de temas importantes, pero no de los proyectos de guerra. Julián le pidió una cita en días posteriores, sería en el café del hotel. Una tarde de abril, con el sol radiante de La Habana el poeta llegó, llevaba un libro de su autoría para obsequiar al mulato. Dentro del libro iba una hoja suelta con un poema, lleno de buenas frases, de admirables metáforas y cadenciosas imágenes, solo dignas de un poeta modernista como lo era Julián del Casal. El Titán lo recibió con afecto.

—Lo escribí para usted, honorable General —dijo el poeta. Su piel se estremeció, no sabemos si por el honor de dedicar un poema a tan insigne personaje o por el sentimiento tan personal sobre El General.

—Lo leeré con admiración amigo Julián —respondió El Titán. Su actitud era siempre cordial, elegante y sobria, sin palabras innecesarias.

El poeta procuraba coincidir con él en cuanta actividad fuera posible. Por eso buscaba las oportunidades necesarias y las relaciones casuales para procurarse la información que lo llevara cerca del hombre por quien tenía mucho aprecio sentimental.

Los hombres, desinhibidos por el ron, gritaban al unísono: recite el poema Gumersindo, recítelo. El viejo, de ojos negros y torcidos como un caracol, tomaba una bocanada de ron, fumaba un tabaco y aspiraba todo el aire posible, llenaba los pulmones con la brisa fresca del Río Morote.

Acto seguido, iniciaba la recitación del poema que Julián del Casal le escribió al Guerrero de Baraguá:

“Siento que el corazón sube a mis labios,
Cual si en mi pecho la rodilla hincara,
Joven Titán de miembros acerados”...

Todos escuchaban en silencio a que Gumersindo terminara la recitación, luego hacían una pausa meditativa y lo interrumpían con alguna frase en memoria del héroe, “Joven Titán de miembros acerados”.

El periodista era un hombre hábil para complacer, desde su periódico, al público élite de la nación, a los hombres de poder económico y político. Su apariencia física no era la deseada para seducir a las damas, pero su postura, desde la plataforma del medio de comunicación más poderoso del país, lo hacía ver como un hombre importante, deseable y seductor. Por eso la dama, bella como Helena de Troya, de piel blanca como el algodón y ojos azules como el Mar Caribe, lo tenía como su pareja ideal, el hombre que la presentaba ante las altas esferas sociales y políticas de la época.

Cuando la mujer vio a El Titán bajar de un barco en el puerto del Caribe, un 21 de febrero de 1891, su periodista quedó olvidado en las calles de San José. Se acercó a darle la bienvenida, iba representando al ministro Lizano que trataría el tema de la concesión de tierras con Maceo.

—Bienvenido General Maceo, Costa Rica te espera, y yo vengo a recibirte en nombre del Gobierno Nacional. El Titán le agradeció la bienvenida y devolvió la cortesía.

—Es un honor ser recibido por tan bella dama, le dijo. Su expresión verbal y corporal, unida a las pocas palabras, correspondía al galanteo de la mujer. Y, no sabemos cuántas cosas hablaron mientras viajaban entre puerto Limón y San José, pero sí sabemos que el periodista quedó sin resonancia.

Desde ese día el periódico dirigido por el sujeto en mención, se convirtió en el campo de batalla que El Titán debía vencer para vivir en La Mansión. Decenas de editoriales se redactaron para generar mala imagen a El General y su gente, miles de palabras circulaban en el congreso tratando de bloquear la ley que permitiría a los cubanos vivir en Costa

Rica. En una ocasión el periodista publicó: “Traer gente que engruese la fila, no puede ser reprochable, sino la condición de que ella sea de mala calidad”.

Seguiría esa tendencia en su periódico, “pues el color blanco siempre brilla más que el negro, aunque este sea charolado”, terminó así otro editorial.

El Titán era un hombre extraño, aquella molestia nunca perturbó su sueño, seguía caminando sereno hacia el proyecto que lo apasionaba. Nunca se supo si, dentro de esa serenidad, vista por los otros, existía la inquietud y preocupación permanente que lo hiciera sentir temor de no poder llevar a cabo su misión.

Algunos dicen que no se preocupaba, que su pensamiento era fuerte como su estructura física, pero de esas cosas quién puede saber. Yo creo que sí tenía numerosas inquietudes, pero tenía la certeza que tienen los grandes humanos, caminan entre los demás, piensan sus cosas y mantienen su soledad, solo para ellos. No comparten sus pensamientos porque pierden energía al repetir palabras que se gastan de tanto decirlas. Entonces se les ve entre la gente, juntos pero solos al mismo tiempo, van pensando en sus proyectos, los más importantes, las otras cosas quedan relegadas en alguna parte de su mente.

¿Y lo del periodista? Eso no ocupaba mucho espacio en el pensamiento de El General. Entonces, el hombre de letras seguía publicando improperios día y noche. Quería ser parte de los pensamientos de El Titán. En lo íntimo lo admiraba como todos nosotros. A no ser por el incidente de la bella mujer, quizá el periodista, un día de liberación espiritual, pudo haber sido un lunes, domingo o martes, cualquier día que se sintiera libre de prejuicios, solicitaría una cita a El

Titán para jurarle amistad. Dejaría de escribir sandeces y daría por terminada la rivalidad:

—Saludos cordiales General Maceo, primero que todo quiero expresar mi más sentida admiración por tus logros en la guerra de independencia.

—¿Puedo tutearte?

—No hay problema señor periodista, puedes hacerlo-, respondería El Titán.

—Estimado General, continuaría el periodista, quiero jurarte amistad y lealtad en este proceso que ustedes los cubanos llevan a cabo y, que especialmente tu persona lidera. De hoy en adelante no escribiré editoriales en tu contra; por el contrario, haré un recuento de todas tus luchas ganadas en la Guerra de los Diez Años, especialmente resaltaré la Protesta de Baraguá, admirable posición que tomaste contra toda predicción del General Martínez Campos.

—Recibo este gesto con aprecio y cariño, estimado periodista —terminaría diciendo El Titán.

Pero no pudo ser así, lo de la dama era imperdonable para el josefino de refinada sociedad.

Viaje a La Mansión

Si quieres saber sobre La Mansión, sentir de cerca la energía de El Titán, pensar en los viajes que él y los suyos debían hacer para recorrer los varios cientos de kilómetros que se suman desde San José, debemos iniciar por la época moderna.

Para llegar a La Mansión debemos tomar un autobús de transporte público en la terminal de San José, entre la calle cuatro y la avenida segunda. Preferiblemente en horario por la mañana, eso amortiguará por un rato el calor infernal de viajar en esas rutas tan calurosas. Durante cuatro horas se irán dibujando diferentes paisajes que, al inicio pueden ser atractivos, pero que al mucho rato se empieza a sentir alguna molestia en el cuello, en las posaderas y en la espalda.

Después de dos horas de gira se llega a Esparza, en esa comunidad El Titán consiguió algunas piezas del ingenio que instalaron en La Mansión, allá por el año 1894.

Sigue la ruta que pasa cerca del puerto de Puntarenas. Es una carretera moderna, de asfalto, algunas trechos escabrosos, pero no comparados con el camino antiguo por donde circulaba el mulato con su gente a lomo de mulas; animales de transporte que no siempre eran de buenas costumbres, pues conservan, según las creencias religiosas, una maldición heredada de la hibridación entre un burro y una yegua, anatema impuesta por la Virgen María. La madre de Jesús nunca aceptó perder la raza pura del pequeño asno que le servía como transporte en las calles de Jerusalén, en momentos de persecución imperial; acontecimiento similar al que vivió Maceo y su gente perseguidos por otro imperio. Aun así, los cubanos preferían a las mulas que a los caballos, el carácter recio y malhumorado de la acémila servía de respaldo en los

caminos sinuosos y empinados que existían entre San José y La Mansión.

Después de Puntarenas el autobús llega a Limonal, comunidad polvorienta y seca. Una estatua de un toro gigante indica la actividad agrícola que se practicaba antaño. La estructura, construida de hormigón, permanece seria e incólume ante los malos tiempos que asedian a la comunidad.

Deja la carretera que se dirige al norte, la que llega a la frontera con Nicaragua. En este punto el autobús se dirige al noroeste, rumbo al cantón de Nicoya; pasa por el puente La Amistad sobre el Río Tempisque, y sigue su ruta por parajes extensos y llanuras revueltas con maleza seca.

Algunos semovientes se verán en los potreros desamparados por la lluvia, y sentirá tristeza al pensar que La Mansión podría ser igual. Devolverse no es una opción ya que pronto se acerca a una bifurcación que lo direcciona hacia el Golfo o hacia la ciudad de Nicoya. El autobús seguirá hacia la ciudad, pero no llegará hasta ese lugar; unos kilómetros antes tomará una ruta a la izquierda y, en seguida se comienza a sentir una brisa ligera que anima el espíritu; es el aire fresco que conserva el Río Morote, lo mueve de arriba hacia abajo por el cauce alegre que vio llegar a El Titán y a su gente hace más de un siglo.

Los árboles comienzan a verse a la orilla de la carretera, son cedros, guanacastes milenarios, tamarindos gigantes que tiran semillas oscuras para que los vecinos hagan sus bebidas. Entonces se puede ver a los niños con sus mochilas caminar en dirección a la escuela, llevan vainicas de tamarindo en sus manos frescas, van con su cabello recién lavado, y hasta parece que se han puesto alguna colonia para mejorar su presencia. Se ven alegres, deben cruzar el Río Morote, pero

ahora hay un puente, ya no es preciso montarse en una mula para que la corriente no los arrastre.

El autobús pasa cerca de los niños, el pelo crespo y recién mojado se alborota un poco, se percibe que el cabello muestra reminiscencias de la herencia caribeña. Los niños sienten pasar el autobús pero no lo miran, se concentran en resguardar las semillas de tamarindo que servirán de merienda en los recesos de la escuela.

El autobús llega al Río Morote y no se detiene, hay un puente fuerte, sin barandas pero seguro, nadie viene de frente, pocas veces coinciden dos autos en ese paso de una vía. Los niños vienen atrás, se han quedado lejos del vehículo, ellos caminan despacio, en La Mansión de ellos no existe la prisa. Llegan al puente también, pasan caminando, es el mismo río que un siglo antes algunos de sus ancestros debían cruzar a lomo de mula, ellos lo saben porque en la escuela cuentan esas historias. Se distraen un poco, ven el agua cargando la brisa fresca y tiran piedras desde el puente. Las pequeñas piedras brincan haciendo maromas en el remanso, el agua salta alegre también, y regresa al cauce para seguir su ruta hacia el Golfo de Nicoya. Los niños, mientras tiran piedras cantan algunas frases del himno escolar:

Nuestro ideal es ardiente deseo,
de alcanzar una cima preciosa,
nos protege una sombra grandiosa,
bajo el nombre de Antonio Maceo...

El autobús pasa frente a lo que un día fue el Grito de Yara, un antiguo comisariato fundado por un cubano. Este establecimiento comercial mantenía a los isleños cerca de la lucha revolucionaria, su nombre hace referencia al inicio de la revolución de independencia. El Grito de Yara nos remonta al ingenio La Demajagua donde Carlos Manuel de Céspedes se reunió con muchos patriotas el 10 de octubre de 1868 para organizar el inicio de la lucha armada, ese primer movimiento llevaría ese nombre, GRITO de YARA. Se le

llamó así en honor a la primera batalla en el pueblo de Yara, que se dio el día siguiente de la insigne reunión.

Cuando los cubanos se reunían en aquel establecimiento a orillas del Río Morote, la sangre se aceleraba de emoción, y en grupo, reunidos en rueda, el más adulto contaba las historias revolucionarias de los héroes cubanos. Una bandera de la Isla ondeaba a la entrada del establecimiento, y un retrato del héroe y poeta José Martí estaba a la vista de todos los visitantes.

El fundador del Grito de Yara se llamaba Carlos, razón por la cual El Titán cuando pasaba frente al establecimiento pensaba en el padre de la patria, en Carlos Manuel de Céspedes, primer presidente de Cuba en armas, quien le dio el grado de coronel a pesar de las críticas de la cámara de representantes que no veían con buenos ojos que un mulato ascendiera de grados militares.

Los niños siguen tirando piedras al río, entretenimiento bueno para ellos. Las tiran al agua o a otros lugares. Nadie sabe a dónde llegan, pero eso no importa.

En ese mismo sector, cerca del Río Morote, está el parque que lleva el nombre de Antonio Maceo Grajales. Unas estructuras no conocidas por la modernidad se erigen como recuerdo del antiguo ingenio azucarero instalado por los cubanos en 1894.

Por fin, desde la ventana del autobús se ve la escuela, es una casona vieja, de madera desteñida por el sol, de recuerdos imborrables por el tiempo, de historias inacabables. Es de madera de pochote, cedro, tamarindo y guanacaste, algunas piezas son de guayacán, chiricano y chanco blanco. Ha sobrevivido a muchas generaciones de humanos, son eternas, era la casona donde El Titán vivió por varios años.

Vamos a La Mansión de Maceo, decían los cubanos cuando iban a reunirse con el mulato.

José Antonio Cienfuegos, guarda de la escuela, asegura que por las noches se escuchan las conversaciones de los cubanos que asistían a reuniones con El General Maceo. Los sonidos quedaron incrustados entre las fibras de las paredes, y la madera se estruja y gime cuando las voces se alegran durante las madrugadas y cuentan el avance del ingenio, la historia del español que Maceo rescató de la corriente del Río Morote, la del niño indígena que nació en la embarcación cuando los primeros cubanos cruzaron el golfo. Se escuchan anécdotas sobre terremotos; diálogos confusos se cruzan con las conversas, llegan desde los sembradíos de caña de azúcar e ingresan a la escuela metiéndose por las rendijas.

Pasa alguien por el pasillo; es un mulato que llegó en el primer viaje, va a consultarle a Maceo sobre su parcela, «¿dónde me toca trabajar?», le pregunta, de inmediato otro grita que su equipo perdió el campeonato de pelota.

Cienfuegos dice que no le da miedo ver a esas personas caminando por el piso de la escuela, que por las mañanas tienen que irse porque los niños llegarán a recibir sus clases. El vigilante de la escuela se parece a ellos, solo puede contar estas anécdotas en las noches, asegura que durante el día no puede recordar nada. Cuando los trotes de las mulas inundan el lugar, el cuidador de la escuela dice que no puede oír con claridad. A esa hora las voces se confunden y los temas se cruzan entre juegos de pelota, estrategias de guerra, la construcción del ingenio, y otras discusiones personales que suben de volumen estrepitosamente. José Antonio Cienfuegos repite lo acostumbrado, esta madera es eterna, y yo llevo más de un siglo escuchando a esos cubanos hablar sin cansarse; yo sentí que debía irme cuando dijo eso.

Los niños saben que están llegando a la escuela, ven el rótulo grande y bien escrito que dice: Escuela Antonio Maceo Grajales. Una estatua de El Titán los recibe, todos la miran un buen rato y reflexionan, quién sabe lo que piensan, quizá piensan lo mismo que nosotros.

Al inicio La Mansión era solo el espacio donde vivieron los cubanos, unas 10,000 hectáreas de terreno que se fue desmontando en concordancia con lo que indicaba el contrato Maceo-Lizano, documento legal que determinaba la actividad y la extensión territorial otorgada a los vecinos del Caribe. Ellos se comprometieron a sembrar agricultura para subsistir: frijoles, arroz, yuca, plátano, caña de azúcar, maíz y café. El contrato permitiría también la formación de industrias, por eso, lo del ingenio.

Actualmente La Mansión es un distrito del cantón de Nicoya, se ubica a once kilómetros al sureste de la ciudad. Se compone de unas veinticinco comunidades que llevan nombres maravillosos, algunos heredados de los fundadores, los cubanos; otros son producto de la herencia ancestral de pueblos originarios y, por supuesto, algunos nombres fueron puestos por los españoles durante el período de la invasión, nombres religiosos que imponían una nueva forma de ver el mundo.

No se puede dejar en el olvido los nombres de esas comunidades, nos regresa al pasado, a lo mágico, a lo efímero y bello, a lo maravilloso que se conserva a pesar de tanta modernidad.

Morote, es el nombre del mítico río que cruzaban los cubanos antes de llegar a La Mansión, es un sonido heredado de los Chorotegas venidos del norte, influencia mesoamericana, historia que nos remonta a las relaciones comunales que existían antes de la invasión. Otros pueblos tienen su magia al pronunciarlos, Guastomatal, Matambuguito, Nacaome, Zapandí, Lapas, Yerbabuena, La Vigía, Uvita, Río Vueltas, Pueblo Viejo, y Puerto Jesús. Este último, diferente de todos,

corresponde a la visita que Jesús hiciera a La Mansión. Por tal razón, su nombre quedaría grabado en ese pueblo.

Es entendible que Jesús y los galileos dejaran su lago estéril para viajar a esta región y disfrutar del Golfo de Nicoya.

—Este es un gran lugar para la pesca, le dijo Jesús a Pedro.

—Sí Señor, pescaremos donde tú nos indiques, respondió el apóstol.

—Tire las redes en cualquier dirección, indicó Jesús, este mar es fértil como la madre de Dios.

Pedro, un tanto incrédulo, preguntó de nuevo, ¿en cualquier lugar señor?

—Hombre de poca fe —le increpó Jesús, le dije que en cualquier lugar.

Pedro tiró un trasmallo y pescó corvinas, pargos rojos, pargos azules y manchados, macarelas, camarones, tortugas, cocodrilos de ocho metros de largo, cangrejos, tiburones gigantes, mantarrayas y ballenas recién paridas. Entonces el apóstol se quedó maravillado y salió gritando de alegría.

—Maravilloso señor que produce los peces donde desierto había, que hace mover los mares con solo el pensamiento....

Jesús lo escuchó desde lejos, había decidido caminar sobre las aguas del golfo y estaba cerca de la Isla de Chira. Desde allá le gritó «no seas ingenuo Pedro, estos mares están llenos de peces y yo no tengo nada que ver en eso».

Pedro se sorprendió al ver a su maestro caminar sobre las aguas, «¿cómo lo haces?», le preguntó. Jesús desde lejos le indicó «tú puedes hacerlo también, ten fe y camina, solo encuentra las piedras».

Pedro lo intentó, pero cuando sintió los pies livianos y nada de piedras debajo de sus talones se comenzó a hundir. Gritó desesperado «Señor, sálvame que no encuentro donde poner mis pies». «Hombre de poca fe», se escuchó

la voz de Jesús, y Pedro se consumió en las profundidades del golfo. Un marinero de un vapor llamado El Turrialba se lanzó desde la proa y lo jaló de la barba. Pedro expulsó agua de sus pulmones, cuando lo pusieron en tierra dijo «a este lugar hay que llamarle Puerto Jesús». El marinero le respondió «llámalo como quieras, nosotros vamos para Puerto Castilla».

Jesús viajó en la época de El Titán, lo visitó en su antigua casona, La Mansión. Pero conociendo el carácter y determinación del cubano, sabemos que no aceptó dejar en paz a los españoles de la isla, pedido que sin duda le imploró el nazareno.

Entonces el hijo de Dios y los galileos que lo acompañaban jamás se fueron de regreso; desertaron como enviados de la Corona y se quedaron en alguna de esas islas del Golfo de Nicoya, no aceptaron ir a otro paraíso.

Jesús llegó y preguntó, «¿dónde puedo ver a El Titán?», el cubano que lo recibió preguntó, «¿quieres verlo o quieres hablar con él?». «Ambas cosas», respondió Jesús. «Está en la casona», le dijo. «Venga conmigo, lo llevaré al lugar». Caminaron por una ruta polvorienta y escabrosa. Jesús se quitó el polvo con la manga de su túnica. De vez en vez sacaba un poco de vino tinto de su chaqueta de piel de cabra y tomaba, vicio que le quedó desde las bodas de Caná. Y no se preocupó de que se le acabara, en La Mansión hay mucha agua para ser convertida, y mucha palmera para hacer vino de Coyol, agregó el cubano.

Al llegar encontró a El Titán herrando una mula.

—Lindo animal —le dijo Jesús para entrar en calor.

—Sí, así es —respondió El General Maceo.

—Pero sabes, las mulas son un poco mañosas y no pueden tener crías —le recordó Jesús.

—Sí, así es —respondió de nuevo el mulato—. Es por culpa de su madre que estos animales cargan esa maldición —le aclaró el Titán.

—Sí, así es —aceptó Jesús.

—¿Cómo sabes que soy Jesús? —le preguntó el visitante.

—Solo a un judío se le ocurriría andar con una camisa de cuero de cabra en estas tierras calurosas —le dijo Maceo.

—Puedo hablarle unos minutos? le preguntó Jesús.

—Sí, —dijo El Titán— podemos hablar.

En La Mansión tuvieron la conversación que hemos sugerido desde el inicio.

—Quiero que dejes a los españoles en paz -inició diciendo Jesús.

—¿En paz?, —preguntó El Titán—. ¿A cuál paz te refieres?

—Que los dejes gobernar la isla con tranquilidad y transparencia como lo están haciendo, esa es la voluntad de Dios y nadie puede contrariar sus propósitos, terminó solicitando el enviado.

El General no quiso entrar en diálogos, sacó un machete filoso y le dio al visitante un minuto para que se alejara. Le advirtió «vas a morir decapitado esta vez». Pedro quiso sacar su espada y defender al nazareno. «Le puedo cortar una oreja», dijo el barbuchas, pero Jesús le habló al oído «estás loco Pedro, Maceo es un guerrero de verdad, y estamos en La Mansión». «Siempre te defenderé —insistió Pedro—, y nunca te negaré». Jesús lo miró con fuerza y le aclaró «cuando tengas al mulato de frente con su machete filoso me negarás mil veces y más, déjate de carajadas».

Jesús se disculpó con El Titán diciendo que ese era un mensaje del General Martínez Campos y de los Reyes Católicos, y que no era algo personal. Por el contrario, dijo el nazareno «Yo siento mucha admiración por su persona y

todo lo que se habla de usted». El Titán le reiteró la advertencia «O te vas o morirás por segunda vez, y aquí en Nicoya no hay resurrección».

Jesús salió callado, había caído en una imprudencia.

—Religiosos insucrósticos —dijo Jesús—, solo sirven para enredar mi vida.

—El Titán es un gran hombre, nunca debí venir —terminó diciéndole a su compañero. Al salir a la calle le hizo la última pregunta al mulato, se volteó y con fuerza preguntó.

—¿Me puedo quedar en la isla de Chira o en algún lugar del Golfo de Nicoya?

El Titán, cordial y generoso le respondió:

—Donde quiera, siempre y cuando sea lejos del Río Morote.

En La Mansión moderna, de calles asfaltadas, de casas de hormigón, de luces artificiales y ríos con puentes, se vive recordando a El General Maceo. Es como si el alma del mulato se hubiera quedado impregnada en las hojas de los árboles, en la orilla de los caminos, en el espíritu de los humanos, en el agua que fluye por el Río Morote. ¿Tantos recuerdos puede dejar un ser humano?

Lo recuerdan observando la corriente del río. Algunas tardes, después de las fuertes lluvias que se precipitaban sobre la llanura, EL Titán gustaba de ver las crecidas del río, se quedaba con su mirada fija frente al torrente de agua que llevaba palos, animales y piedras gigantes. Los amigos sabían que debían dejarlo solo, su retiro era una especie de reflexión y recuperación de recuerdos de su vida. El dilema de la guerra, matar a su enemigo, liberar a los esclavos, la dominación sin razón contra los isleños. El fracaso de la Guerra de los Diez Años, se podría ver de esa forma o tan solo era una parte de la lucha, cuestionamiento que permanecía en la memoria del mulato. Súbitamente se ponía en pie y respiraba fuerte, parecía la inhalación de un animal dispuesto a continuar la arremetida contra su enemigo; retrocedía unos pasos y juntaba piedras para lanzar a la corriente. Los compañeros lo miraban a la distancia y entendían que EL General se sentía superior a sus enemigos, a los ibéricos invasores y esclavistas que dominaban la Isla. Él miraba a esa gente zetosa desde lo alto, se imaginaba verlos desde un cerro empinado, desde lo más alto de la Sierra Maestra quizá.

Dejaba la corriente seguir su curso y transformaba aquel espacio en una gran llanura vista desde un plano superior, entonces observaba que los españoles no tenían un espíritu

fuerte para combatir, que no caminaban con orgullo y amor como él. Un poco de agua lo salpicaba y lo hacía regresar al mundo nicoyano, se devolvía para la casona y esperaba a sus compañeros para la reunión de rutina.

Mientras miraba el horizonte desde el balcón, algunas veces tomaba una piedra o algún trozo de madera y golpeaba la baranda en ritmos variados, imperceptibles para él, era una especie de determinismo cultural de su gente que llevan la música como forma de vida. Luego llegaba algún compañero y se unía con un cencerro improvisado de alguna lata de estaño. Se unían otros que generaban alguna improvisación de letras en frases musicales cortas de seis u ocho compases, temas de la vida cotidiana, coplas al estilo nicoyano, versos de los poemas de Martí. La emoción iba subiendo y las notas rítmicas se acortaban en staccatos que incitaban al baile, era el momento para que Avelino Turrubares tomara la guitarra y acompañara en un tumbao de tonalidades elementales de tónica mayor, dominante y subdominante, armonía que orientaba las frases del cantante y que se repetía con naturalidad.

El balcón de la casona se llenaba de alegría y el baile brotaba sin ser organizado por nadie, se unían nicoyanos que por alguna razón pasaban frente a la casona, no preguntaban nada, amarraban sus caballos y se disponían a bailar hasta la media noche, siempre con bebidas de vino de coyol y de ron destilado por los cubanos.

El viaje de El Titán y su gente era diferente. Las mulas eran su transporte seguro. Una recua de estos animales debía estar siempre disponible para que los cubanos pudieran llegar seguros a la primera estación del burrocarril en Esparza, y de allí, este vehículo movido por pequeños asnos sonaba una bocina escandalosa avisando la salida hacia el puerto de Puntarenas. Veinte kilómetros debían ser recorridos entre el rebuznar de los burros y el sonido estridente de los rieles.

La salida de San José era muy ceremonial, El General Maceo debía preparar alimentos para un viaje que duraba una semana y que los llevaría al valle del Río Morote. Era una gira que combinaba diferentes transportes: mulas, burrocarril, barcos a vapor. El Titán prefería las mulas a los caballos, el cruce de ríos crecidos era de fácil tránsito para las acémilas, no así para los caballos que sienten la debilidad en sus canillas cuando la corriente arremete fuerte.

Las mulas en cambio, siendo animales más pequeños que los caballos son más fuertes, hunden sus cascos puntiagudos en el barro o en el agua, sostienen con tranquilidad a su jinete y no sienten miedo cuando la corriente salta intentando derribarlas. El caballo es más cobarde, sus costillas se cosquillean con el roce del agua y se arquean tratando de evadir ese frío incontrolable que producen los nervios. Entonces la corriente del río aprovecha esa debilidad del animal, sabe que está en ventaja y se mete por debajo de la panza hasta hacerlo zafar los cascos de entre las piedras, y se produce lo inesperado, el agua arrastra al animal y a su jinete, y pocas veces logran sobrevivir ambos compañeros.

Entre los enseres para llevar estaban las medicinas en primer orden. Se debía estar preparado para curar a las personas enfermas en la misma comunidad, pues salir con un enfermo desde el Valle del Morote era tarea imposible. Las personas que se ocupaban para cargar a un doliente debían ser muchas, se usaba una camilla que es una manta grande con dos varillas fuertes en sus laterales, se amarraba con seguridad y, cuatro hombres, uno en cada esquina cargaban. Encima, como reposando en una cama debía ir el enfermo. Nadie podía soportar muchas horas con esa carga, cada treinta minutos se debía remplazar a los cuatro hombres, fuerzas nuevas entraban a la faena y así se iban turnando hasta llegar a Puerto Castilla en el Golfo de Nicoya. Once kilómetros de tragedia, luego sería un tránsito en barco hasta Puntarenas donde, con suerte, se podría solucionar el problema con algún médico rural.

En casos extremos al paciente se le debía trasladar hasta Esparza en burrocarril, luego en carreta de bueyes hasta la capital, San José. Por tal motivo, el mulato cuidaba con esmero la selección de medicinas que debían llevar hasta el asentamiento que el gobierno les había otorgado en Nicoya, específicamente en el valle del Río Morote. Se sentía responsable de las familias que lo acompañaban a construir la colonia agrícola que luego pasaría a llamarse La Mansión.

Él fue quien escogió esas tierras entre otras opciones que el gobierno le había facilitado. Su primera intención fue instalarse en un territorio cerca de Puerto Limón, en el Caribe, pero la presión de los españoles sobre el gobierno costarricense desalentó esa posibilidad. El cónsul de la península sabía muy bien que El Titán estaba preparando el regreso a la isla para continuar la guerra de independencia. Pero más que una intención, el español conocía perfectamente el

coraje y la determinación del mulato para llevar a cabo aquella misión inconclusa.

La continuidad de la guerra quedó determinada en la Protesta de Baraguá, no me rendiré hasta que mi pueblo y los esclavos sean libres, le indicó el mulato al General Arsenio Martínez Campos.

El Titán entendió que el gobierno de Costa Rica, aunque lo admiraba y lo trataba con gran consideración, no podía cederle tantas facilidades para la continuación de su proyecto. Aceptó buscar tierras cerca del pacífico norte para instalar su proyecto, el mar siempre le daba seguridad, había crecido entre mares y sabía utilizar ese recurso con sabiduría. Aun cuando su isla estaba en el Caribe, el pacífico le daba algunas facilidades de transporte a través del Golfo de Nicoya. Se sentía responsable de las personas que lo acompañaban en tan difícil misión; por eso se encargaba personalmente de seleccionar los productos alimenticios y de salud que debía llevar hasta La Mansión. Cargaba una recua de mulas con esos enseres, y usaba las otras para montarse y conservar energías para el viaje descrito.

Una mula iba cargada con machetes para desmontar las tierras otorgadas por el gobierno, el mismo instrumento les daba seguridad ante cualquier peligro o amenaza. Tanto él como sus compañeros eran expertos en usar el machete como arma de guerra, esa condición la conocían muy bien los españoles que pelearon contra El Titán en la Guerra de los Diez Años, entre 1868 y 1878. El General Martínez Campos, director del ejército español en la Isla, decía que Maceo era el hombre que más respetaba en aquella guerra sin final, y sabía que el mulato regresaría a pelear por la independencia.

En esa guerra inconclusa, Martínez Campos viajó una semana para llegar a Baraguá a reunirse con El Titán, creía poder convencerlo que el fin de la guerra estaba pactado, que aceptara el Pacto del Zanjón como fin de las hostilidades. En ese armisticio los militares revolucionarios del centro y parte de oriente habían llegado al acuerdo de finalizar la lucha armada con el General Martínez Campos. Una parte de los grupos de oriente, los que eran comandados por Antonio Maceo no participaron de la decisión, y jamás, bajo el mando de El Titán aceptarían dicho pacto.

El mulato esperó al General Martínez Campos, la cita se había fijado para el 15 de marzo de 1878, el lugar elegido fue la hacienda Baraguá. Lo esperó con la misma convicción que caminaba hasta el Valle del Morote. Martínez Campos inició dando elogios al mulato, «me siento orgulloso de conocer personalmente a uno de los combatientes más afamados de la fuerzas cubanas». El mulato lo miró con firmeza como indicándole que no sería vulnerado con elogios personales. Martínez Campos procedió dando a conocer los términos

del Pacto del Zanjón, pero El Titán lo detuvo, «No es necesario que lea eso, le indicó, ya conocemos esos términos y, es por esa razón que no aceptamos el fin de la guerra». Si no hay independencia para la Isla y libertad para los esclavos, no habrá fin para las hostilidades. El General Martínez Campos, queriendo intimidar al mulato le lanzó la pregunta que nunca debió salir de su boca:

—¿Entonces la guerra sigue?

El mulato le respondió:

—Así es, la guerra continúa.

—¿Cuando quieres que la continuemos? insistió Martínez Campos.

—Hoy mismo, si quieres -respondió el mulato.

El General Martínez sintió una especie de derrota e incapacidad para persuadir a El Titán, al hombre que él mismo admiraba. Fijó su mirada al horizonte, sintió la convicción de su enemigo, la certeza con la que había respondido a su pregunta y, pidió al mulato un mes de tregua para continuar la guerra. Maceo, con claridad y estrategia no aceptó tal propuesta, ese tiempo sería peligroso para su lucha, permitiría a Martínez organizar una emboscada y destruir su ejército. Una semana es suficiente para continuar la guerra, dijo El Titán. «Así será entonces», aceptó el español.

Los que estuvieron en Baraguá dicen que Martínez Campos salió enojado y desconsolado por haber hecho un viaje tan largo sin tener logros con su propuesta. Le propinó un cinchazo a su caballo y salió de regreso. Los compañeros tuvieron que acelerar el paso para alcanzarlo, pues en un instante les llevaba un kilómetro de ventaja.

El viaje hacia La Mansión se iniciaba en San José. Cuando las familias llegaban de la Isla siempre se hospedaban en un hotel a cinco cuadras de la casa del presidente, era el mismo hospedaje donde el mulato se encontraba con la bella dama de piel blanca como el algodón y ojos azules como el Mar Caribe. Caminaban al noroeste. Ese primer periplo llegaba hasta el Monte del Aguacate, un lugar donde la minería era común, allí pernoctaban para continuar al día siguiente.

Algunas veces tuvieron problemas con trabajadores mineros que llegaban a tratar de asaltar a los viajeros o a venderles piezas de oro que habían robado de las arcas de la mina. Un día llegó un hombre grande como un árbol, fuerte como un gigante de cuento infantil, quiso llevarse dos mulas.

—No lo hagas —le advirtió uno de los viajeros, los animales no están en venta. El hombre, sin escuchar razón dijo:

—No vine a comprar, me las llevaré. Tomó los animales y golpeó al cubano.

Mientras descansaba, El Titán escuchó la refriega, se puso las botas de cuero crudo que usaba para las giras, tomó su machete y salió detrás del gigante.

—Dame las mulas —le advirtió cuando lo alcanzó frente a un bar clandestino.

El gigante, desafiante y altivo le dijo, «si te animas debes tomarlas». El mulato sacó su machete y se dirigió a los animales. El hombre de brazos grandes, cuerpo de oso y cabeza de animal temible, caminó a golpear a El Titán. Con su machete Collins número 28, una especie de espada afilada por los dos lados, le salió al paso.

Los presentes se quedaron sorprendidos, esperaban que el gigante descuartizara al mulato. Iniciaron la pelea,

el hombre era temible en esa clase de lucha, al parecer había tenido experiencias en Jamaica, en refriegas callejeras. Había venido a las Minas del Aguacate con un grupo de negros expertos en soportar trabajos grotescos.

El Titán lo dejó hacer sus mejores artes, lo iba esquivando para entender su ritmo y estilo de pelea, lo fue llevando hacia la oscuridad, cuando el gigante creyó tener ganada la pelea, el mulato lo sorprendió con un planazo en su mejilla derecha, el hombre trastabilló un poco y recibió el segundo planazo en la otra mejilla, se desmayó y cayó en un polvazal donde la sangre se apelmazó entre las orejas.

—Acábelo —gritaron unos mineros atolondrados por el aguardiente.

—No es necesario —les gritó El Titán—. Llévelo y curen sus heridas.

—Venga por un trago —gritó un borracho.

—Yo no tomo licor —le aclaró el mulato.

Tomó las mulas y regresó al campamento, bebió unos sorbos de aguadulce y se acostó a dormir. En las siguientes giras no hubo problemas en ese lugar.

—Vienen los cubanos —gritaban los mineros cuando escuchaban rebuznar las mulas en la vuelta del recodo.

Al amanecer continuaban su gira cargando las mulas y repitiendo la misma ceremonia del día anterior, desayunaban un arroz revuelto con frijoles a lo que llamaban Moros con Cristianos y seguían hasta llegar a Esparza, lugar de gratos recuerdos para el mulato.

Frente a la plaza de Esparza había un hospedaje para viajeros, El Titán y su gente lo usaban con frecuencia. Desensillaban las mulas y las ponían a pastar en una finca que pertenecía al mismo dueño del lugar. Era un pequeño potrero de varias hectáreas revestido con pasto jaragua que servía exclusivamente para esas ocasiones, donde se resguardaran con seguridad los animales.

El hotel de pueblo era atendido por una joven de piel trigueña como el color del tamarindo, hija de un pequeño hacendado colombiano que había salido de su país huyendo de una guerra atroz en ese fin de siglo. Sus ojos rasgados eran producto de la herencia asiática, su madre había llegado de China y tenía un restaurante en las Minas del Aguacate, y el colombiano, que frecuentó ese lugar se enamoró de ella y la tomó como esposa. Se la llevó a vivir a Esparza donde el hombre había comprado extensiones importantes de terrenos para hacer una hacienda de ganado y de caña de azúcar. Esa última actividad lo había entusiasmado tanto que fundó un ingenio con buenos resultados económicos. Años después, parte de ese ingenio sería comprado por El Titán para instalarlo en La Mansión.

La caña crecía en abundancia y la producción de azúcar era muy efectiva. La joven Amelia Artigas atendía la posada con calidad y dulzura; los clientes quedaban entusiasmados en regresar para sentir la hospitalidad y gratitud con la que eran recibidos en aquel hotel de pueblo llamado El Paso.

El nombre de la joven sorprendió a El Titán, lo hacía recordar a una dama jamaíquina. Se quedó en silencio y en un susurro melancólico la nombró. «Amelia, cuánta vida a tu lado, cuantos recuerdos en soledad». Levantaba la mirada

y continuaba su murmullo. «Amelia, si la vida me lo permitiera te mantendría en mis recuerdos para siempre, dejaría todas mis ocupaciones y correría a tu lado, sería como volver a entender el universo en un mundo sin guerras, difícil sería lograrlo porque no conozco ese mundo, pero a tu lado lo entendería».

Amelia, la de Jamaica, se había encontrado con El Titán después de la Guerra de los Diez Años. Fue en una de esas giras cuando El General tuvo que dejar su isla y buscar oportunidades para reorganizarse en algún país de Latinoamérica. Mientras vivió en la isla de los Rastafari, Amelia y el mulato tuvieron un encuentro amoroso.

Ella lo esperó en el puerto, debía ser su guía para llevarlo con seguridad al hotel. Hay cosas extrañas que no merecen explicación, El Titán sintió alegría cuando vio a Amelia por primera vez. Durante la noche imaginaba que la mujer llegaba a buscarlo a su habitación para consolarlo en aquellos tiempos de confusión. Había dejado su país y debía reorganizar la guerra. «¿Cuánto tiempo tardaremos en regresar a la guerra?» le decía Amelia entre sueños. Él, con la mirada fija en su rostro le contestaba, «si usted va conmigo iniciaremos la guerra hoy mismo».

Se despertaba y sentía pena por ese sueño ingenuo.

Amelia llegaba al amanecer para organizar algunas reuniones en la ciudad. Pasaban el día entre actividades varias mientras el sueño seguía dando vueltas en su cabeza. Intentaba distraerse con los recuerdos de la guerra pero era imposible, frente a él estaba la mujer que durante la noche lo hacía soñar.

No pudo más, una tarde se lo confesó «vivo soñando contigo», le dijo en forma directa. Amelia sonrió y le tomó la mano,

«son los mismos sueños que yo tengo, nada más que yo soy la que sueña contigo».

Mientras vivió en Jamaica seguía soñando, solo que a diferencia de los primeros días, Amelia estaba a su lado.

En ese encuentro amoroso El Titán y Amelia tuvieron un hijo, quizá el único hijo que Maceo tuviera reconocido públicamente. Llevó el mismo nombre de su padre, Antonio Maceo.

—Quiero que se haga fuerte y valiente como usted —le decía Amelia. El Titán reflexionaba y contestaba:

—Quizá él no ocupe ir a la guerra.

Para diferenciarlo de su padre al niño le decían Toño, ese diminutivo llevaba una dosis de cariño y mucha historia.

El Titán ya conocía Esparza. En el primer viaje exploratorio hacia la provincia de Guanacaste, buscando la mejor ubicación para su colonia, se quedó en el hotel El Paso. Iba hacia Nicoya, estaba cansado del viaje y prefirió pasar una noche en el lugar, era un hotel pequeño y acogedor, como los que hay en los pueblos pequeños. Un rótulo en la fachada tenía el nombre marcado con fuego, HOTEL EL PASO, letras mayúsculas y grandes. La madera quemada hacía sombras de carbón alrededor de las letras, y la última letra estaba un poco diluida por el fuego, por eso parecía que, en lugar de PASO, decía PASA, lo cual no generaba confusión alguna, tratándose de un lugar que da la bienvenida a los viajeros.

El mulato observó el lugar, miró hacia las colinas y respiró aliviado, se quedaría en ese maravilloso espacio. Hacia el horizonte se dibujaban las montañas que resguardaban el lugar, grandes cerros cubiertos por bosques densos que daban la sensación de proteger a un pueblo que existía separado del resto del mundo, de las guerras y de los españoles. Al este se percibía la ruta por seguir, era el camino que llegaba al puerto de Puntarenas. Se podía recorrer en mula o en burrocarril. En esos primeros viajes El Titán prefería seguir en su mula, se sentía más seguro que viajar en aquel bodoque de hierro herrumbrado tirado por burros viejos y cansados.

Saludó a la recepcionista y le preguntó lo debido: ¿tiene espacio para una noche? La joven le contestó que tenía espacio suficiente y que la mula quedaría segura en el potrero de al lado. Mi nombre es Amelia, le indicó la joven hotelera, El

Titán se presentó con su nombre de pila. Después, silencioso y melancólico, susurró varias veces, Amelia, Amelia.

La mula quedó en el repasto comiendo jaragua fresca, tenía muchas horas de no ingerir alimento y agua. La noche entera se escuchaban las mandíbulas del animal recortando bocanadas de pasto que servirían para acumular la energía que ocupaba al día siguiente; por eso tienen tanta fuerza, pensaba El Titán al escuchar aquel sonido fibroso que producen las mulas al comer.

Le tocó la habitación del lado norte. Una ventana de madera de un metro y medio de ancho por un metro de altura servía para que El Titán observara las grandes montañas que se despejan en la Cordillera Central. A lo lejos se observaba un volcán que humeaba con frecuencia, de vez en vez un destellar de piedras candentes iluminaba las faldas escabrosas del coloso.

El mulato miraba por la ventana y pensaba en algo, en la guerra quizá, o a lo mejor se despejaba la mente mirando los cerros iluminados por el volcán, nunca decía lo que pensaba. Un animal volador se movía alrededor de la ventana, pasaba cerca como desafiando a El General. Sin duda no conocía la historia de aquel guerrero inmortal. El Titán tomó la linterna y alumbró, quería conocer al intruso. El animal volador se lanzó en dirección a la luz y se le paró en el pecho, era un murciélago gigante de medio metro de ancho por treinta centímetros de largo, con varias hileras de dientes y colmillos superpuestos como un tiburón.

Lo tomó con su mano derecha en forma inmediata, fue más un reflejo que un movimiento razonado, el animal lo mordió en su pectoral izquierdo arrancándole un trozo de carne; lo lanzó lejos hacia el potrero donde la mula pastaba, pero el olor nauseabundo que dejó en su pecho lo hizo

arquearse en posición de vómito. Un líquido viscoso y mal oliente, revuelto con sangre, bajó desde su pecho llegando hasta la bragueta.

Salió rápido en busca de agua para darse un baño. Amelia lo guio hasta una fuente conducida por cañas de bambú, agua fría de los cerros. El olor apoteósico de los orines del murciélago no se despegaba de su cuerpo, entonces Amelia le llevó un jabón especial hecho de grasa de cerdo y aromas de la región: sábila, jengibre, yerba buena, orégano, romero, y la aromática flor de cananga. Si no se le quita el mal olor con este jabón no será posible con nada, le dijo la joven. El mulato la miró con dulzura y le dijo algo, no sabemos qué, pero seguro que fue alguna frase bonita porque Amelia salió con una sonrisa feliz para el hotel.

La herida en su pecho fue de mucha preocupación, los murciélagos podrían ser portadores de rabia, pensó el mulato. El padre de Amelia también se mostró inquieto, le sugirió cauterizar la herida con fuego candente. Puso un trozo de hierro en brasas de madero negro, cuando el artefacto estaba al rojo vivo lo ponía en la herida durante cinco segundos. El Titán mordía un pedazo de cuero para soportar el dolor. La piel se achicharrón y durante un mes estuvo cayendo trozos de carne chamuscada desde el pecho del mulato.

A la mañana siguiente El Titán se levantó oliendo toda la ropa, sentía que el aroma de aquel líquido viscoso y desagradable estaba en cualquier prenda que se pusiera. Salió sigiloso hacia la recepción del hotel, Amelia le tenía preparado un desayuno: tortillas de maíz, gallo pinto y huevos en torta; un café recién chorreado daba el aroma que caracterizaba a toda la nación. El mulato seguía inquieto, creía llevar en su ropa el olor desagradable de los orines

del murciélago, pero la dama le aseguró que no se sentía tal cosa, que era un asunto psicológico, lo único que si olía particularmente era la carne quemada en su pecho, pero ese aroma era diferente.

Ensilló su mula que tenía la panza grande de tanto comer, y se despidió de la joven, volveré y espero verte de nuevo, le dijo. La joven se despidió con una frase que dejó pensativo al mulato, «yo soy la que espero que vuelvas». Las palabras siguieron sonando en la memoria de El General, quizá en los recuerdos de Amelia también.

En los siguientes viajes El Titán compartió con el padre de Amelia, conversaron sobre la producción de azúcar, tema altamente conocido por el caribeño. En esa ocasión el hombre de origen colombiano le pidió que se quedara unos días más para que conociera la hacienda. Así lo hizo El Titán. Tan solo dos días se mantuvo en el lugar, pero fue suficiente tiempo para tratar diversos temas, incluyendo algunos de interés personal con Amelia.

Por las noches se entretenía leyendo las crónicas de los corsarios que unos siglos antes habían saqueado el pueblo de Esparza; eran los escritos de Henry Morgan y Francis Drake, que a manera de olvido habían quedado en algún rincón del pueblo, luego fueron rescatados por los campesinos que iban encontrando esa clase de crónicas en cuevas bajo las grandes rocas en la montaña.

Los corsarios, igual que los invasores españoles, escribían sus memorias resaltando los espacios geográficos, tipo de población, y riquezas encontradas. Esta información debía llegar a sus gobiernos en Holanda, Francia e Inglaterra, de lo contrario se les invalidaba la licencia llamada Patente de Corso, una actividad autorizada para ellos.

El mulato encontró la leyenda de La Campana, y se entretuvo por horas pensando en esa experiencia caótica para Morgan. Amelia le traía aguadulce con leche, bebida caliente y de múltiples sabores, hecha de agua simple hervida con trozos de dulce y mezclada con leche de vaca. Mientras leía bebía tragos de aguadulce y relajaba los músculos de su cara.

Los corsarios guiados por Henry Morgan se robaron la campana de la iglesia de Esparza, una joya fabricada en oro, nada despreciable para alagar al rey de Inglaterra. La llevarían

y cada uno tendría la recompensa pactada, Morgan sería el más favorecido por ser el jefe.

Se retiraron a la montaña con la joya, para fundirla con fuego ardiente. Llevarla en su forma original no era posible, la zona ahuecada de la campana hace que el objeto ocupe mucho espacio. Era gigante y esplendorosa como el sol. El sonido, cuando se llamaba a celebrar los oficios religiosos y para advertir algún percance, incluyendo el arribo de corsarios, era tan brillante y sonoro que llegaba a las costas del Pacífico y del Caribe al mismo tiempo. Los corsarios se alocaron con el hallazgo. Trabajaron siete días derritiendo la joya, el oro se escapaba cuando el fuego era muy acentuado, entonces desquebrajaban lajas de piedra y hacían una especie de caldero para que el metal derretido no fluyera por la montaña.

Estaban en la etapa final cuando apareció una ráfaga de viento estrepitoso, sonoro como la misma campana, y violento como el mismo corsario. Se asustaron y corrieron por la montaña que conducía hacia el mar, algunos de ellos murieron golpeados por las piedras que el viento arrastraba entre la pendiente, y el oro quedó en algún lugar no conocido por los nuevos habitantes de Esparza.

Por las noches, especialmente durante la Semana Santa, se escucha el tañer de la campana recordando la libertad que exigió el espíritu del Cacique Coyoche en aquel episodio contra los usurpadores. Otras personas llegan a buscar el oro, pero no lo encuentran, la campana sigue sonando y recordando que el cacique la guarda con su espíritu de guerrero eterno.

Coyoche era un cacique en los tiempos en que los españoles invadieron el territorio, lo trataron de dominar pero el nativo siempre les ganó la guerra. La noticia de que el

cacique los derrotaba llegó hasta los oídos de los jefes españoles radicados en Guatemala, donde el virreinato envió refuerzos para vencer al indígena, pero el originario, astuto y experto en guerras, siguió viviendo entre los humanos de su clase, defendiendo el territorio a su manera. El último derrotado fue el corsario Morgan cuando estaba fundiendo la campana de la iglesia de Esparza, construida con el oro de su pueblo.

El colombiano pidió a El Titán que se quedara trabajando en el ingenio, que ocupaba un experto en el tema del azúcar, pero el mulato, sin decirle sus intenciones, le aseguró que eso era imposible, y que mantenerse en Esparza no era parte de su proyecto.

En esa oportunidad, al ver que Amelia pintaba un retrato de su madre, el mulato tuvo la iniciativa de regalarle una copia de una pintura renacentista que conservaba desde su niñez. Era la Madona Sixtina de Rafael Sanzio. Vieja, y con algunos maltratos, la copia aún conservaba las imágenes respectivas. La virgen carga al niño como saliendo de las nubes, viniendo del cielo en cuerpo y alma. Era una especie de herejía para la época, donde la anunciación del ángel Gabriel y el evangelio de San Lucas quedaban en entredicho.

Lo que siempre atrajo al mulato eran los dos ángeles que se encuentran al pie de la virgen. Con ojos de niño, no de ángeles, los pequeños fisgones miran a la madre de Dios y a su hijo como suponiendo el terrible golpe que sería para los cristianos hacerles creer que María nunca tuvo a Jesús en su vientre, y que todo aquello, la forma tradicional dicha en las escrituras, era una historia copiada de otros pueblos antiguos. Por eso la Virgen María aparece cargando al niño, como alguien que lleva un encargo traído de otro pueblo.

Los ángeles, desde la perspectiva del mulato, sabían la verdadera historia de Jesús y la Virgen, y su mirada sarcástica y diáfana al mismo tiempo, era la mirada de su autor burlándose de las estructuras imperiales, eso le daba curiosidad a El Titán. Sentía que el pintor y él tenían algo en común, guardaban sus pensamientos para que luego tuvieran vida frente

a la realidad, su realidad era la igualdad y la libertad, la del pintor era la verdad que debía permanecer en el lienzo hasta que alguna generación la descubriera.

El mulato le regaló la pintura a Amelia, no le dijo mucho, únicamente le explicó que había sido de su familia por muchas décadas. La Joven colgó la obra en la recepción, sabía que era la mejor forma de recordar con aprecio aquel extraño y sentido regalo.

Después de una noche en el hotel El Paso, los viajeros, que sumaban unas 15 familias de cinco miembros cada una, se transportaron en burrocarril hasta el puerto de Puntarenas. Era una máquina vieja que se deslizaba por rieles de ferrocarril, arrastrada por burros que con mucha paciencia caminaban hasta el puerto.

Eran animales pequeños con orejas grandes, tenían más fuerza que los caballos y era más fácil alimentarlos; pero la desgracia de servir únicamente para cargar cosas pesadas los hacía verse muy tristes, y pocas veces levantaban su cabeza para mirar las montañas. Las personas viejas dicen que los burros no son inteligentes, y que solo sirven para el trabajo, pero quién, trabajando tanto puede sentirse inteligente. En el pueblo había un burro inteligente, lo recuerdo, nunca se dejó amansar, y mordía a cualquier persona que se le acercara para amarrarlo. Un día se acabó el pasto en el potrero, entonces el burro se acostó y paso arrastrándose por debajo de la alambrada, salía a comer hierba fresca en las rondas de la calle. Pero los de Esparza no tenían tiempo para pensar, pasaban noche y día arrastrando aquel bodoque de hierro viejo que no les permitía reflexionar. Con un sonido estridente y quejumbroso, el burrocarril se deslizaba por los rieles a ritmo lento.

El transporte en burrocarril era tedioso, pero tenía la ventaja de acarrear grandes cantidades de carga, especialmente porque ese tramo tenía una pendiente hasta llegar al puerto. Puntarenas, en el pacífico, se había convertido en un espacio relevante para Costa Rica en el comercio del café. Pero lo importante de este espacio histórico, para El Titán, era recordar con respeto la lucha que dio Juanito

Mora por la libertad de Centroamérica. El comercio con otras naciones no era tema de atracción para él, observaba los barcos llegar igual que los veía salir, sin comentar palabra alguna, como si aquellos aparatos gigantes no significaran nada para su pensar.

Reflexionaba, abandonando el determinismo biológico. Con la reflexión llegaba a la esencia de la vida, a lo indispensable de la existencia, a dejar de lado las cosas cotidianas, y sentía que el espíritu buscaba lo verdaderamente importante, la vida misma.

Por unas horas dejaba a su gente esperando y se dirigía a recorrer el sitio donde se dio el Combate de la Angostura. Juanito Mora resonaba en la esperanza del mulato, había ganado una guerra que al parecer no tenía un futuro promisorio. Fueron los días en que tuvo que organizar al pueblo costarricense para sacar al filibustero estadounidense William Walker de tierras centroamericanas.

Al llegar a La Angostura, el mulato sentía el dolor natural de lo inevitable, en las guerras se muere.

En la batalla de La Angostura Juanito había sido asesinado por un grupo de la oligarquía cafetalera que le había dado un golpe de estado después de haber ganado la guerra a los filibusteros. El patriota luchó como un guerrero histórico y sucumbió ante el poder de los golpistas que sumaban un arsenal mayor. Maceo sentía el dolor de la muerte, pero al mismo tiempo sentía la esperanza que dejó el héroe para los que luchan contra ejércitos imperiales.

Le gustaba ir solo, la compañía lo distraía en su reflexión. Respiraba profundo para oxigenar su futuro y regresaba con su gente, el cruce del Golfo de Nicoya se avecinaba como paso inevitable en la travesía que los llevaría a La Mansión.

Algo que lo hermanaba con su lucha era la historia del cacique Garabito, un rey del pueblo Huetar que se opuso a los invasores españoles. Fue precisamente en esa región del Pacífico donde el héroe indígena le dio lucha a los peninsulares, causándoles constantes bajas. Tiempos de luchas atroces entre los dueños de estas tierras y los invasores, década de 1560. El coraje y convicción del indígena lo llenaba de motivación también, pues su lucha era la suya, contra el imperio español que había usurpado la Isla. Se quedaba un buen tiempo frente a la estatua de Garabito, cerca del puerto de partida, y suspiraba profundo. Los compañeros de viaje sabían que esta ceremonia se repetiría cuantas veces pasaran por ese lugar.

Sentía la hermandad con el cacique indígena que había caminado esos territorios antes que él por un proyecto similar. Respiraba con profundidad el aire salino, y pensaba, la independencia de la isla no se negocia. Pasaba un pañuelo blanco por su cara oscura de mulato y exclamaba, «Esto va bien».

Después de viajar en mulas y en burrocarril, los cubanos esperarían en el puerto para ingresar al Golfo de Nicoya, recorrido marítimo de múltiples peligros y experiencias particulares. Este puerto, localizado en la costa oriental del golfo, era el punto de encuentro de innumerables personas que se trasladaban a diferentes regiones del Pacífico o que llegaban en barcos a realizar cabotaje de mercancías. En esos tiempos Puntarenas era el puerto más importante de Costa Rica, y El Titán aprovechaba esas circunstancias para organizar la guerra de independencia, pues sería ese lugar uno de los puntos

de encuentro con José Martí, días en que la independencia era el eje central en la vida de estos dos libertadores.

Entre aguas

En un barco a vapor, construido con maderas de la región, se trasladaban hasta Puerto Castilla, en la orilla occidental del Golfo de Nicoya. Aquella embarcación, de nombre El Turrialba, carecía de aseo y seguridad, algunas veces se recargaba con ganado de la región de Guanacaste, y el hedor a desechos de los semovientes era percibido en toda la estructura de la nave, que a falta de aseo se deterioraba permanentemente. El exceso de humedad iba pudriendo algunos tablones que formaban el piso, y los pasajeros debían tener cuidado de no resbalar y caer al agua, donde los tiburones eran abundantes y feroces.

En momentos de poca ventosidad el vapor podía desarrollar velocidades de ocho y hasta diez kilómetros por hora, eso era casual ya que normalmente el golfo se llenaba de corrientes de aire que bajaban desde la cuenca del Río Tempisque y se topaban con el ingreso de corrientes de alta mar formando una especie de remolino que detenía la circulación del viejo vapor. Era común estar en el mismo lugar por muchas horas, esperando que el viento se disipara o se fuera a otra latitud.

El recorrido tardaba unas 12 horas, suficiente tiempo donde las personas se mareaban y vomitaban por los laterales de la nave, se recuperaban y repetían la acción muchas veces, tantas como el organismo lo permitiera antes de sucumbir en un desmayo donde la vida parecía no tener importancia. Entonces, no faltaba alguno que dijera, déjenme morir tranquilo que no quiero más vida para sufrir. Pero la vida seguía entre mareos y vómitos, había que conservarla para la guerra de independencia. El vapor seguía surcando las hondonadas, resistiéndose a las olas interminables.

Los más acostumbrados a estas faenas salían a los laterales de la embarcación y tiraban salivas al agua en una competencia que no satisfacía una emoción duradera, luego se retor- cían hacia un lado y a otro para acomodar las extremidades que se acalabraban por permanecer en una posición está- tica por mucho tiempo. En uno de esos casos, la saliva que tiró un cubano fue arrastrada por el viento que la condujo hacia la parte interior del barco. El hombre intentó endere- zar el líquido pastoso pero el viento le ganó la jugada. Un hombre vestido con formalidad recibió el producto en su rostro. La refriega estuvo a punto de iniciar, el hombre tomó su machete y se dirigió al isleño. El caribeño, por instinto, por astucia o por respeto se disculpó de mil maneras ante el ciudadano que, al no tener contraparte para la pelea, aceptó las excusas; sin embargo, se mantuvo erguido y de mal sem- blante ante aquella gente de acento diferente.

Una señora embarazada dijo sentirse con dolores de parto, se había embarcado en Puntarenas rumbo a Nicoya, no quería que su hijo naciera fuera de su tierra. Consideraba que Nicoya no era Costa Rica, su pueblo en nada debía rela- cionarse con los criollos del Valle Central, su cultura choro- tega se notaba en la vestimenta y el acento. Aún conservaba la idea de una Nicoya independiente. Gritó sin ser oída por la escasa tripulación del vapor. Un miembro de la comi- tiva cubana fue a las barandas de la embarcación a buscar a El Titán, le contó el caso y le solicitó atender a la señora que parecía necesitar ayuda. No sé mucho de esto, le dijo el mulato, pero si la señora se arriesga le atenderé.

Su experiencia en partos se remitía al nacimiento de terneros en la hacienda de su padre, donde innumerables ocasiones tuvo que atender esos casos. Fue en la época de juventud que asumía esas labores, tenía 16 años cuando

tuvo que hacerse cargo de la hacienda familiar y de la comercialización de productos, donde los semovientes eran parte de esa economía. Recordó las múltiples veces que tuvo que sacar un ternero metiendo la mano en la matriz de la vaca, luego corroborar la expulsión de la placenta, cortar el cordón umbilical y cuidar de la cría en días posteriores.

Aquello no podía igualarse a un parto humano, pero no tenía más que ofrecer. Al no existir comadronas en el vapor, y considerarse al mulato como el que debía resolver casi todas las peripecias de la gira, le correspondió atender a la mujer. Aquel lugar era una embarcación vieja, un espacio de poca confianza para la madre, y aunado a eso, el ambiente era común para todos. Debía tener a su hijo en una plataforma de madera donde se acumulaban las 75 personas que viajaban hacia Puerto Castilla. Era un piso resbaloso por las boñigas del ganado, los orines de los cerdos, y demás animales que se transportaban en aquel vapor indecente y mal cuidado.

El mulato llegó sereno, saludó a la señora y le aseguró que haría todo cuanto estaba a su alcance para ayudarla. La mujer, con un dolor de muerte, casi no tenía conciencia para intercambiar palabras con su ayudante, hizo un gesto de aceptación y, El Titán procedió a realizar lo que sabía. Improvisó una cama con unas mantas viejas, puso a la señora en posición de rodillas y apretó su vientre, el niño salió expulsado como si lo hubiera atropellado el mismo burrocarrit.

El Titán sacó su machete para cortar el ombligo, era un Collins número 22, listo para combatir a las tropas españolas, usado en las luchas más fieras de la Guerra Grande. Decenas de cabezas enemigas habían caído desde el filo de esa navaja que se resbalaba por la carne como si fuera queso fresco. Cortó el ombligo del niño tratando de que

le quedara bastante cordón disponible, y luego le hizo un nudo ciego para evitar el derrame de sangre. El ombligo quedó apilotado, pues ese tipo de nudo era usado únicamente en mecates para sujetar terneros o manejar vacas mañosas para el ordeño.

Tomó al niño de los pies y lo guindó como si fuera un pollo, le dio un palmetazo en las nalgas y, los gritos del recién nacido se escucharon en ambos lados del Golfo de Nicoya. Aquel llanto exasperado del pequeño indígena se convirtió en una leyenda que, a falta de estrategias para educar a sus hijos, las mujeres y padres de familia en ambos lados del golfo lo usaban para asustar a sus críos cuando no obedecían, te saldrá el niño del mulato, le decían a cualquier mocoso mal portado.

El Titán procedió a cuidar la placenta de la madre, era importante que la expulsara para terminar en buena forma la atención del parto, aunque esa situación no estaba bajo su control. Las madres humanas no son como las vacas, no se puede ingresar la mano en sus entrañas y tirar hacia afuera. La placenta se resistió a salir y en pocas horas una fiebre atroz invadió a la mujer, sudaba y desvariaba, preguntaba por el niño al principio, se lo trajeron y lo tuvo entre sus brazos, pero conforme pasaba el tiempo fue perdiendo la conciencia. El Titán realizó algunas maniobras con paños tibios en el vientre, luego colocó compresas frías para bajar la fiebre, pero no fue posible. Cuando la madre inició el recuerdo de sus antepasados, los que habían muerto muchos años antes, los caciques chorotegas, uno a uno, sus padres, sus abuelos y tatarabuelos, todos supieron que la muerte estaba cerca. Cuando maldijo a los usurpadores españoles, palabras susurradas a bajísimo volumen, exhaló su poca vida que le quedaba.

El niño quedó a cargo de la colonia cubana y se le conoció como El Turrialba, era el nombre del vapor donde nació. Unos 25 años después haría su propia historia revolucionaria siguiendo los pasos de El Titán de Bronce, a quien siempre vio como su padre.

Después del incidente de la mujer parturienta aún quedaban seis horas de viaje cruzando el Golfo de Nicoya, era la primera incursión con familias que poblarían La Mansión, quedaban muchas giras con nuevas familias que llegarían a Puerto Limón donde el mulato iba a esperarlas y guiarlas por el recorrido que estamos describiendo.

Llegó la noche en medio del mar, un silencio sepulcral se sentía en el aire, de esas pausas que dan miedo y estremecen el alma, con sabor a tristeza también. Ruidos extraños, aves gimiendo con sonidos apocalípticos, sensaciones melancólicas recordando la isla, su hogar. El Titán se acostó encima de unos sacos de maíz. Estaba exhausto y un poco sentimental después de la muerte de la señora. Los otros pasajeros quedaron dispersos por las diferentes partes del vapor, unos en las barandas viendo la penumbra y el rebotar de las olas, otros con semblante de tristeza se arrinconaban en alguna esquina reflexionando sobre la vida.

Un ruido estrepitoso se escuchó bajando del norte, venía de la desembocadura del Río Tempisque. Los ocupantes del barco se reunieron en la plataforma principal a rumorar y tratar de interpretar el sonido que traía aires de terror. Es el Cuijen, dijo un nicoyano que iba de tripulante. ¿El Cuijen?, preguntaron los cubanos, sí, reiteró el hombre, es el Cuijen que viene a llevarse a la señora muerta.

Los retumbos seguían acercándose con rapidez, pero no llegaban al barco. El nicoyano aseguró que el Cuijen podía llegar por tierra, por agua, o por el aire también, El Titán lo miró con cierta desconfianza asumiendo que el hombre estaba loco y que la noche lo ponía muy nervioso. Una ola gigante movió el barco y tiró agua en el interior; el Cuijen, seguía diciendo el nicoyano. Viene por la mujer muerta que no es católica, que tiene dioses paganos, que no comulgaba en la misa. El mulato le dio un palmetazo para que se tranquilizara. Al diablo con ese Cuijen, le dijo con acento caribeño. Sí, dijo el hombre, ese es el Cuijen, el mismísimo diablo. Deja a esa mujer descansar en paz, lo increpó El Titán.

El hombre se quedó llorando tristezas en una esquina del barco. La ola gigante pasó y dejó un poco averiada la embarcación, tuvieron que tirar algunas vacas al agua para poder seguir navegando, es mejor perder vacas que morir todos, dijo el capitán de aquel barco viejo y mal oliente.

La cercanía a Puerto Castilla daba esperanza a los navegantes, quedaban dos horas para llegar a buen puerto después del incidente de la ola gigante. La noche se había aclarado un poco, un resplandor se dibujaba en el agua batida por la embarcación, luminiscencias constantes aparecían con los pliegues de la corriente, y una sensación de cansancio se notaba en los viajeros. Con el mar en calma y una luz tenue de luna en cuarto menguante era posible tener visibilidad a distancias medianas. Una gaviota volaba alrededor del barco y hacía picadas rápidas entre las olas sacando pequeñas sardinas. Estamos cerca, dijo El Titán.

Una segunda ola se escuchó como a un kilómetro arriba. Venía del mismo lugar, allá por la desembocadura del Río Tempisque. El capitán dio las instrucciones necesarias para recibir el impacto, unos se agarraron de las barandas, otros se sujetaron de los bastiones del barco, y algunos, ceñidos en la fe cristiana se hincaron inclinando su cabeza hasta las tablas del piso, recitaban la oración que el mismo Cristo les enseñó, “Padre nuestro... quita este ruido infernal que nos come las entrañas y, si es posible, aparta este cáliz, especialmente si es el Cuijen el que provoca esta desgracia.

La ola dio de frente, la nave levantó la proa pareciendo quedar en posición vertical, luego cayó a un precipicio como si el fondo del mar no existiera. Diez vacas se resbalaron y pasaron zurrando el piso con la panza, llevándose a un cubano entre las ubres. El hombre tenía los ojos cerrados en una oración profunda con su dios Yoruba, y no vio a los

animales que venían arrastrando todo a su paso. Por el peso de las vacas y la presión contra el piso, el hombre quedó reventado y murió poco después con las cuatro tetas de una vaca en su cavidad bucal.

Oraciones santeras, muñecos negros, sacrificio de gallinas, todo hubo que hacerlo en un tiempo muy precario para despedir al cubano. Se fue feliz, dijo un nicoyano con sarcasmo, quién pudiera morir saboreando cuatro tetas al mismo tiempo. Ningún cubano escuchó aquella blasfemia, estaban bebiendo la sangre de una gallina degollada para encomendar el alma del doliente a su dios.

Las vacas llegaron a la cabina del capitán que aún permanecía aferrado al timón. El Diablo Chingo, exclamó el capitán cuando vio a las semovientes a su lado, de inmediato le ordenó a su ayudante que invocara a la Virgen del Mar. El Diablo Chingo era un toro gigante de color negro y sin cola que asustaba en las llanuras de Nicoya, y si las vacas estaban invocando el auxilio del capitán no había duda que huían del horroroso animal que trataba de abusarlas.

El ayudante del Capitán inició la oración requerida para estos casos, invocó a la virgen protectora de los navegantes: “Virgen del mar, tú que todo lo sabes, que trajo a su hijo para que viviera en estas tierras, que lo hizo caminar sobre las olas del Golfo de Nicoya, que lo salvó de los cocodrilos del Río Tempisque, que lo puso a convertir el agua en vino... El agua en vino. El ayudante de capitán, un cholo nicoyano de aproximadamente 18 años, que ya experimentaba algunas borracheras con vino de coyol, sintió que aquel mar convertido en vino sería su máxima fantasía, y por unos segundos perdió el control de su oración y descifró lo que su espíritu le indicó: Virgen del mar, has que tu hijo convierta este golfo en vino

tinto, el vino de coyol me tiene harto. Virgen del mar, que sea mi voluntad, no la tuya.

El capitán estaba muy ocupado sorteando las consecuencias de la ola gigante, y no se percató que su ayudante había perdido el control de la oración, pero si observó cuando el joven se agachó, sorbió un poco del agua que inundaba el barco y exclamó, “ya siento el sabor del vino, querida Virgen”. Estaba tomando una combinación de agua salina revuelta con boñiga de vaca, un sabor rancio y pastoso que alteró el vientre del cholo haciéndolo vomitar líquidos verduzcos.

El viejo capitán sintió un escalofrío en sus verijas, creyó que su ayudante había sido abusado por el Diablo Chingo, y que las vacas tenían razón al buscar ayuda en su cabina. En forma precisa rezó una frase que Jesús dijo en el Huerto de los Olivos, solo que la adaptó a la Virgen del mar, “Santa madre de los marineros, aparta de mí este cáliz”. La oración fue escuchada y el barco se estabilizó, las vacas salieron en fila desde la cabina buscando el sitio asignado para esa trágica gira.

La ola pasó dejando a todos los pasajeros tendidos en el piso, el hombre atropellado por la vaca, y la señora muerta no aparecieron, posiblemente salieron expulsados por la corriente que los llevaría mar adentro por la ruta de la Isla del Coco. Un domo térmico habitado por tiburones sería su paradero 500 kilómetros adentro.

El motor del Turrialba colapsó, y la última hora de navegación hubo que hacerla con remos improvisados tomando tablones del piso. Puerto Castilla, anunció el capitán del barco. Muchos nicoyanos esperaban el arribo de la nave. Sobrevivieron, gritaron en grupo.

Nicoya, dijo El Titán, tierra de terremotos.

Una montaña espesa, de árboles variados, esperaba a los viajeros. Se erguía desde el inicio del agua sin dar espacio para algo más que una reflexión. Dejar el mar y entrar al bosque era la tarea siguiente. Los cubanos sacaron sus mulas que no habían dado asomo de sorpresa en la cruzada del golfo, les daba lo mismo si el barco se estremecía o si permanecía estático, clavaban sus cascos puntiagudos contra el piso de madera y respiraban bocanadas de aire para amacizar su cuerpo que se atilintaba como una coyunda seca. Eran animales de vasta experiencia en tareas difíciles, y su roce social con pueblos míticos no les impresionaba. Sus ancestros, los asnos, más pequeños y rechonchos, habían cargado a Jesús en el ingreso a Jerusalén, un domingo de ramos. Y la herencia biocultural que las acémilas cargaban en sus genes no era poca cosa, habían sobrevivido a una maldición hecha por la virgen María un día que un burro orejón abusó de una yegua. La Virgen, que presenció el acto grotesco y el nacimiento del nuevo espécimen, un tamaño intermedio entre el burro y la yegua, mirada dura frente a los ojos dulces del asno, sonido grosero al rebuznar, y traicionera al lanzar un mordisco o patada demoledora, lanzó su más sentida maldición, no engendrarás hijo alguno, le anunció. Teniendo que soportar tal herencia, las acémilas, hijas de un burro y una yegua, estaban preparadas para cualquier imprevisto.

Luego de bajar del viejo y ruinoso barco, observar el ambiente esplendoroso era grato para los viajeros. El golpeo del mar, los ruidos en el bosque, el olor a naturaleza; la gente miraba a todos lados sin saber dónde mirar. El Titán pasaba su mano por la ropa arrugada y mal oliente tratando de ocultar que él también tuvo momentos difíciles

en la travesía. Sacó su machete número 22 que aún tenía sangre coagulada por el parto atendido, y lo pasó dos veces por el vástago de una mata de guineo. Después lo guardó con parsimonia en la cubierta de cuero de vaqueta confeccionada por él mismo.

Frente a ellos estaba la Península de Nicoya, una porción de tierra separada de Costa Rica por la desembocadura del Río Tempisque y el mítico golfo. Grandes extensiones de bosque envolvían la vista de los visitantes, y 150 kilómetros de litoral era suficiente espacio para hacer sentir a los nuevos habitantes como en su propia tierra. Aún se sentía la energía del cacique Nicoa, que a la llegada de los españoles se le adaptó el nombre castellano de Nicoya, denominación para esa tierra de amable cordialidad con las migraciones chortegas y cubanas.

El Titán reflexionaba con su gente y les hablaba de la nueva tierra; si quieren respetar este espacio sagrado, les dijo, deben conocer su historia. La península había sido el reino más importante del Pacífico Norte de Costa Rica, luego llegaron los españoles y llevaron otros dioses a la región.

Dos años después de la independencia, en 1824, Nicoya, que era un territorio con su propia administración, se unió a la provincia de Costa Rica en una decisión consensuada por su pueblo. Por eso los cubanos, cada 25 de julio se unían a los Nicoyanos en la celebración de la anexión. Salían de La Mansión y cabalgaban once kilómetros erguidos en sus caballos para llegar al pueblo que los esperaba con cariño y respeto.

Con alegría eran recibidos los caribeños. Los nicoyanos, alegres, fiesteros y a todo pulmón recitaban sus coplas en son de amistad:

Soy puro nicoyano,
soy como el “venao”
me resbalo en lo seco y me paro en lo “mojao”.
¡Uyuyuy bajura!

Entonces algún cubano aprendía el arte de la copla y respondía la cortesía.

—Ya se oyen las marimbas y las bombetas sonar.

»Vámonos para Nicoya que la anexión va comenzar.

Siempre mantuvieron cordial amistad con aquella gente que los recibió después de una larga gira por el golfo embravecido. Las mulas quedaban pastando en sus potreros, para estos eventos el caballo era mejor compañero. Las acémilas eran utilizadas para giras largas y difíciles como lo hemos descrito anteriormente. Llegar en una mula a un evento especial no era elegante, aquel animal de orejas largas y puntiagudas, de cuero duro y bríos sordos no podía lucir a su jinete como sí lo hacía un buen semental criado en La Mansión. Los caballos criados por los cubanos se distinguían entre los otros animales, los cuidaban con esmero y solo los utilizaban en eventos especiales, como ir al pueblo de Nicoya a celebrar las fiestas históricas.

Los sementales eran hibridados con la raza árabe, una especie traída por los españoles. El Titán compró un padrote y lo llevó a La Mansión donde logró maravillosos ejemplares al cruzarlo con yeguas criollas de Nicoya. Animales de bríos a flor de piel que no ocupaban espuelas para animarlos. Sus cuatro extremidades se distribuían en diagonal en un trote de cuatro tiempos, donde el jinete era balaceado en forma elegante. Un anca redondeada y el cuello siempre arqueado daban la elegancia deseada por el montador. Solo que, el arqueado del cuello no era

algo genético, era una técnica en el domado, única para caballos de paseo, condición conocida y ejecutada por El Titán al momento de iniciar la doma del potro.

Después de bajar del barco, los cubanos sintieron el recibimiento de los antiguos dioses nicoyanos, y respiraron un aire salino que les recordó a su propia tierra. Fue como si los dioses, los mismos que salen de la tierra donde surge la vida y el alimento de los humanos, alzaran sus manos y ofrecieran en amistad todo aquel territorio.

Un sonido de cuerdas se escuchó a poca distancia, el agua del mar se retiraba y nuevamente la guitarra se escuchaba. Ha de ser un susto o una maldición española, gritó un cubano santero. La melodía parece muy española, aseguró un segundo. Alistaron sus machetes y se guiaron por el sonido, caminaron 25 metros y encontraron a dos hombres rasgueando sus instrumentos. Estaban bajo una covacha construida con hojas de palmera de coyol, su acento zetozo los delató, no había forma de evadir su origen ibérico.

Los cubanos se abalanzaron sobre ellos y los tomaron como prisioneros. «No somos gubernistas» gritó uno de ellos. Pero, el acto ya estaba consumado. Los amarraron y los llevaron donde El Titán, debía aclararse la razón de su estancia en esos arrabales, especialmente en momentos de un desembarco de exiliados cubanos.

Uno de los hombres, con voz temblorosa, aclaró que ellos eran disidentes del régimen, que habían huido del imperio español después de un atentado contra el rey Alfonso XII; que su compañero Juan Oliva Moncasi había sido culpado del atentado y muerto en el acto. Aseguraron ser inocentes de tal acusación y que los anarquistas no vivían de cometer ilegalidades, preferían las ideas y diálogos que dieran beneficio a los obreros.

Llevaban varios años huyendo por diferentes países, y trataban de ocultarse en Nicoya, tierra poco visitada por autoridades de gobierno. Habían llegado dos días antes en el mismo barco El Turrialba. El Titán los escuchó y les dirigió algunas preguntas claves para verificar si decían la verdad. Les consultó por el año del atentado contra el rey, sobre las rutas y países que habían visitado en ese periodo de tránsito por América, y sobre todo, la pregunta que los delataría sería la que tenía que ver con el cruce continental entre el Mar Caribe y el Pacífico. Los prisioneros, aún amarrados de sus manos, narraron y contestaron todas las interrogantes. Habían cruzado el istmo centroamericano en el tren de Panamá, una ruta ferroviaria construida algunos años antes.

Era la misma ruta propuesta por Simón Bolívar cuando fue presidente de la gran Colombia, allá por los años 1828. El atentado contra el Rey Alfonso XII era verdad. Había sido atribuido a los anarquistas, a un tal Juan Oliva Moncasi, y desde entonces ellos andaban escapando de los militares españoles. Anarquistas, dijo El Titán, creo que nos vamos a entender. Pidió soltar a los hombres, que además, estuvieron aquella noche tocando sus guitarras al estilo flamenco y cantando melismas con letras creadas al momento. Los dos hombres compusieron una canción para los caribeños, y en melodías típicas del canto flamenco improvisaban letras que alagaban la lucha de independencia cubana:

“Cuando hay algo porque luchar,
no se puede quedar sentao,
cuando hay algo que decir
no se puede quedar callao...”

La voz carrasposa del cantaor se hacía acompañar de las guitarras, que con rasgueos plenos, y múltiples escalas ascendentes y descendentes llenaban el bosque de bellos sonidos, y nadie volvió a escuchar el oleaje del mar que chocaba contra las rocas.

Un grupo de animales gritaban desaforados, sintieron que la música no era parte de su territorio. Se fueron acercando sigilosos entre las ramas, y desde lo alto gemían sonidos de repudio. El cantaor elevaba en melismas una frase y los bichos se retiraban con cuidado, siempre caminando de frente, luego venía el siguiente sonido descendente y los animales regresaban. Eran martillas, una especie de mamífero pequeño que abunda en los bosques de Nicoya. Por las noches se vuelven temibles por sus sonidos estridentes cuando pelean por el alimento.

Cualquier humano que no los conozca y le toque pernoctar en el bosque no sobrevivirá fácilmente a esos ruidos de terror. Comen gallinas y aves silvestres también, pero a los humanos los respetan y les tienen miedo, ellos saben que los humanos son más peligrosos que cualquier bicho de montaña.

La música se fue haciendo familiar para los pequeños animales, al anochecer llegaban siempre a fisionear a los cantaos anarcos que permanecieron en ese lugar por varios meses. Aquellos dos hombres eran los únicos sobrevivientes de un grupo de anarquistas españoles formados e instruidos por Mijail Bakunin en 1867. En la península quedaría la organización con otros integrantes más jóvenes que sustituyeron a los exiliados en mención.

Caminos barrocos

Eran las once de la noche, un día largo y agotador que casi los deja sumergidos en el golfo. Las mulas estaban listas para el último tramo del camino. Era un trecho de once kilómetros entre Puerto Castilla y La Mansión, camino fangoso por las lluvias que caían con fuerza en esos tiempos. Las personas debían caminar, las mulas llevaban la carga. El Turrialba, niño nacido en el barco, lloraba de hambre. La madre había muerto en el parto y el pequeño quedó sin poder alimentarse como es debido, leche de la madre, dulce y fresca. Pero la realidad era diferente, el niño lloraba desesperado.

El Titán debía pensar en algo urgente, era el único que había lidiado con recién nacidos en la finca de la familia y, aunque los animales parecen diferentes a los humanos, en cierta forma son iguales. Tomó al niño y lo llevó donde una vaca que tenía las ubres llenas, era uno de los animales que había llegado hasta la cabina del capitán del barco, huyendo del Diablo Chingo; puso a El Turrialba a tomar leche de la teta de la vaca, y el niño se alocó alimentándose con líquido fresco y tibio. El Titán también quería, recordó buenos tiempos en que ordeñaba las vacas y tomaba su leche. Ordeñó con fuerza, y un chorro de líquido blancuzco llegó hasta su boca, al estilo de antes, dijo cuando se percató que lo observaban.

El mulato se dirigió donde el dueño de la vaca y se la ofreció comprar. No la vendo, dijo el nicoyano, es la primer vaca que adquiero para mi finca, pero puedes llevarla y cuando termine de alimentar al niño me la regresas. «Hombre confianzudo», aseguró un cubano. «¿Cómo sabe que se la devolveremos?» Un nicoyano que iba con ellos le aclaró que el dueño

de la vaca no estaba preocupado en perder al animal, estaba feliz de dar lo poco que tenía, y la recompensa iba con él.

Se la devolveré, le aseguró El Titán.

Salieron del golfo, las mulas cargadas iban adelante, siempre era mejor que ellas caminaran de primero, olfateaban a las culebras y podían percibir cualquier hondonada provocada por el terremoto. La vaca iba con la gente, debía estar lista para amamantar a El Turrialba si lloraba de hambre.

Antes de subir una pendiente escabrosa debían pasar por el Recodo del Diablo, una especie de rebalse de aguas que se hacía en una vuelta del camino, al pie de una cuesta. Todas las aguas de la ladera terminaban acumuladas en ese lugar y la tierra se mezclaba formando un barro pegajoso y profundo. El lugar tenía ese nombre producto de la desesperación de un nicoyano, que al ser absorbido por el barro únicamente pudo gritar, “Recodo del Diablo, ya me tragó”.

Las mulas se quedaron esperando alguna orden, olfateaban el fango denso, y sabían, por experiencias previas, que estaba difícil la ruta. La mula guía, una acémila de más tamaño y más años de transitar esos caminos, rebuznó tratando de comunicarse con su arriero. El Titán le dio la orden - adelante. El animal comenzó a caminar con precaución, a paso firme, y las otras mulas la siguieron.

Se escuchaba un sonido fangoso cuando las acémilas sacaban las patas del barro. Caminaron un kilómetro por el recodo hasta que tocaron tierra firme. Las personas debían cruzar por la orilla agarradas de una cerca de alambre de púas. Las manos terminaban destilando sangre, pero nadie se animaba a soltar los alambres forrados de estrellas filosas.

El Titán, con el niño en brazos se agarraba con una sola mano de los alambres, la otra sujetaba al pequeño para que no cayera en el barro movedizo. El alambre ya estaba

estirado de tanto servir de palanca, y el mulato cayó en el barro con el niño llorando, se hundió hasta las rodillas pero el pequeño seguía seguro en su brazo derecho. Trató de salir, pero un esfuerzo por sacar una pierna hacía que la otra se amacizara y se hundiera más. La vaca lechera venía de última, era arriada por el propio dueño que se arriesgó a transitar de noche con los cubanos. El mulato se agarró de la cola de la vaca y se ayudó para salir ileso al otro lado del recodo. Sacaba sus botas pesadas y se volvían a hundir, pero la vaca era fuerte como una mula, seguía arrastrando a El General y al niño con seguridad.

La ruta no permitía descuido por parte de los caminantes, la calzada resbalosa y las serpientes bocaracá acechaban constantemente. Las mulas adelante eran una especie de escudo para la gente. Ellas olfateaban cualquier obstáculo. Unos filamentos pegados del hocico le sirven de radar para sentir incluso un desfiladero o precipicio en el camino, cosa usual después de un terremoto en Nicoya.

Lo del recodo fue lo más difícil del camino. En adelante las circunstancias se volvieron normales, una que otra vez hubo que poner a El Turrialba a tomar leche de la vaca, luego se dormía y continuaban el camino. El Titán construyó una especie de cargador para el niño. Era un saco de fibra de cabuya amarrado de las puntas con mecate ordinario; metió al niño dentro de la bolsa y se lo puso a la espalda, donde dormía con tranquilidad. Cuando sentía hambre, que era cada media hora, había que parar y amamantarlo con la vaca.

Así fueron llegando al Río Morote que se interponía entre ellos y el asentamiento que llegaría a llamarse La Mansión. El río estaba crecido, las lluvias y el terremoto habían alterado el curso del agua. Algunos tumultos de tierra se habían acumulado río arriba y el agua tardó algunas

horas en lavar la presa de tierra y troncos que el terremoto había tirado en el cauce.

Se observaban troncos bajar con la corriente, El Titán pidió paciencia a sus compatriotas. «Debemos esperar un buen tiempo para poder cruzar», les dijo. Al otro lado, no más a un kilómetro están los campamentos, dijo a su gente para animarla después de un día de experiencias traumáticas. Aprovecharon el tiempo para construir una balsa de troncos que les ayudaría a cruzar el temerario Morote.

Un caribeño recogió un tronco fuerte y pesado, era un guayacán morroñoso que el río había dejado en la arena. Había sido arrastrado desde muy lejos, las orillas estaban astilladas y con fuertes hendiduras producto del roce con las piedras. El cubano llegó orgulloso con su primer larguero para construir el ferry. Lo puso en el suelo y volvió su mirada hacia el grupo de personas que lo observaban. Quiso tener la aprobación que todo humano espera después de un aporte generoso. Eso no sirve, le indicó El Titán, ese tronco se hunde con facilidad, debemos buscar troncos de balsa, es un árbol liviano de cáscara gruesa que flota con facilidad.

Las orillas del Río Morote estaban llenas de esos árboles. Digno de admirar por la ayuda que siempre daba a los lugareños, el árbol de balsa gusta estar junto a los ríos, pareciendo tener una alianza con el agua y con los habitantes de esas tierras habitadas por dioses generosos.

Lograron recoger unos quince troncos de diez pulgadas de diámetro y ocho metros de largo, procedieron a construir la balsa. Juntaron la madera como haciendo una gran cama y la amarró hasta asegurarla. Encima de los troncos, en forma transversal, se extendía un larguero que sirviera de yugo para los amarres. Lista la balsa para cruzar, dijo El Titán. Debemos cruzar dos mulas para que sostengan la estructura

y la lleven al otro lado. El mulato, que ya había lidiado con ese río crecido, se montó en una mula, jaló a otra y cruzó, la mula afianzó sus cascos puntiagudos y se mantuvo firme frente a la corriente que todavía tenía fuerza suficiente para arrastrar troncos grandes.

Dos mulas jalaban la balsa con cuerdas largas y otras dos sostenían del otro lado para que el ferry no fuera volcado por la corriente. El trayecto del río era de cien metros de ancho en tiempo de lluvia, pero lo temible era la fuerte corriente que se formaba al acumular aguas de otros ríos que arriba desembocaban en su cauce.

Siguiendo el camino hacia La Mansión, un kilómetro adelante se encontraban los campamentos, eran galerones ordinarios contruidos por Maceo para recibir a su gente, luego se les daría algún tipo de mejoras.

Eran las tres de la madrugada cuando lograron arribar al asentamiento. Antes de dormir sacaron unos muñecos negros y realizaron una ceremonia para el compañero que había muerto en el barco. La despedida en el golfo había sido muy simple, y aquel compañero y hermano merecía algo mejor. Por eso, aun cuando estaban exhaustos, sacaron fuerzas de flaqueza y lograron hacer una oración digna para su compañero fallecido bajo la panza de una vaca, ahogado por las cuatro tetas que se le metieron en la garganta hasta dejarlo desquijarado. Desollaron una iguana que se encontraba junto al campamento y bebieron su sangre. Unos muñecos negros servían de altar para la ceremonia que debía ser dirigida a la madre de todos, a la misma Yemayá, diosa que se mueve como las olas del mar. Todos debían tomar algo de la sangre, pero al ser una sola iguana y de tamaño mediano no alcanzaba, entonces decidieron darle solo a los mayores. Rezaron una oración e invocaron a la diosa que le correspondía el caso en mención, murió en el mar, que Yemayá lo cuide, gritaron al unísono.

El Titán no era santero, pero respetaba la creencia de su gente. Por su parte compartía el pensamiento masónico que coincidía más con su ideología de luchar por la libertad. En la Isla se había desarrollado un movimiento masónico que apoyaba la emancipación, por eso no creía en el determinismo que profesaban las organizaciones religiosas, aceptar la pobreza y la dominación como un manifiesto eterno. Vamos a luchar por la libertad, decía con frecuencia.

La vaca quedó pastando con las mulas en un potrero cerrado de alambre de púas y estacones de madera. Al amanecer el niño gritó de hambre y el mulato se levantó, eran las seis de la mañana y habían dormido pocas horas después de ese largo viaje. Pero el mulato asumió a El Turrialba como su hijo, lo cuidaba y lo cargaba cuanto podía.

No tenía descendencia con su esposa, algunos dicen que tuvo dos hijos con ella en el periodo de La Guerra Grande, y que murieron de muerte natural, pero eso no ha quedado muy claro de que fuera cierto. Se sabía que en Jamaica tenía un hijo, Toño, eso lo dicen algunos historiadores que sintiendo la vida de Maceo como una ingesta de adrenalina, se dedicaron a escudriñarlo. Pobre mulato, pasó su vida cargando la guerra a sus espaldas, y a su vez cargó a una legión de historiadores que seguían su rastro, espero no estar en ese grupo que perturba su existencia.

El hijo, el de Jamaica, se mantuvo en esa isla por casi un año después de que el primer grupo de familias llegara a La Mansión. Un día, estando en San José, el mulato organizó con un amigo el traslado de su hijo Toño a Costa Rica, no llegó hasta La Mansión, se quedó cerca de la capital en una provincia llamada Cartago donde estudió en una escuela del lugar.

Luego se sabía de las frecuentes giras de El Titán a la ciudad cartaginesa, visitaba a su hijo para sentir de cerca el amor propio. Cuando estaba en San José alquilaba un caballo de buen brío y cabalgaba por rutas incógnitas para no ser interceptado por los españoles que lo vigilaban constantemente mientras estaba en la capital. Llegaba a Cartago y se comunicaba con su hijo, pedía permiso para

retirarlo de la escuela y durante un día compartían. Se alejaban de la pequeña ciudad y pasaban las horas en algún lugar diferente, podía ser un río refrescante o en las aguas termales del volcán Irazú.

Los hombres que cuentan esta historia aseguran también que el general del Ejército Libertador cubano, Máximo Gómez, y el Ex presidente de la República de Cuba en Armas, Tomás Estrada Palma, sirvieron de enlace entre El Titán y su hijo al ocuparse ambos durante varios años de enviar al niño las mesadas infrecuentes. La posibilidad de enviar dinero a su hijo era una tarea difícil para el mulato, primero por su condición de hijo natural, nacido fuera de matrimonio, y por su poca estabilidad residencial mientras viajaba por diferentes países organizando la lucha de independencia.

Se levantó temprano para buscarle alimento a El Turrialba. La vaca ya estaba en el patio del campamento. El animal escuchó al niño llorar y se trasladó como una madre cariñosa, a darle leche fresca. EL Titán acercó el niño a las ubres de la vaca y éste tomó leche hasta quedar espumosa la comisura de sus labios. Era leche fresca, y tenía el calor natural que guarda una vaca en su cuerpo. El mulato llevaba un jarro de loza, ordeñó un poco de leche para él, le gustaba ese sabor fresco y tibio a la vez, que solo las ubres de una vaca puede conservar. No le ponía ron como sus compatriotas.

La práctica de alimentar al niño desde las ubres de la vaca se fue haciendo natural para toda la colonia cubana, cualquiera de todos llevaba al pequeño donde la vaca. El Turrialba se fue haciendo gordo y fuerte como un ternero, sus lomos crecían y sus mejillas relumbraban con el sol. Tenía once meses y alzaba piedras enormes del Río Morote. Un día le encontraron una garrapata gigante detrás de su oreja derecha, cómo no, afirmó un cubano, si las garrapatas no saben que él es un humano, porque sabe a ternero.

La vaca llegaba al campamento tres veces al día para alimentar a su niño. Su color oscuro y bruñido de indio fornido era evidente entre los caribeños, que más bien tenían un color negro opaco, desteñido por la hibridación con los blancos. Su color achocolatado era el de los indígenas chortegas venidos de la meseta mexicana unos siglos antes, color que rebotaba contra el sol formando una especie de arcoíris con el sudor natural de un indio nicoyano alimentado con leche de vaca.

Tres veces al día no era suficiente para satisfacer el hambre de El Turrialba, entonces había que llevarlo al potrero

a tomar más leche porque la vaca no podía estar parada en el patio del campamento, ocupaba comer el pasto fresco y jugoso que había en La Mansión.

El Turrialba se fue acostumbrando al olor dulce del pasto verde, intentó comerlo pero se le pegó una hebra en la garganta, era un pasto fibroso y lleno de filamentos, por eso El Titán lo llevó y lo enseñó a comer las pitas del pasto, unos retoños tiernos que están en la base de cada hoja. En lugar de jugar con tierra, como es normal en los niños pequeños, él se entretenía comiendo pitas de pasto, las sacaba y con parsimonia las iba succionando hasta sacar el sabor dulce que se acumula en esa parte tierna de la planta. Aprendió a sacar fogotos de la tierra, son gusanos blancos y opacos que hacen hoyos redondos como ellos mismos. Se incrustan en la tierra y viven comiendo raíces frescas. El Titán enseñó a El Turrialba a sacarlos con una pita de pasto. Una tarde, cuando el sol caía por el borde de la península, El Titán tomó una pita de pasto y la metió en un hueco arredondado y diminuto. Sintió que algo lo movía, lo tiró con cuidado y salió un fogoto. El niño se puso a reír cuando vio al gusano pegado del pasto, y El Titán, impresionado por la reacción del pequeño se desbordó en risas que sorprendieron a los animales alrededor. Al final lo sorprendió el llanto, jamás se había alejado de la guerra.

Desde entonces, El Turrialba mordía las pitas de pasto para sacarles el jugo dulzón y luego las introducía en los huecos donde viven los fogotos, sacaba a los gusanos y luego los devolvía a su morada, solo que los metía de cabeza, y no sabemos si ellos podrían volverse una vez dentro de su pequeña casa.

Un día se perdió, tenía ocho meses de edad pero su fortaleza había hecho que el pequeño y robusto Turrialba caminara a los tres meses de edad. De inmediato se alertaron los cubanos y los pobladores de Nicoya. Se lo llevaron los indios, gritó una vecina. Se reunieron para hacer comitivas de busca. Los de Nicoya encendían velas a San Antonio que ayuda a encontrar cosas perdidas, solo que aquel niño no era una cosa, era un humano. Sacaron las historias de indios que robaban niños y luego los devolvían cuando estaban grandes, una especie de práctica tormentosa para castigar a las familias blancas, pero El Turrialba era un indígena, y los cubanos eran negros y mulatos, no rimaba aquel castigo dicho por los nicoyanos.

Los cubanos seguían invocando a sus dioses santeros, los muñecos negros desfilaban por los arrabales y un pollo grande estaba listo para ser desollado y beber su sangre. Demonios estos, dijo un sacerdote nicoyano, adoran al diablo y a dios al mismo tiempo, míralos que rezan el padre nuestro y después chupan sangre de animal.

El río se convirtió en el espacio más esculcado, caminaban por el cauce hasta llegar a la desembocadura en el golfo. Ni rastro del niño, se lo ha de haber comido un animal de monte, dijeron otros, pero no aparecía ropa ni restos humanos que evidenciara tal suposición.

El Titán estaba de gira por San José, a él le correspondía hacer las negociaciones de toda la parte legal y comercial de la colonia cubana. Tres semanas tardaba en regresar. Un jueves llegó como a las siete de la noche y se topó con la tragedia de la pérdida de El Turrialba. «El niño tiene cuatro días desaparecido», le informaron. Después de escuchar todas las

peripecias de busca, El Titán preguntó si la vaca seguía llegando al campamento.

Salió corriendo en su mula, eran las ocho de la noche y la luna comenzaba a salir en su forma de luna llena, auténtica claridad para el pueblo nicoyano. Luna nicoyana, astro luminoso que solo a orillas del golfo tiene tanto resplandor. El Titán llegó donde estaban las vacas que ya sumaban una decena. Las mulas estaban en el mismo lugar también. Debía llegar con cautela para no provocar una estampida, eso pondría en peligro al niño. Se bajó de la acémila y caminó con calma, las vacas estaban echadas y las mulas cabeceaban a unos dos metros de ellas. Las mulas mueven sus orejas cuando duermen, se paran debajo de un árbol y cabecean, parecen despiertas porque duermen de pie.

El pequeño Turrialba estaba echado junto a su vaca, su cabeza estaba recostada en la panza caliente del animal, y dormía como un ternero. El mulato tuvo la intuición de dejarlo una noche más, pero lo humano lo sobrepasó.

No dijo mucho cuando regresó, volvió a ver a su gente y exclamó casi enojado, Santería, mejor piensen.

¿A dónde vas?, le preguntó El Titán a Baltasar Pineda. El hombre estaba cabizbajo cuando lo vio acercarse. Había hecho una refriega en su contra un día que los cubanos visitaron Nicoya, y decía que los isleños debían morir como los perros que buscan basura en el vecindario. Era el único español que vivía en la región, su acento zetoso era inconfundible y a él parecía gustarle esa diferencia. España es la madre patria, decía mientras un poco de saliva se esparcía por el aire o por el rostro de los que estuvieran cerca.

—Voy para Nicoya, pero tengo precaución de viajar a esta hora, el río ha de estar crecido, contestó.

—Yo voy para Nicoya también —le aclaró El Titán—, voy a la colonia cubana.

—Lo sé —aclaró Baltasar.

—Si quieres irte ahora nos viene bien acompañarnos en el camino —le aseguró El General Maceo.

El español sintió que la hombría se le venía a los pies, y los cojones se le subían a la garganta. Era El Titán quien le proponía caminar un trecho en soledad y... ya sabemos, había una especie de rencilla entre ellos. Aceptó de mala gana viajar ese mismo día en el vapor, y luego tomar el caballo hasta Nicoya. Estaban en Puerto Puntarenas, era un día por la mañana, octubre de lluvias intensas, llegarían a Puerto Castilla al anochecer y luego, tomar el camino a caballo. El General cabalgaría en su mula como era su costumbre. Llevaba un gran machete colgando de la cintura. Baltasar sintió escalofríos en sus muslos, no sabía defenderse de un machete bien usado, pero fue altanero con el mulato y eso lo tenía nervioso. Imaginaba aquella hoja de acero filoso deslizarse por su cuello delgado, y hasta llegó

a ver su cabeza rodar por el agua, el río se teñía de rojo y él lloraba por su miembro cercenado. Vamos, dijo el mulato, y el español se levantó azurumbado y nervioso.

El barco surcó las aguas de golfo, olas que se levantaban y cruzaban por en medio de la plataforma principal, todos seguían en silencio el ir y venir del agua, el español serio, El General Maceo en silencio también. Sacó el machete para revisar su filo, y ocupaba asentarlos, por eso tomó la lima y la pasó por el filo relumbrante, estiró un pelo de su bigote de mulato y probó, el machete estaba listo, perfecto, dijo en gestos faciales. El español no le quitaba la vista, el barco se movía y el ibérico apretaba los dientes, como si eso sirviera de algo frente a un machete en manos de El Titán. Sangró las encías, y los dientes empezaron a estrujar la nariz, entonces escupió sangre. Así es la vida, dijo en silencio tratando de aceptar el destino.

Llegaron a Puerto Castilla y ensillaron sus cabalgaduras. Les quedaba un trecho de once kilómetros entre caminos sinuosos y otros peligros ya conocidos. Barro por los costados, recodos inundados, caminos pegajosos, y El Morote, río que siempre crecía con las lluvias. El español Baltasar iba detrás de Maceo. Sentía miedo, pero no lo decía, eso nunca. Las imágenes de su cabeza arrastrada por la corriente seguían siendo su más grande pesadilla, agua roja de sangre española, que orgullo, pero eso no servía de nada, la vida era lo más importante, al diablo el orgullo ibérico.

El mulato lo sabía, pero hacía el que no se enteraba de los miedos del español. Seguía en su mula, tranquilo por los trillos rumbo a La Mansión. Llegaron al río, la mula es fuerte, no tenía miedo de la corriente, el caballo es débil y el español sentirá la vida bajar por los remansos del Morote.

Estaba crecido, río impertinente en tiempos de lluvia, río insoportable para los mortales comunes.

—¿Qué hacemos? —preguntó el español Baltasar. Estaban frente a frente con la corriente oscura, la brisa del Morote enfriaba el alma, el español sufría en silencio.

—Nos tiramos —le dijo El Titán.

—¿cómo? —le preguntó el español.

—Yo voy con la mula al lado de arriba cortando la corriente, y usted abajo para que el agua no arrastre a su caballo. —El español sintió alivio y aceptó.

La mula de Maceo clavó los cascos en el suelo pedregoso del cauce y caminó, el agua se revolvía contra su panza, brincaba por encima de la montura y El Titán se agarraba del jinetillo con fuerza. El español se mantuvo un metro abajo de la mula, y el río se fue haciendo pequeño segundo a segundo.

Baltasar no esperó más, allí mismo agradeció a El Titán la generosa acción, éste no dijo mucho, aceptó el cumplido y le ofreció espacio en su casa para que pasara aquella noche. En adelante Baltasar sería un fiel amigo de los cubanos en cualquier circunstancia que fuera, cuando llegaban a Nicoya a celebrar la fiesta de la anexión el español los recibía con los demás nicoyanos. Había aprendido a elaborar coplas y las aprovechaba para halagar a El Titán:

“Desde el caribe ha llegado
hombre valiente y capaz
sus hermanos siempre al lado
Maceo busca la paz.
generoso en la calma
y en las batallas también
Maceo carga el alma
de una familia de bien.”

No era tan elocuente para las coplas como los nicoyanos, pero hacía el esfuerzo, tratando de agradecer al hombre que lo protegió en aquel peligroso viaje.

En la tierra

Jacinto Cuernavaca venía arreando una yunta de bueyes, y se encontró con Benjamín Guevara en el camino. Voy a la Colonia cubana, le comentó Jacinto, debo negociar unos bueyes para que ellos aren las parcelas. Los cubanos no tienen dinero, apenas están iniciando la siembra, le aseguró Benjamín. Es cierto, dijo Jacinto, pero no son ellos los que pagan, es el gobierno que les va a asignar unas cuantas yuntas de bueyes para que trabajen. Sí, aseguró Jacinto, a mí me pagará el gobierno, pero es un tal Maceo quien decide qué animales se compran.

Benjamín había escuchado sobre Maceo, y sabía que era un General, pero Jacinto no tenía idea quien era ese General. Cobraré más de lo que valen, dijo Jacinto, no creo que ese hombre conozca sobre temas de ganado y bueyes de trabajo. Anda, dijo Benjamín, anda y cóbrale lo que quieras que él te dará lo que corresponde, ¿a qué te refieres?, preguntó Jacinto. Me refiero a que ese General sabe de agricultura y animales más que nosotros, le aclaró Benjamín. Ese hombre comerciaba los productos de la hacienda de su padre desde que era muy joven. ¿Cómo lo sabes?, preguntó Jacinto. Lo he leído en los periódicos, de Maceo hablan los periódicos de todo el mundo, le aseguró Benjamín. Jacinto se quedó en silencio, ignoraba con quién iba a negociar, se sintió torpe y descuidado, quiso decir que no le interesaba saber sobre Maceo, pero se sinceró con Benjamín y le confió que no sabía leer; ¿cómo quieres que conozca todo eso si yo no sé leer? dijo el boyero. Benjamín lo tranquilizó y le explicó que no saber leer y escribir era lo común en esa región.

El sol alumbraba los repastos calentando el cuero de los animales, miles de hectáreas de terreno servían de comedero

a los semovientes que se multiplicaban en cantidades, pero ninguna de aquellas haciendas era de Jacinto o de Benjamín, pertenecían a oligarcas que vivían en San José amasando fortunas con la fuerza de los vaqueros. Ellos no tenían pago por su trabajo, únicamente se les permitía cultivar yucas, arroz, frijoles y maíz para la subsistencia dentro de las haciendas. Se les permitía tener algunos animales en los pastizales, ese era el pago por su trabajo. Por eso Jacinto llevaba unos bueyes a vender a la colonia cubana.

Benjamín le pidió que le ayudara a vender una yunta que estaba amansando. Son unos novillos cruzados con indobrasil y braman, una raza resistente al calor, le aseguró. Vamos conmigo, le solicitó Jacinto. Usted que sabe de letras podrá hablar mejor con ese General. Benjamín se montó en su caballo, era un animal criollo ensillado con una albarda de cuero de baqueta, de esos aperos hechos por los mismos sabineros para trabajar con ganado, salió a galope a recoger algunos periódicos donde había historias de El General Maceo.

“El General más importante de la independencia cubana se encuentra en Costa Rica”, titulaba uno de los periódicos. Benjamín se lo leyó a Jacinto y éste quedó impresionado. Mejor le habla usted, dijo el nicoyano iletrado. “El General de la protesta de Baraguá se encuentra en la Península de Nicoya”, decía otro periódico amarillento. El que más les llamó la atención a los boyeros fue un titular de “El mañanero”, decía en directo, “La península de Nicoya se llena de negros y mulatos”.

Benjamín le obsequió los periódicos a El Titán, y le reiteró el apoyo para que su colonia fuera exitosa en aquella nueva tierra. El General le agradeció y le pidió que le ayudara a conseguir ocho yuntas más, ocupaba comprar diez parejas de bueyes, fue lo que el gobierno le ofreció para labrar la tierra

donde se sembraría tabaco, arroz, frijoles, maíz, caña de azúcar para el ingenio, plátanos y algunos otros productos traídos de la Isla, como los árboles de mango que se encuentran en el parque de La Mansión.

María Cabrales llegó tiempo después de que su esposo, El General Antonio Maceo, llevara las primeras familias a La Mansión. Se habían casado muy jóvenes y tenían una existencia llena de guerras y exilios. Después de la Guerra de los Diez Años había tenido que partir a Jamaica, al tiempo que su esposo debió viajar por diferentes países buscando una forma de organizar la continuación de la lucha independentista. Tiempos difíciles para una dama, años de angustia para la esposa del General. En Jamaica debió acompañar a Mariana Grajales, la madre del mulato, compañía grandiosa para cualquier ser humano. Madre de la patria, así se le conoció a doña Mariana, calificativo merecido por ser la progenitora de los Maceo. Fue ella la que orientó a sus hijos y a su esposo Marcos a combatir por la independencia de Cuba; Tuvo seis barones con Marcos Maceo y todos lucharon por la independencia: Antonio, José, Rafael, Miguel, Julio, José Tomás y Marcos.

María Cabrales llegó a San José y enfermó, quizá el viaje y la angustia mellaron la salud de la dama. El Titán buscó las mejores ayudas médicas para su esposa y compañera de guerra. Un mes de tratamiento y cuidados llevaron a mejorar su salud, y María se convertiría en la madre de aquella legión de cubanos asentados en la península de Nicoya.

La Mansión sería el espacio más parecido a una vida tranquila, lejos de la guerra, y con escenarios parecidos a su infancia, María sentía empatía con su nuevo hogar. Ayudó a El Titán en la organización de las familias y cuentas económicas. María Cabrales fue más que una esposa, asumió la responsabilidad de mantener el orden en las familias después de la partida de su esposo. Cuando aparecía un problema

que resolver, y los hombres entraban en conflicto, María debía interceder y tomar las decisiones respectivas, casi siempre de buen final.

Un día llegó José Martí, fue un 30 de junio de 1893, venía en busca de Maceo para tratar los temas de la guerra y organizar la arremetida final de la independencia. María, dijo el mulato, me puedes acompañar a Puntarenas, ocupamos reunirnos con Martí para tratar asuntos varios. La mujer, con sentido de ayudar en la circunstancia descrita le aclaró a su esposo que ella no era mujer de guerra, que llevara a su hermano José o a Crombet. El Titán la miró con serenidad y la abrazó, pocas veces tomaba tiempo para ser afectivo, pero la humildad y grandeza de María lo cautivó. En susurros el mulato le dijo lo que nadie hubiera imaginado, María, no puedo ser yo mismo sin tu compañía; puedo pelear contra un ejército, sabiendo que estás conmigo; cruzar los cerros más elevados, sabiendo que tú me amas; aunque esté solo en la guerra siempre seremos nosotros. La mujer sintió que la vida difícil no lo era tanto mientras estuviera Antonio con ella, entonces le aseguró que iría al fin del mundo si fuera necesario, a las guerras más cruentas si él la ocupaba, a la gloria de los mortales si fuera requerido.

Se trasladaron en sus mulas hasta el Golfo de Nicoya, donde tomaron el vapor que los llevaría a Puntarenas, casi siempre era El Turrialba, aquel mugriento barco lleno de historias macabras; pero al lado del mulato todo era posible, menos dejar de amarlo. El barco zarpó sin contratiempos, llegarían a Puntarenas donde José Martí estaba esperándolos con el gran proyecto revolucionario, le traía noticias y nuevos planes para el regreso a la Isla.

Era finales de junio, y las lluvias y vientos fuertes hacían moverse el barco con peligro, una ola de considerable fuerza movió el vapor y una jaula de gallos de pelea se deslizó por la plataforma, llegando hasta donde estaba la pareja de cubanos, animales feroces que tenían espuelas puntiagudas y las patas desplumadas. María estornudó y comenzó a sentir dolor de cabeza, el olor nauseabundo y los totolates de los animales le produjeron alergia, que combinada con los movimientos estrepitosos del vapor la hicieron vomitar desafortadamente. Antonio, me muero, dijo la dama. Los gallos peleaban en sus jaulas y los totolates salían en nubes oscuras llenando a la pareja de ese ácaro desagradable que da picazón y dolor de cabeza.

Los dueños de los animales estaban viendo la escena y no acudieron a solucionar el problema, eran unos chiricanos que habían llegado a la península huyendo de una guerra atroz que se vivía en su país, incluso les pareció graciosa la escena. Habían tendido una hamaca de mecate en el vapor y reposaban mientras contaban hazañas de los animales peleadores. Mira, mi gallo degolló al gallo más feroz de Panamá, el otro le respondió, es que no ha peleado con el mío, ya verás que su gallo no aguanta ni un aletazo. Se reían mientras María sufría los embates de una nube de totolates diminutos que no se pueden matar a manotazos ni con machete.

Maceo intentó comunicarse con ellos para que recogieran a las aves, pero los hombres, grandes y fuertes, mulatos también, de estructura similar a la de El Titán, se rieron con gracia. Esos animales valen lo que pesan en oro, dijo el más fuerte. Pues voy a sentir su peso, le indicó El Titán cuando, alzando la jaula la tiró a lo más profundo del Golfo de Nicoya.

El hombre chiricano se levantó fiero, llevaba los gallos para una competencia a Puntarenas donde esperaba ganar mucho dinero; se dirigió a donde Maceo y le quiso dar un golpe en la mejilla, pero El Titán lo esquivó y lo enfrentó a su modo. Iniciaron la pelea golpe a golpe, como Maceo tenía más años de lucha, aquella refriega sería solo una aventura en un barco, nada similar a la infinidad de batallas que había enfrentado en la Guerra de los Diez Años. María no se percató de la pelea, seguía vomitando y rascándose la cabeza inundada de ácaros.

El Chiricano, en una de sus maniobras tenía a El Titán contra un poste del vapor, un pilar de madera densa llamada guayacán. Sintió que ese era el momento para acabar con su rival, echó su cabeza hacia atrás y la impulsó para destrozarlo dándole un cabezazo contundente. Maceo esquivó aquella masa gigante de huesos duros y el poste recibió el golpe. La cabeza del Chiricano se partió en dos partes y el poste quedó en trozos también, la sangre del hombre grande se fue escurriendo por las rendijas del piso y cayendo al agua junto con una masa cerebral que en esos pueblos le llaman sesos. Desde arriba se escuchaba un grupo de tiburones buscando comida. El hombre quedó tirado en el piso con trozos de madera astillada que lo cubrían como si se estuviera preparando una fogata, nadie quería atender la situación, su compañero se alejó hacia otro sector del vapor tratando de no ser identificado. Maceo regresó donde María, ocupaba resolver el problema de salud de su esposa.

El barco siguió su curso entre olas gigantes y ráfagas de viento que llegaban desde la desembocadura del Río Tempisque y desde el mar también, haciendo una especie de remolino que lo hacía girar en círculo, algunas veces.

El Chiricano muerto quedó amontonado entre los trozos de madera, y la gente circulaba por el vapor mirándolo como si fuera una pieza de museo. Lo observaban y comentaban que la división de su cabeza en dos partes parecía rebanada con un machete. Aquella escena se repitió por unas tres horas, se había convertido en el entretenimiento de un viaje que siempre era aburrido. Las personas se retiraban y luego, después de sentirse atolondrados por el movimiento del barco decían: «vamos a mirar al Chiricano de dos cabezas», y regresaban donde el hombre estaba amontonado como una carga de leña.

Pasadas unas cuatro horas un viajero gritó a todo pulmón, el Chiricano se está poniendo jediondo, hay que tirarlo al mar. A un cristiano no se le tira al mar sin una oración, gritó un sacerdote nicoyano que viajaba en el vapor. Entonces hágale padrecito, échele unos trisagios porque ya no aguantamos la jediondez, le respondió otro viajero. El padre rezó un Ave María sin pecado concebida y ordenó el lanzamiento del difunto. Cinco hombres se unieron para arrastrar aquella masa inerte que pesaba aún más por estar desvencijada, lo acercaron a la barda del vapor, la cabeza partida iba dando tumbos contra el piso haciendo un ruido de tambor.

Cuando estaban en la baranda del barco se les presentó otro problema: cómo alzar al hombre para pasarlo por encima y tirarlo al agua. El peso era mucho y el olor aún más, nadie quería quedar impregnado de ese olor nauseabundo de muerto añejo. El compañero del muerto al fin se hizo presente, se había tranquilizado y entendió que él no corría peligro; se acercó con la hamaca y envolvió a su amigo, lo alzó como si fuera un niño y lo lanzó al mar. «Que Dios lo tenga en su gloria, y a los gallos también», fue lo único que dijo.

Unos tiburones emergieron del agua y no dejaron que el muerto tocara la superficie del golfo, lo fueron engullendo con sus dientes sarrosos hasta que uno de ellos escupió los zapatos que eran de cuero de cocodrilo, zapatos duros y carrasposos como la mala conciencia.

María siguió enferma y no pudo recuperarse. Cuando llegó a Puntarenas fue atendida por un médico. El galeno le aplicó una dosis de antialérgicos y ordenó cortar la mitad de su cabello, sería la única forma de eliminar los ácaros inducidos por los gallos de pelea.

Las reuniones con Martí tenían el fin de organizar el regreso a la isla para pelear la independencia. Entonces se discutían muchas posibilidades, pero el Plan Fernandina planteado por Martí tenía claramente definido ese regreso.

Luego se sabía que Fernandina había fracasado. La desilusión se hizo presente entre Maceo y su gente, pero Martí siempre convertía los fracasos en fuentes de esperanza. “El Plan ha dado sus frutos, escribió, ahora el gobierno colonial sabe que desde diferentes puntos del continente se está preparando la guerra contra ellos”. Los amigos y colaboradores de la expedición de independencia, lejos de afligirse por el fracaso del Plan Fernandina, se envalentonaron y recogieron más dinero para seguir la preparación de la expedición.

Si Antonio se muere no dejaré a un español vivo en Costa Rica, iniciaré matando al Cónsul, exclamó José Maceo indignado por el atentado contra su hermano.

Salieron del Teatro Variedades en San José, venían de ver una obra donde el actor principal era el cubano Paulino Delgado. Fue la noche del 10 de noviembre de 1894, el aire de la ciudad era fresco, seco y lleno de aroma proveniente de los bosques aledaños. Caminar por las calles era un placer comunal, una especie de diálogo y reflexión constante con los habitantes de la pequeña capital. La obra Philippe Derblay, de gran impacto en Europa e Iberoamérica, era original del Francés Georges Ohnet, un drama amoroso de finales del siglo XIX, complicada trama de lucha de clases entre la burguesía pujante y la aristocracia en proceso decadente. Amor, pasión, intriga, reflejo ardiente de una sociedad industrial que avizoraba un crecimiento incontrolado, música apasionante ante el oído agudo de los espectadores, especialmente de Maceo que gustaba del buen arte.

Una melodía ascendente interpretada por una violinista rusa, con un violín original de Antonio Stradivari, acompañaba el drama en su clímax; sonido de cuerdas, vibración de madera, actores en escena. Maceo se dejó ir entre los trinos del instrumento, un sonido dulce, digno de una madera de arce y caoba curada por el tiempo y algunos químicos que únicamente su luthier conocía; los intervalos sorprendidos de cuarta ascendente y las armonías orquestales mantenían a El Titán en una especie de balanceo imaginario. Se olvidó de la guerra y, en súbitas imágenes se encontró entre Claire de Beaulieu, la protagonista de la obra, y Philippe Derbley, el extravagante industrial que roba el

amor de Claire a un aristócrata arrogante y adicto a los juegos de azar. Ni siquiera el acento del actor principal, de origen cubano, lo hizo recordar la guerra. Su mundo se redujo a círculos de intrigas cotidianas, y la música lo incitaba a recordar a María Cabrales, su esposa incondicional. Por eso, en lugar de ver a Claire caminando por los montes Eliseos con Derbley, EL Titán de Bronce fue construyendo su propia historia: María Cabrales lo acompañaba por las montañas del Volcán Irazú, respiraban el olor de la hierba mojada por la ligera lluvia de los cerros, y un verde profundo se observaba a lo lejos, eran las cordilleras densas en follaje que rodean el gran valle de San José. Miraban el paisaje y Antonio le decía, *el mundo es nuestro, el tiempo es un universo que hay que saber usar, hoy lo llenamos de alegría, no importa lo que vaya a pasar después, pero estando juntos siempre habrá una esquina de refugio para disfrutar nuestro amor, un pedazo de mundo solo para nosotros*. De pronto, un violonchelo de sonidos graves con olor a madera, cuerdas carrasposas y sensuales, ocultaba las melodías ascendentes del violín y trasladaba a los amantes al Golfo de Nicoya; cruzaban el mar acalorado en una barca de vapor, delfines y ballenas girando en redondo, haciendo sus juegos típicos de temporada, y gaviotas volando sobre sus hombros. María Cabrales se quitaba una gaviota de su cabello y Antonio se limpiaba el rostro lleno de agua salpicada por los delfines juguetones; ella, con alegría le susurraba, *Antonio, la vida sin ti no tiene sentido, seguiré viviendo estos caminos llenos de felicidad, ni la guerra podrá arrancarnos este amor sin límites*.

La guerra, pensó El Titán, pero de inmediato abandonó esa palabra eternamente vivida por él y María Cabrales; se ubicó nuevamente en el teatro y se dejó ir sobre la imaginación de lo bello y lo efímero, esos momentos de

distracción sin rencores ni odios, grandes como El Titán y al mismo tiempo pequeños como la vida misma; y volvió a recuperar los espacios vividos con su amada esposa. Un oboe que acompañaba al actor principal en una declaración de amor lo hizo recuperar sus bellos momentos con María, los días en La Mansión compartiendo con El Turrialba y sus travesuras inolvidables, la corriente del Río Morote que lo llenaba de paz con ese sonido metálico producido al arrastrar piedras y arena por el cauce, la sensación inusitada que se revela antes de iniciar el cruce por el Golfo de Nicoya. Un acorde consonante de la orquesta indicó que se acercaba el final de la obra, y Maceo respiró profundamente, era una especie de relajación y aceptación de la vida sin guerra; no sintió remordimiento por haber olvidado su misión en este mundo; por el contrario, pensó que alejarse de la guerra por un momento era encontrar otras energías en el horizonte. Siguió al lado de María, tantas guerras juntos, ilusiones y desvaríos, tropiezos y desconsuelos, alegrías, amor a prueba de fuego; María, dijo en silencio El Titán, *siempre te he amado y siempre lo haré, has sido mi gran historia de amor*.

Uno de sus compañeros lo interrumpió, ¿qué has dicho Antonio? Él, sin desviar la atención le dijo, estaba pensando en María, y en el amor verdadero que se sobrepone a las corrientes tormentosas, a los desmanes de la vida, y que sobrevive a la muerte como su más temible enemiga. Pocas veces compartía estos recuerdos íntimos con sus amigos, pero ese día, diez de noviembre de 1894, el arte lo había sacado de la guerra y lo había puesto en el mundo de los humanos.

Salió de la presentación artística con sus amigos, quedándose fuera del Teatro Variedades unos minutos,

comentaron algunos detalles de la obra y respiraron el aire de noviembre, era una especie de reflexión que se unía a la bella experiencia recién vivida. Las calles de San José lucían alegres con sus transeúntes comentando la obra de teatro, y, como siempre, aparecía uno que otro personaje alucinado con aguardiente, bailando parranderas en el medio de la vía, embriagados con licor clandestino que producían en un arroyuelo detrás de la catedral.

Caminó con sus amigos, irían a sus respectivos hospedajes, personas por ambos lados de la calle, una luna llena atravesaba la ciudad de este a oeste iluminando la vía principal de la ciudad. Los caminantes veían su propia sombra dibujarse en la calzada, y la silueta de El Titán iba arrastrándose de lado a lado de la calle. Un grupo de españoles lo siguió a la distancia, se iban acercando sin ser percibidos por los cubanos. Se traslapaban con las paredes de los edificios para no ser vistos, caminaban separados, a los lados de la calle se notaba que urdían una emboscada, pero Maceo y sus amigos seguían tranquilos, no habían percibido a los ibéricos, creían que todo el que circulaba a esas horas era gente que venía saliendo del teatro. Una pareja de enamorados rozó el costado del poeta y periodista Loynaz del Castillo, y éste reaccionó con rapidez creyendo que lo iban a atacar, pero el cubano de inmediato notó que los enamorados simplemente caminaban distraídos del mundo circundante. Se disculpó con los jóvenes y estos siguieron el camino como si el mundo fuera únicamente para ellos. Los españoles a la distancia seguían su estrategia, ocupaban atacar en un espacio donde no hubiera mucha gente que los delatara.

Quisieron consumir el ataque en un tramo del camino donde había obstáculos de un edificio en construcción, se apresuraron tratando de brincar los escombros y tropezaron

con un poco de madera vieja; un indigente alcoholizado, que dormía bajo unos escombros de madera, gritó con enojo un viva a Tomás Guardia, *Viva don Tomás, hombre de pelo en pecho, macho por derecho, que eliminó la pena de muerte sin tener miedo a su suerte, y el que quiera atropellarme perderá su cabeza nomas, como lo haría Don Tomás si alguien lo quisiera molestar.* El hombre levantó su cama de hojas de platino y la tiró contra los españoles; los ibéricos se desconcertaron y cruzaron la calle para seguir a los cubanos desde otra dimensión. Hacía más de doce años que Don Tomás había muerto, pero el borracho posiblemente estaba soñando con esos días gloriosos de El General Guardia. Se sacudió la ropa desvencijada y salió silbando El Duelo de la Patria, una marcha fúnebre que Rafael Chaves había creado para interpretar el dolor de los costarricenses por la muerte de don Tomás



Luego caminó rumbo a una cantina que tenía un nombre particular, *La Gloria de dios*, ubicada al costado de la catedral.

Los cubanos siguieron caminando con tranquilidad, se habían dividido para tomar cada uno la dirección de su hospedaje. Loynaz del Castillo iba solo cuando unos españoles lo rodearon y comenzaron a golpearlo. Maceo caminaba un poco adelantado cuando le advirtieron que Loynaz estaba siendo agredido por los peninsulares. Se volteó para ver lo que sucedía y ya la refriega contaba con disparos confusos y golpes entre los hombres de ambos bandos. En ese momento una señora, que en apariencia corría asustada, le botó el paraguas a El General, instintivamente este se agachó a juntarlo, y estando inclinado sintió el impacto de una

bala que lo llenó de dolor. Un empresario español llamado Isidro Incera le disparó por la espalda. Los cubanos respondieron a la agresión y las armas se detonaron en ambas direcciones. Maceo vio que Incera venía tratando de alcanzarlo, disparaba mientras caminaba, y esa circunstancia lo alarmó, entonces gritó para advertir a sus compañeros, *Ese hombre es muy peligroso, camina y dispara al mismo tiempo*. Incera se acercaba peligrosamente, El Titán no podía levantarse, la herida le causaba mucho dolor, sintió preocupación de morir en una circunstancia tan poco digna para un revolucionario. Logró disparar su revolver para distraer al español, mas no tenía las condiciones para enfrentarlo con certeza, la herida lo estaba minando. Sabía, por instinto de guerrero, que, si Incera no lo mataba prematuramente, él lo iba a impactar cuando lo tuviera más cerca.

Pasó por su mente, en milésimas de segundo, una cantidad de pensamientos acumulados durante años de lucha, recordó los días de juventud, cuando aún no había iniciado en la guerra y se dedicaba a las labores agrícolas con su padre Marcos Maceo, hombre que le enseñó el arte de usar la espada para defensa personal y las técnicas para domar caballos; recordó conversas intensas a la luz de una fogata con toda la familia en aquellos días jóvenes. Mi padre, pensó El Titán mientras soportaba el dolor de una bala incrustada en su espalda, libró guerras en su país natal, Venezuela, mas nunca fue herido, y vino a dar su vida por la independencia de Cuba, lo vi caer en la batalla de San Agustín, peleando como un león fiero frente a los españoles, esa es la gloria, morir peleando por su patria, frente al enemigo; pero caer en este azorado territorio, lejos de mi bella Cuba, sin sentir el olor de la tierra que me dio la vida, eso no es bueno para un revolucionario. Vino a su memoria la caída en batalla de

su hermano Justo, la muerte de su madre en Jamaica, exiliada, lejos de su patria, sin el derecho de sentir el olor de su terruño en sus últimos suspiros. Intensos momentos tendidos en una calle de San José, y María Cabrales, su esposa incondicional, la que siempre estaba esperándolo en cualquier parte del mundo, con patria o sin ella, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. María estaba en San José esa noche, quizá a unas cinco cuadras del fatídico atentado, pero cómo saber si podría verla de nuevo y decirle todo lo que sentía por ella, agradecerle los sacrificios que había hecho siguiéndolo en la guerra. María, recitó El Titán con voz susurrada, *la vida contigo ha sido la mejor parte de mi vida, y puedo decirte que por ti he logrado salir con vida de muchas batallas, que la ilusión de verte siempre ha detenido la muerte cuando insistentemente se acerca, y trataré de salir de este trance, porque morir sin sentir tu mano sería como vivir haciendo la guerra sin lograr la libertad, y, ambas cosas no me pueden pasar en este momento. María, he cruzado mares, montañas y guerras sabiendo que me amas.*

Pensó en El Turrialba, su hijo de la vida, el que llegó sin aviso, que eligió quedarse sin preguntar si había campo para él, pequeño juguetón que enfrenta la vida sin reparos, *me puedo ver en ti, susurró, y sé que tienes un mundo por delante que yo mismo desearía ver, serás grande entre los grandes pequeño Turrialba, hijo de la vida y de la naturaleza, por eso te sientes parte de todo cuanto te rodea.*

Una corriente de ira se manifestó en todo su cuerpo por la situación tan inmoral a la que estaba siendo sometido; una emboscada, ni siquiera una batalla; Baraguá se dibujó en su mente, tanta lucha para que me salgan con esta cobardía, pensó. No, no me matará este cobarde español, repitió una o dos veces, y asumió una posición de defensa; se acostó boca abajo observando sigilosamente

el avance de su enemigo, tenía un revólver calibre 38 listo para disparar, su mano derecha conservaba la fuerza de su propio espíritu, pues siempre decían sus amigos que, El Titán tenía tanta fuerza en su brazo como en su mente, esa combinación perfecta del guerrero lo haría sobrevivir una vez más frente a la muerte.

El español seguía disparando a la distancia, pero Loynaz del Castillo, compañero inseparable de El General, logró impactar certeramente sobre la cabeza de Incera; el hombre cayó herido maldiciendo al mulato, decía entre balbuceos revueltos con sangre, *hostia, ya me mataron por culpa de este pendejo mulato*; su voz se fue quedando en silencio, y segundos después murió entre la soledad de aquella calle josefina.

Los ibéricos, viendo que su compañero había muerto, quizá el que mejor manejaba las armas, se alejaron con rapidez. A ese momento los compañeros de Maceo no sabían que estaba herido, habían estado ocupados defendiéndose, y El General estaba en otro costado de la calle. Salieron a sus hospedajes para evitar a la policía, uno de ellos, Manuel J de Granda, acompañó a Maceo, vamos General, le dijo, y Maceo respondió, *ocupo ayuda para levantarme, tengo una herida en la espalda*. La camisa de El Titán estaba mojada con sangre y no podían saber la dimensión del impacto. Manuel J de Granda lo ayudó a levantarse y lo guió hasta la casa de otro cubano residente en Costa Rica, de nombre Eduardo Pochet. Esta casa se convirtió en el campamento de los cubanos, muchos se mantuvieron cerca de El General mientras era curado por los doctores Juan Ulloa y Eduardo Uribe, este último de origen colombiano, íntimo amigo de Maceo.

Le extrajeron la bala mediante una operación minuciosa y complicada, pues la tenía cerca de la columna vertebral;

Maceo no quería que le sacaran el proyectil de su cuerpo, pensaba conservarlo como muchos otros que ya se habían amoldado a su anatomía, pero los médicos continuaron su trabajo de la manera que consideraban conveniente.

La recuperación de El General fue rápida, María Cabrales le preparaba sopa de mondongo y caldo de jarrete de vaca, dos recetas costarricenses que habían cautivado el apetito de EL Titán de Bronce. Tomaba sus medicinas y luego las comidas descritas, entonces sudaba como un animal cansado, y el doctor Uribe le decía, *General, su organismo está respondiendo maravillosamente, mira que sudas la gota gorda cuando comes sopa de mondongo*; eso es bueno, reiteró el galeno. Maceo lo miraba con cierta complicidad, y para agradecer su atención le respondía, pronto iremos a librar nuestras guerras Doctor.

A Loynaz del Castillo lo encarcelaron algunos días, luego el presidente Rafael Iglesias dio la orden de que saliera del país. Se despidió de sus amigos y compatriotas y salió rumbo a New Orleans donde seguiría colaborando en la preparación de la expedición que los llevaría a la Isla a pelear la independencia.

Maceo sentía nostalgia por la partida de Loynaz del Castillo. Se había convertido en poco tiempo en un aliado incondicional, joven poeta y periodista agudo que había logrado escalar en la intelectualidad de la época como editor de la Prensa Libre, periódico importante entre el escenario josefino de aquel fin de siglo.

El cónsul español quiso culpar a los cubanos por la refriega, usó todo su poder de colonizador para hacer ver a los cubanos como los culpables de la refriega, estrategia que le funcionaba muy bien aprovechando algunos diarios nacionales y extranjeros. El presidente de Costa Rica

Rafael Iglesias, con argumentos válidos le envió un mensaje claro con su ministro de guerra: *dígale que a El General Maceo lo hirieron por la espalda, y que Isidro Incera tenía un arma recién disparada en sus manos*. Días después, el cónsul español recibió la orden de abandonar Costa Rica, iría para la península sin haber cumplido su cometido, matar a El Titán de Bronce.

Maceo sumaba una cicatriz más a su cuerpo, llegando a veintidós marcas producto de los impactos recibidos en atentados y en las batallas de La Guerra de los Diez Años, entre 1868 y 1878.

El caso conmocionó la vida pública de la ciudad josefina, los periódicos se llenaron de titulares, y en otros países se supo del atentado perpetrado en contra de El Titán de Bronce. La vida del guerrero de Baragua era observada desde muchos países del mundo, seguían sus actividades constantemente como esperando el desenlace de una guerra inconclusa, pero con un final presagiado.

José Maceo se trasladó desde La Mansión para cuidar de su hermano, y prometió lo que he resaltado, se encargaría de acabar con los españoles si su hermano Antonio sufriera la muerte por la herida traicionera de los peninsulares. José había crecido en las guerras con Antonio, era menor, justo cuatro años, pero su hermano era su héroe también, tenía la convicción de dedicar su vida a la guerra para la independencia cubana, igual que El Titán de Bronce. Parecían almas gemelas, solo que José Marcelino Maceo Grajales era más temperamental que Antonio, aguerrido, sin miedo en sus entrañas, en eso era igual a El Titán, y cuando se le intentaba intimidar había que asumir toda clase de retos; fue así como, en un acto de coraje, y por razones que no vale evidenciar en este espacio, se retó a duelo con uno de sus compañeros, con

el Brigadier Flor Crombet, compañero de luchas, guerrero aguerrido contra los ibéricos también. En esa ocasión José Martí tuvo que intervenir para dirimir el duelo, puso la bandera de Cuba en medio de los combatientes y les indicó: *es por esta bandera por la que hay que pelear y morir si fuera necesario*. Los hombres bajaron sus armas y prometieron seguir siendo compañeros de guerra.

El Titán estaba aún convaleciente cuando su esposa María le advirtió que tenía visitas: dicen ser sus amigos, indicó María, uno es mexicano, otro colombiano, y hay un ecuatoriano. Los hombres fueron recibidos con alegría, eran sus compañeros de noches enteras compartiendo posibles guerras. No puedes morir, le dijo Catarino Garza al verlo herido, hay muchas guerras por librar. Garza era su amigo y había llegado a Costa Rica después de una gran lucha por derrocar a Porfirio Díaz. Fue precursor de la gran Revolución Mexicana que vería nacer a Emiliano Zapata. Catarino le dio un abrazo y le juró protección contra los españoles. Estamos juntos General, le dijo con firmeza; debemos pelear por México, le aseguró Maceo, es una de las tantas guerras que hay que librar.

También hay que pelear por Colombia, le saludó Avelino Rosas, por eso la muerte hay que dejarla esperando, nosotros tenemos mucho que hacer.

Ese grupo de revolucionarios eran sus más cercanos amigos en San José. Todos habían llegado para reorganizar sus revoluciones en los diferentes países. Eloy Alfaro lo saludó de último, el libertador ecuatoriano quería compartir un abrazo con su amigo. Sé que estás herido, le dijo, pero me llevaré un abrazo del más admirado guerrero de estas tierras americanas; debo regresar a mi patria, le comentó, pero estaré acompañándote en tus luchas. Nos

veremos pronto, le aseguró Alfaro, esta patria la haremos grande, como la soñó Bolívar.

Sus amigos salieron de Costa Rica a realizar sus proyectos, Alfaro regresó a Ecuador y tomó la presidencia, envió cartas a los reyes españoles solicitando la independencia de Cuba, así se lo había prometido a su amigo. Catarino Garza se fue a Colombia a pelear al lado de Avelino Rosas. Pero el precursor de la Revolución Mexicana murió en combate en Bocas del Toro. Guerras y muertes, así son estas cosas, dijo Avelino Rosas cuando vio a su amigo caído.

El Titán terminó de sanar al cuidado de sus doctores y sus amigos, todavía su muerte no era prerrogativa de ningún humano común. Le quedaban pocos meses para salir con sus compañeros a liberar la Isla.

Reiniciada la guerra en Cuba, su amigo Avelino Rosas llegó a cumplir la promesa, a pelear por la causa de Maceo y su gente, formó un escuadrón de guerra al que llamó Macheteros de Maceo, histórico grupo que llevaba ese nombre para ilustrar las destrezas de El General con ese instrumento de guerra. Peleó en muchas batallas, más nunca se encontró con Maceo. Siempre estuvieron en diferentes frentes, pero los Macheteros de Maceo hacían historia día a día, peleando la guerra que El Titán de Bronce había mantenido latente.

El Adirondack, gigante de hierro y madera, fuerte y dulce como la mirada de El Titán que revela muchas sensaciones a la vez. Estructura inerte que se llena de vida al partir, especialmente cuando despegó su casco de Puerto Limón con veintidós revolucionarios cubanos en busca de la independencia.

Llegó a Puerto Limón un 25 de marzo de 1895, sería el transporte para que El Titán de Bronce y sus compañeros se dirigieran a la Isla, a continuar la guerra inconclusa. El barco tenía condiciones para transportar 500 toneladas, pero una buena parte de esa capacidad era para cargar el carbón que servía para producir el vapor que hacía circular la nave por las aguas del Caribe. Modernizado con calderas tubulares, el Adirondack empleaba vapor a alta presión economizando en buena forma el carbón. Ubicarse en la proa era una forma de distraer los pensamientos, pues la vista se dispersaba a lo largo de noventa metros de eslora y doce de manga hasta llegar a la popa. En ese trance se vivía la soledad, la angustia, la felicidad, la esperanza, era una plataforma que hacía sentir a El General fuera de la tierra, como si todo lo que había construido en su vida se desvaneciera en segundos. Un balanceo que provocaba confusión y mareos rebotaba en la mente del guerrero, recordándole que la vida es frágil, especialmente en ese mar azul y negro, confuso y cristalino también, que revela olas a los lejos con crestas blancas que parecen inofensivas como si fueran motas de algodón. El guerrero de Baraguá, al experimentar esos extraños sentimientos se sentía vulnerable, entonces clavaba su mirada en el horizonte, imaginando ver las costas de su amada Cuba a la distancia; alguien le hablaba, pero El General no volteaba su mirada,

mantenía su soledad como resguardo de todo cuanto debía cuidar para vencer en la guerra.

Cuando sus compañeros lo observaban en esos pensamientos profundos lo dejaban solo por unos minutos, luego se le acercaban para comentarle alguna situación, algo que lo hiciera regresar a la vida de los mortales. En una ocasión, y estando en la plataforma del barco, Alberto Boix se le acercó y le comentó, Antonio, este barco tiene un motor de vapor de triple expansión, y puede desarrollar una velocidad máxima de quince nudos en caso de emergencia, equivalente a veintisiete millas náuticas, que se traducen a cincuenta kilómetros por hora. Con estas condiciones los españoles no podrán darnos alcance, le aseguró Boix; El General lo miró sereno y le respondió, llegaremos a la Isla a lograr nuestra independencia.

Grande, potente, y de gran presencia, el Adirondack develaba el proyecto de los revolucionarios, se balanceaba entre el vaivén de las olas de Puerto Limón como sopesando la fuerza que lo hacía navegar con seguridad en las aguas del Caribe; grandes bocanadas de agua movían al gigante construido con hierro, madera y otros metales. A los costados se dibujaba, en letras azules y anaranjadas, el nombre Adirondack, y en una esquina del navío una bandera luminosa revelaba su origen, ondeaba con el viento que se acumula en todo puerto.

Una brisa extraña, llena de esperanza y desazón al mismo tiempo, melancólica como el anochecer, y cargada de sabores salinos, golpeaba la cara de los revolucionarios. Todos en silencio esperaban subir al barco, se miraban sin decir palabra, sintiendo el dolor de lo inevitable, dejar a sus seres queridos en La Mansión. José Maceo abrazaba a su esposa tratando de unir la energía positiva de dos seres que se aman;

la incertidumbre, la esperanza, la melancolía, y un poco de nerviosismo se juntaban entre los dos cuerpos mancornados por cuatro brazos que se juraban protección y amor. Elena era la única mujer que acompañaba a los guerreros, llegaría hasta Jamaica donde desembarcaría con algunas cartas y documentos que enviaría a diferentes destinos, todos relacionados con la organización de la guerra.

José y Elena se habían casado en La Mansión un año después de haber llegado de la Isla; el sacerdote Benjamín Aguilera les aseguró que su unión sería hasta la muerte, pero eso lo decía en todos los casamientos, sin embargo, en el caso de José y Elena, el presbítero Benjamín, que había estado involucrado en la guerra contra los filibusteros, sabía que lo que decía era cierto, ya que los amores en la guerra son para siempre. Existe una cohesión fuerte entre los amantes, quizá mediada por el peligro en el que se desarrollan sus vidas, y la pareja siente que amará a esa persona por siempre, se lo reafirma todas las noches, y genera buenos sentimientos que acompañan al guerrero en las batallas fieras, y a la dama en la soledad descarnada; y cuando un peligro es inminente, el guerrero piensa en ella y sobrevive con alegría; herido o no, siente que su vida está dividida y que una parte sin la otra no puede ser posible, por eso hace todos los esfuerzos requeridos para salir adelante y continuar con la esperanza de ver a su media parte tan pronto sea posible. Benjamín fue el capellán de la guerra contra los filibusteros, era un sacerdote joven, recién cumplía veinte años. Sabía del amor porque se enamoró de una mujer nicaragüense en aquellos días de guerra en la ciudad de Rivas y Granada. La amó tanto que, una noche se ofició él mismo su matrimonio; Juanita no sentía confianza de que se realizara un automatrimonio, pero Benjamín la convenció asegurándole

que era mejor así en virtud de una posible muerte en batalla, ya que él tenía que estar presente en todas las refriegas en contra de los gringos, confesando moribundos caídos en batalla. Ya tenían una especie de unión libre, pero morir en pecado era peor que automatrimoniarse. Juanita aceptó la propuesta de Benjamín y se casó bajo la sombra de un tamarindo, comiendo una porción de la fruta de aquel árbol sagrado y unos sorbos de vino de coyol, completando así una ceremonia que atestiguaría un amor eterno. Siempre se amaron, Benjamín celebraba la eucaristía los domingos a las nueve de la mañana y luego se dirigía a una heladería a compartir con sus hijos y su amada.

El prelado sabía de cierto que, el sacramento en guerra era superior a cualquier otro, así se lo aseguró a José Maceo y a Elena. Ellos, abrazados recordaban las palabras del presbítero una tarde de sol en La Mansión, *se ama para siempre*, y un poco de agua de sal les llenó el cuerpo de humedad.

Una ola gigante había estremecido la embarcación y el agua quedó salpicando a toda la expedición.

EL General Maceo esperaba la hora de embarque en una esquina del muelle, sólo y taciturno observaba el infinito, pasaba su mano por su rostro de mulato y respiraba profundamente aquel aire salino de Puerto Limón. Un negro jamaiquino que había llegado a trabajar en el ferrocarril se acercó a saludarlo, ¿eres de Costa Rica?, le preguntó el negro; el mulato no quiso dar explicaciones, únicamente le aclaró que estaba de paso, el hombre insistió con otras preguntas, por eso Manuel J. de Granda y otros compañeros se acercaron con rapidez, preferían ser precavidos y evitar un atentado, los españoles podían valerse de cualquier artificio para matar a El General.

Eran las cuatro de la tarde, El General se alejó del grupo y comenzó a escribir una carta para María Cabrales, se notaba inquieto, pensativo, y sobre todo observador del panorama, debía estar alerta en esos últimos momentos de la partida. Escribía algunas letras y observaba con cuidado el horizonte, aún existía la posibilidad de que algún imprevisto de última hora sucediera, algo que no estuviera bajo su control. Quedaban dos horas para partir, y aprovechó para organizar el envío de la carta a su esposa María Grajales que había quedado en La Mansión. Le reiteró el amor y, como disculpándose por dejarla sola en la península de Nicoya, le aseguró que aquella partida era inevitable, y que, si vencía en la guerra, la gloria sería para ella. Hermosas palabras salieron del corazón de El Titán de Bronce, pareciendo que, en esos momentos de intimidad con él mismo, la apariencia fuerte, dura y adusta del guerrero se dejaba de lado para mostrarse como un ser que daba paso al amor, a la pasión, y al cariño frente a su amada.

El Adirondack, propulsado por una maquina a vapor, sonó una corneta ruidosa que sorprendió a los revolucionarios; José y Elena se soltaron sorprendidos y, todos entendieron que debían abordar el navío que los llevaría por las aguas del mar Caribe, hasta la tierra soñada. Desfilaron tranquilos hacia el interior del vapor, siempre observando los movimientos de la gente que se aglomeraba en Puerto Limón para ver la nave salir; era una costumbre ya conocida, los pobladores se sentaban en un malecón de piedra que detiene las olas y esperaban la partida del barco; pero ese día, 25 de marzo de 1895 todo era diferente debido a la partida de los cubanos. El General quería subir de último, detrás de todos protegiendo a sus compañeros, pero Manuel J. de Granda le solicitó subir en medio de la

comitiva, había que descartar la posibilidad de un atentado a última hora. A las seis de la tarde el vapor sonó por última vez su corneta anunciando la salida. Las amarras se soltaron y una gigantesca ola se formó con el primer socollón de la estructura naval; la ola se brincó el muelle y los pobladores de Limón quedaron bañados en agua salina y oscura, pues en esos aparcamientos el barco limpiaba sus bodegas y lanzaba los desechos de carbón al mar. Sin embargo, ninguna persona se sorprendió por lo sucedido, se quedaron estáticos mirando el barco partir, parecía que querían ver a los revolucionarios bajar en Baracoa con sus armas empuñadas buscando la libertad de la Isla.

Esto va bien, dijo el mulato a sus compañeros cuando subieron al barco; se acomodó el cabello con su mano derecha y respiró profundamente el aire salino de Puerto Limón. EL General Flor Crombet, jefe de la expedición, le indicó a los compañeros que debían estar preparados para asumir cualquier decisión de último momento, pues el Adirondack no podía pasar por Cuba, a los sumo se podría acercar a sus costas para que, en los botes de emergencia pudieran lanzarse para llegar a tierra.

El barco partió, eran las seis de la tarde y la oscuridad entraba por los laterales. Se observaban animales nocturnos de los que vuelan siempre a orillas de los barcos: libélulas, gaviotas, búhos de ojos difusos, gavilanes costeros y vampiros gigantes; Maceo vio a un vampiro acercarse, sus colmillos blancos y puntiagudos le trajeron malos recuerdos, sacó el machete con rapidez y lo puso frente a su pecho, el animal llegó a velocidad exorbitante y pegó de frente con la lámina de acero inoxidable, filosa y lista para combatir a los españoles; sus colmillos saltaron por la plataforma del barco, y El Titán de Bronce volteó su mirada con malicia; una sonrisa

queda se dibujó silenciosa en su rostro de mulato, mientras sus compañeros median al animal volador con admiración; mira, dijo Arcid Duverger, mide medio metro de ancho y treinta centímetros de largo, extraño vampiro, reiteró el isleño. Ve a, Antonio, le llamó Juan Limonta, este vampiro tenía dientes como un tiburón; ya lo sé, aseguró El General. Paso su mano por una cicatriz que llevaba en su pecho y dijo una palabra que le había oído al periodista de San José, *mal-dito animal*.

Se apoderó de los navegantes una especie de nostalgia combinada con mareos por el movimiento de la nave, un poco de sueño y mucho cansancio acumulado durante días y noches antes de partir. No se hablaba del proyecto libertador, era preferible evitar esos temas ya que en la nave había otras personas que no tenían idea del proyecto de los cubanos. Se oscureció la plataforma donde se debía descansar; el fantasma de los atentados seguía girando en la mente de los revolucionarios, ¿podría haber entre los navegantes alguna persona preparada para matar a El General? dormir no es grato en esas condiciones.

Maceo, locuaz y cordial, le pidió a sus compañeros que durmieran tranquilos, que él cuidaría de ellos en las primeras horas. Todos reposaron en la plataforma del barco, y el bamboleo de la nave seguía produciendo desconsuelo entre las estaciones de un viaje atropellado. El General estaba alerta como siempre, portaba un revólver cargado con ocho proyectiles, de vez en cuando lo tocaba, lo sentía y hasta lo balanceaba en sus manos, trataba de estar preparado en caso de un ataque. La noche seguía oscura, aquel veinticinco de marzo no alumbraba la luna, y el agua del caribe que, durante el día era azul y transparente, parecía oscurecida con alguna tintura negra. Un sonido metálico se difundió por la

plataforma, sonido estridente y corrugado, golpe seco y consolador, eran pasos extraños y amenazantes. EL General Maceo apuntó en la oscuridad y, todos estuvieron con sus revólveres apuntando al mismo tiempo, trataban de identificar al intruso que se acercaba misteriosamente. Los revolucionarios no estaban dormidos, hacían la apariencia de un sueño reparador, pero no aceptaron dormir y dejar a El Titán de Bronce sólo en la plataforma oscura.

El intruso escuchó cuando uno de los cubanos martilló el arma, la tenía lista para disparar, tiro en boca; no disparen, dijo, soy el gendarme de la embarcación, y hago mi recorrido de rutina. Prendió una luz de carbura y se mostró de cuerpo entero; vean, dijo, no tengo armas. Era Francesco pata de hierro, un pescador que había perdido una pierna en las fauces de un tiburón; en una jornada de pesca, Francesco bajó al agua a desatar un sedal que se había incrustado en la hélice de un barco, en la faena no pudo percibir que uno de sus dedos estaba sangrando, pero un tiburón de doce metros de largo si olfateó su comida preferida; Francesco nadó con rapidez y comenzó a subir al barco, se agarró de una baranda y quiso levantar una pierna para apoyarse y saltar, pero el peso de su indumentaria no le permitió realizar el movimiento deseado, se había lanzado al agua con pantalones y zapatos. El tiburón llegó con su fila de dientes sarrosos y filosos, cercenó su pierna de un solo mordisco y la tragó rápidamente, dio un círculo de unos ocho metros mientras escupía un zapato viejo de cuero de búfalo, y regresó por la otra pierna. Francesco, más liviano por la falta de su extremidad logró saltar a la plataforma del barco, de lo contrario aquella noche el ruido hubiera sido peor. Tenía una prótesis de hierro que sustituía a la pierna original; la pierna mecánica estaba constituida por dos partes, una pieza que llegaba a la

rodilla y otra que sustituía el fémur. A la altura de la rodilla las dos partes se unían con cuatro bisagras de tres pulgadas, de las mismas que se usan para guindar puertas en las casas. Una bisagra unía las partes en el frente, dos a los lados, y una en la parte de atrás. Cuando Francesco levantaba la pierna, esta se movía produciendo un sonido estridente y latoso, pero cuando caía al suelo, un pin se activaba de abajo hacia arriba trabando las dos estructuras, permitiendo que el hombre tuviera un apoyo momentáneo, un poco más estable que una muleta. Las bisagras ocupan aceite, dijo Francesco pata de hierro, por eso suenan un poco; ¿un poco? gritó un cubano con sarcasmo, parece una carreta vieja. El guarda siguió su recorrido por el barco y prometió no volver a pasar por ese sector, para que duerman tranquilos, dijo.

Eran las once de la noche, y los revolucionarios sintieron hambre, como es normal después de tener muchas horas sin ingerir alimento. El mar estaba en calma y los hombres ya habían estabilizado su organismo. Recordaron, en una conversa cotidiana, todas las comidas que durante cuatro años habían disfrutado en Nicoya: tortillas de maíz con sabor calizo y aroma de leña de nance, las tanelas aromáticas y dulzonas que nunca faltaron, las bebidas de tamarindo, pinolillo y agua de arroz. Pero cuando recordaron las tortillas con cuajada sintieron que el hambre era insoportable, y Flor Crombet agregó que esas tortillas había que acompañarlas con aguadulce, especialmente durante la noche. El jefe de la expedición prendió una canfinera con querosén y extendió una manta en el piso del barco, luego sacó un recipiente repleto de cuajada y tortillas para todos. Francesco pata de hierro llegó con su característico sonido cargando una cafetera de aguadulce con leche para toda la comitiva. Comieron hasta saciarse y, luego pasaron a degustar unos sorbos de

vino de coyol, suficiente para sentir un sueño reparador; le correspondía al brigadier Crombet montar guardia el resto de la noche.

Amaneció en medio del mar Caribe, una noche en el Adirondack generaba confianza, todo en calma, a la distancia se observaba el hormigueo del agua moviéndose suavemente, y el resplandor de las olas dilataba la pupila del ojo, dando la sensación de que en esas aguas se podía caminar con facilidad. Engañosa sensación produce el Caribe, fueron las primeras palabras de El Titán en aquel día soleado. Estas aguas pueden ser la vida o la muerte a la vez, continuó diciendo; nunca lo habían visto tratar el tema de la muerte, siempre se mostraba como un ser inmortal, al que no le perturbaban esas nimiedades de los humanos comunes. Agustín Cebreco y Patricio Corona, dos de sus acompañantes, guerreros audaces y feroces ante el enemigo, se preocuparon por aquella expresión reveladora de la muerte, ¿qué pasa General, estás preocupado por algo que no sepamos? preguntaron en forma directa y contundente. Nada diferente a lo de siempre, adujo EL General; solo que la vida es parte de la muerte, y mientras estemos vivos hay que celebrar la vida haciendo lo que debemos por nuestra tierra, pero la mejor forma de protegernos contra la muerte es sabiendo que está a nuestro lado. Cebreco y Corona se quedaron reflexionando frente al azul del Caribe; la muerte, como saber sobre ese momento, Antonio sabe vivir, dijeron mientras miraban a El Titán observar la inmensidad de mar caribeño que hacía las veces de aliado y cómplice frente a su gran proyecto. Maceo seguía en reflexiones frente a las olas, era la oportunidad de pensar en aquello a lo que no podía dedicar tiempo en su rutina diaria. Mariana Grajales ocupaba sus espacios en esa travesía, la madre de la patria, pero sobre todo su madre, la mujer

que siempre los animó a sostener la revolución de independencia; siempre las mujeres, pensaba Maceo en su intimidad, madres de la revolución y la humanidad, madres sin miedo que aún conservan la valentía de los inicios de la humanidad. Mariana Grajales, madre de los Maceo, con un crucifijo en sus manos y una alegría visible ante los ojos de toda la familia les ordenó: *de rodilla todos, delante de cristo que fue el primer hombre liberal que vino al mundo, juremos libertar la patria o morir por ella*. Todos juraron y cumplieron lo prometido. Libertar la patria o morir por ella, pensó El Titán, madre sabia que tuvo que morir en tierra ajena. El Titán secó unas cuantas lágrimas y juró nuevamente libertar la patria o morir por ella. Madre de la Tribu heroica, escuchó Maceo la voz de su compañero Francisco Agramonte. Aquella denominación se le había asignado a la familia Maceo Grajales en virtud de que todos se sumaron a la revolución, juramento hecho frente a Mariana Grajales en un cuarto de la casona familiar.

Ya estamos llegando a Jamaica, le indicó Agramonte a Maceo, y, todos los revolucionarios se reunieron junto a El Titán, esperaban decidir algunos detalles para la llegada a Kingston, pero una situación de último momento los distrajo, dando paso a la observación de una escena particular; el cocinero de la tripulación destazó un gallo gigante justo en la baranda de la embarcación, quizá era para alimentar al capitán Sampson y a su tripulación, pero de eso no había certeza; cuando el hombre abrió el buche del animal para dejar caer los desechos al mar, una rata enorme que el ave había ingerido minutos antes, salió brincando por la plataforma. La escena hizo que unas diez personas, pasajeros que iban rumbo a Jamaica, persiguieran al roedor durante unos treinta minutos tratando de matarlo, y el animal, que aún tenía suficiente vida para escaparse de sus perseguidores,

logró bajar por las escaleras que dan a la bodega de la embarcación. Los cubanos rieron estrepitosamente, y disfrutaron aquel acontecimiento que los hizo olvidar sus preocupaciones por unos minutos.

Agramonte transmitió a sus compañeros una directriz del capitán Sampson, indicó que debían escondernos en las bodegas de la nave, ya que una veintena de pasajeros estadounidense subirán al barco con dirección a Nueva York.

Las bodegas del Adirondack estaban repletas, en su mayoría, por el carbón que ocupaba la nave para la vaporización, pero siempre quedaba un espacio para que los veintidós pasajeros revolucionarios se escondieran. Se quedaron allí mientras subían los nuevos pasajeros. Helena, la esposa de José Maceo, bajó en Kingston con papelería que debía ser enviada a varios destinos. Una larga espera rodeados por sacos de carbón negro y oscuro tuvieron que soportar los guerreros. La partida sacudió nuevamente a la embarcación y los revolucionarios sintieron un poco de polvo negro llenar el espacio. El aire se sentía denso y pesado; Silverio Sánchez, con un padecimiento crónico de sus bronquios inició una secuencia de tos espeluznante, se morirá, dijo Juan Futiel, le falta aire y el asma lo acabará. Con un pedazo de cartón le ventilaron la cara y lo estabilizaron, pero el paciente siguió con una tos intermitente y se durmió entre los escombros y la desventura.

El barco se estremeció y socolloneo las estructuras, una velocidad inusual se sentía desde las bodegas. Las esquivas de carbón se desplomaron y fueron llenados los espacios, y los revolucionarios se inundaron con decenas de toneladas de ese material tiñoso y desagradable que lo oscurece todo. Los españoles habían desplegado desde Jamaica una persecución para cazar al Adirondack, lo persiguieron durante algunas

millas, pero el vapor, que contaba con turbinas modernas, aceleró a una velocidad de quince nudos, quizá a unos cincuenta kilómetros por hora, mucha rapidez para un vapor en 1895. A la bodega llegó Francesco pata de hierro con cinco tripulantes más, pidieron ayuda a los cubanos para llevar mucho carbón a las calderas, la velocidad del Adirondack requería mucho combustible. Debían pasar frente a los pasajeros estadounidenses, pero como iban negros de carbón los gringos no sospecharon que eran los revolucionarios cubanos, creyeron que se trataba de esclavos, materia de razonamiento común para los del norte.

Maceo le sugirió a Flor Crombet que obligaran al capitán Sampson a dirigir el vapor hacia las costas de Cuba, allí tendrían condiciones para liquidar a los españoles que los perseguían; Crombet, adusto y firme le argumentó que él, en condición de jefe de la expedición, había pactado con el capitán del barco para que los dejara en Fortune Island y que no iba a quebrantar su palabra. El Titán entendió y respetó los pactos de Crombet con el capitán. Sampson mantuvo a el Adirondack a toda velocidad dejando a los españoles perdidos en el mar Caribe. Aquel episodio sería la única situación de peligro que vivirían en el tránsito entre Kingston y Fortune Island, situada en las Bahamas, donde desembarcarían para negociar otro transporte que los acercaría a las costas de Cuba.

En Fortune Island los revolucionarios fueron presentados ante el cónsul de Estados Unidos como cazadores que se iban a divertir matando zorros come gallinas, iguanas, gallinas de palo, cocodrilos gigantes y tortugas de tierra. Sampson, que los presentó ante el político, tenía claro que todo era pura apariencia, ya que Farrington, el cónsul estadounidense, sabía perfectamente quienes eran aquellas

personas, y, había prometido ayudarlos. El cónsul era político y comerciante, por eso tenía una cantidad importante de armas para la venta, pero en el caso de los revolucionarios el hombre tomó las armas y las obsequio por la causa del pueblo cubano, dijo. Además, dijo Farrington, les prestaré una goleta que los lleve a la isla Inagua, cerca de las costas de Cuba.

Un cubano, en un preámbulo de ocio, comenzó a golpear una pieza de madera contra un trozo de hierro que se encontró a su paso; los compañeros, que tenían unos cinco días de estar metidos en el barco, sin música, sin décimas, sin coplas nicoyanas, y sin mujeres para bailar el son, iniciaron un baile tradicional llamado Cucuyé, una especie de poliritmia de origen africano que se danzaba únicamente en ambientes muy cerrados de las familias negras. Se movían como gusanos hormigueados al son de los sonidos percutidos por su compañero. Repetían una letra de origen Bantú que nadie, fuera de ellos, podía descifrar; luego se sabría que los versos eran simples, una estrofa que se repetía constantemente mientras el sonido de percusión les daba el motivo para moverse: *quiero bailar, quiero cantar, nadie me quita la felicidad*. Bailaron durante dos horas sin parar, y Mr. Farrington se unió al grupo con su baile descaderado, heredado de los flemáticos anglosajones, levantaba un pie y movía la cadera contraria, no podía coordinar dos movimientos con la misma extremidad. Los cubanos le hicieron círculo al gringo y este creyó que lo estaba haciendo muy bien, entonces duplicó los movimientos cayendo de costado y golpeándose contra un muro de piedra. Se levantó con energía y tomó un vaso de wiski escocés para continuar la fiesta, mientras unos empleados del consulado asaban un cerdo en las brasas para darle comida a los invitados. El General Maceo y Flor Crombet

observaban el baile desde una esquina, no era que fueran ayunos al ritmo del cucuyé, sino que debían estar alerta siempre; eran las personas encargadas de toda esa comitiva de importantes guerreros para la libertad. El ritmo comenzó a bajar de intensidad cuando el olor a cerdo rostizado invadió el salón, y cuando el percusionista vio que se estaba quedando solo, fue bajando el volumen de aquel patrón rítmico que años después se conocería como Clave:



Salieron de Fortune Island hacia la isla Inagua en la goleta Honor que Mr. Farrington les prestó, pero antes de llegar a ese destino, Flor Crombet y Francisco Agramonte negociaron con el encargado de la goleta para que los llevara hasta Cuba. Cambiaron de rumbo y el destino final sería la costa cubana, justo en la desembocadura del río Duaba, cerca de la ciudad de Baracoa. El mar estaba picado y la goleta Honor no podía acercarse a la costa como es debido, el agua la devolvía entre un oleaje embravecido y turbulento que se forma en la desembocadura de todo río caudaloso; avanzaban unos metros hacia la costa y retrocedían otro poco hacia mar abierta. EL capitán de la goleta, en decisión consensuada con los revolucionarios, impulsó los motores, los aceleró al máximo y la goleta Honor surcó la arena desvencijándose contra un tumulto de piedras duras y carrasposas. A buscar la independencia, gritaron en grupo los cubanos; a libertar la patria o morir por ella, respondió El General Maceo haciendo honor a

las palabras de su madre Mariana Grajales. El capitán de la goleta, un hombre bueno que había decidido ayudar a los revolucionarios, murió al golpearse la cabeza en el volante de la embarcación, y los cubanos le dieron la bendición antes de partir hacia la guerra; no tenían tiempo para ceremonias degollando gallinas, que además no cargaban en aquellas circunstancias; así que, le rezaron una santería y uno de ellos rasgó su piel para succionar unas gotas de sangre completando una ceremonia en agradecimiento por su apoyo.

Iban con El General Maceo veintiún revolucionarios: Flor Crombet, quien llevaba la responsabilidad de ser el jefe de la expedición, Agustín Cebreco, Arcid Duverger, Patricio Corona, Silverio Sánchez, Adolfo Peña, José Arseno, José Palacios, Alberto Boix, Manuel de Granda, Frank Agramonte, Juan Futiel, Juan Limonta, Joaquín Sánchez, José Santini, Isidoro Noriega, Domingo Gusmán, Jorge Travé Estrada, Tomás Julio Saíenz, Luis Henríquez, y Luis Soler.

Hombres decididos a dar la vida por su patria, cargados de astucia y estrategias de guerra. El armamento que llevaban era únicamente nueve rifles con 75 proyectiles cada uno, un revólver para cada guerrero y quince machetes. ¿Quién, con ese armamento se animaría a incursionar en una guerra? Por eso, cuando ganaron la primera batalla en las cercanías de la ciudad de Baracoa, los guerreros gritaron alegres: “Aquí está Maceo, viva Cuba libre”.

En La Mansión María duerme con tristeza. Por las noches siente caballos correr por la calle, trata de escuchar con atención y ya se han ido. ¿Estaría dormida?, ¿sería un sueño, o qué cosa?, sus preguntas vuelan entre desvaríos. Intenta dormir y suena la guerra. Se escuchan las balas rebotar contra las paredes de La Mansión. Dormida o despierta, cómo saberlo. Siente llegar a El Titán y besar su frente, contigo puedo pelear todas las guerras del mundo, escucha su voz. Las palabras rebotan en su corazón y no puede seguir acostada. Aquel tono fuerte del mulato la despierta completamente. Se levanta y toma un poco de leche con dulce para calmar la ansiedad. «¿Cómo estará mi Antonio?», dice en susurros. «¿Mamá?», escucha la voz de El Turrialba; el niño la toma de la mano y le pide que regresen a la cama. La ternura del pequeño la siente María como un mar de amor y consuelo. «Papá está bien», dice el niño. «Lo siento en mi corazón. Cuéntame un cuento», le pide. «No sé contar cuentos», le aseguró María, pero El Turrialba solo quería historias de El Titán. «Cuéntame la historia de Baraguá, donde Papá se enfrentó al General Martínez». «Pero esa historia ya te la sabes», dice la madre. «Cuéntamela de nuevo, quiero oírla». María inició la narración y El Turrialba se fue quedando dormido, entonces la madre dejó de hablar. Mamá, reclama El Turrialba, no la escucho. «Cuenta cuando el español vio a Papá por primera vez», «¿Qué le dijo mamá?». «Ya lo sabes», dijo María, «sí, pero quiero oírlo de nuevo», aseguró El Turrialba. María lo abrazó y le dijo al oído, «yo soy la que quiere oír esa historia, cuéntamela tú». «Coño», dijo el niño con acento cubano, el español se impresionó cuando vio al General Maceo. El Turrialba se subió a un taburete

para sentir más fuerza en su voz, lo que debía recitar merecía hacerlo con firmeza: «Parece mentira» le dijo el General Martínez, que habiéndonos codeado tanto en esta campaña, sobre todo en 1871, y 1872, no nos conociéramos, y debo significar que me enorgullezco de haber conocido personalmente a uno de los combatientes más afamados.

El niño terminó y se bajó del taburete, María dormía plácidamente. Qué más que la voz de un niño puede alejar la angustia del alma. El Turrialba se acostó en el rincón de su madre y se dispuso a dormir también, repetía una frase que lo fue tranquilizando hasta que se durmió por completo: «Baraguá, mi cuento favorito, Baraguá...» Faltarían algunos años para que, envalentonado por las hazañas de su padre, El Turrialba tomara su propio camino en busca de la libertad de un pueblo vecino.

Los gallos cantaron al amanecer, y María se levantó con ojeras bajo sus ojos, debía hacer un informe de la producción de las parcelas, el gobierno seguía esperando que los cubanos de La Mansión cumplieran el contrato firmado por El Titán. Pero antes de iniciar sus labores de rutina tomaba la carta que el mulato le escribiera desde Puerto Limón, justo antes de subir al vapor Adirondack, y leía una y otra vez el recuerdo que la hacía vivir con esperanza ese día:

—“En tu camino, como en el mío, lleno de abrojos y espinas, se presentarán dificultades que solo su virtud podrá vencer.

Confiado, pues, en esa tu más importante cualidad, te abandono por nuestra patria, que tan afligida como tú, también reclama mis servicios, llorando en el estertor de la agonía. Pienso que tu sufrimiento, y yo peleando por ella, seremos felices; tú ama su independencia, y yo adoro su libertad. El deber me manda sacudir el yugo que la oprime

y la veja, y tu amor de esposa fiel y purísima, me induce a su redención. Dios lo quiera, para bien de ese pueblo esclavo y para tranquilidad de nuestros espíritus. Tú, que has pasado conmigo los horrores de aquella guerra homicida, sabes mejor que nadie cuánto vale el sacrificio de abandonarte por ella. Cuánto importa el deber a los hombres honrados. El honor está por sobre todo. La primera vez luchamos juntos por la libertad; ahora es preciso que luche solo haciendo por los dos. Si venzo la gloria será para ti". 25 de marzo de 1895, Puerto Limón.

El niño creció al lado de su pueblo, eran los cubanos que habían llegado liderados por Maceo, pero que diez años después ya se habían hibridado con los nicoyanos. Para El Turrialba era natural hablar en nicoyano o en cubano, mezclaba los dos idiomas indistintamente; alegre y curtido por el sol de La Mansión, recitaba los poemas de Martí con acento combinado, solo que, cuando declamaba “Cultivo una rosa blanca”, terminaba riendo con malicia; Cultivo una rosa blanca, decía, quizá en junio sí, pero imagina en enero, habría que rociarla con agua del Río Morote. Entonces todos reían las ocurrencias del niño que, a los diez años ya tenía una musculatura reluciente y visible, característica de su pueblo de origen. Su habilidad para caminar en los bosques, nadar en los ríos y sobrevivir en la intemperie se fue haciendo notoria entre los habitantes de toda la región. Donde estará El Turrialba, preguntaban los amigos, y los de La Mansión siempre decían lo mismo, en alguna parte del mundo.

Cruzó los bosques de Nicoya rumbo al norte, no tenía idea a donde se dirigía, pero, en tanto caminaba, la energía seguía subiendo, y el color oscuro de su piel iba tomando forma de camuflaje, y decidió caminar durante la noche también, encontró pueblos a su paso hasta que llegó a un bosque denso y frío. Cómo se llama aquí, preguntó a unos pueblerinos, San Rafael del Norte, le dijeron con acento nicaragüense, era gente de piel oscura y serena, igual que él; pero a esa cordillera le decimos Los Bosques de la Segovia, le murmuró una joven de ojos bellos y dulces como la miel de Jicote. El Turrialba la miró con calma, y sintió que aquella luz tranquilizante que salía de sus ojos podría ser la ilusión de la vida, la búsqueda eterna de lo que ni él mismo imaginaba

que buscaba. La mujer, al ver que el joven no emitía palabra alguna, que se había quedado paralizado mirándola a sus ojos, le adelantó: a los Bosques de La Segovia no se puede ir, son montañas espesas y sagradas que nadie se anima a visitar. El Turrialba no escuchó lo que la dama le decía, pareciendo que los oídos ensordecen cuando la imaginación se sobrepone, entonces preguntó lo que imaginamos desde el inicio ¿cómo te llamas?, Elirán Santamaría, respondió la bella joven; de seguido El Turrialba, retomando el acento de su pueblo le aseguró, regresaré después de conocer La Segovia.

Continuó su camino y, durante seis meses estuvo viviendo en el bosque, lidiando con bestias salvajes y climas fríos. Una mañana, teniendo mucha hambre, se encontró a un jaguar y a una danta moribundos en un claro del bosque, respiraban despacio y en inhalaciones quedas. La danta tenía mordeduras profundas en el cuello, con perdida visible de su sangre; el jaguar mostraba las costillas quebradas y hundidas por una arremetida del tapir que, cuando está en peligro desata su fuerza feroz. El joven montañés observó la escena dantesca y se acercó sigiloso, constató que los animales ya no sobrevivirían a sus heridas. Destazó a la danta gigante que le sirvió de alimento durante el resto de su estadía en la selva. Cargaba tiras de carne en su espalda, las amarraba como si fueran mecates coyundosos y duros. Esa carne, seca y deshidratada, tenía la virtud de mantenerse en buen estado durante algunos meses, la machucaba con una piedra para poder ingerirla, y en los ríos caudalosos hacia tiras largas y las anudaba para construir una especie de puente de hamaca y cruzar con seguridad. Algunas veces las nutrias, en el cruce de los ríos, se abalanzaban sobre él y le quitaban un poco de alimento, eran animales de habilidad extraordinaria en el agua y El Turrialba no podía controlarlas. En la

tierra eran los monos Cara Blanca los que le quitaban trozos de carne; estos pequeños animales robaban el alimento y se subían a los árboles a comer, luego lanzaban pedazos de madera, caca y saliva contra la cabeza del joven. El Turrialba enojado tomaba el machete y los amenazaba, entonces los primates reían con sarcasmo desde lo alto.

Se arrescostó a una piedra gigante a reposar y a tranquilizarse, el sonido del agua lo serenaba y le daba una sensación de paz, respiraba profundamente mientras pensaba en Elirán Santamaría, otras veces recuperaba vivencias con su padre. La calma duró poco, de súbito escuchó a un animal gigante deslizarse por la hojarasca, pasos sigilosos, movimientos extraños. Un sonido lento y pegajoso rozó su cabeza dejando caer saliva ácida en su cara; El Turrialba se levantó arresortado y, antes de que un cocodrilo gigante dejara caer sus mandíbulas sobre su cabeza, lo sujetó con fuerza y comenzaron una lucha encarnizada por la vida. Se revolcaron entre la hojarasca y cayeron a la corriente del río, a una poza arremolinada de profundidades extremas; el cocodrilo le atrapó el brazo izquierdo y comenzó a dar giros en su propio cuerpo, trataba de llevarlo a la inconsciencia para engullirlo en una cueva en la profundidad del río; El Turrialba se estaba quedando sin aire, pero en un desespero de sobrevivencia mordió con fuerza la nariz del animal y le arrancó una porción de carne justo en el lugar que más sienten dolor los cocodrilos. El reptil soltó el brazo del joven, y en una maniobra de las que había visto hacer a las nutrias juguetonas, El Turrialba giró su cuerpo en redondo y logró desenvainar el machete, que sin tardar lo llevó al cuello del animal, lo cortó en una de esas vertebras donde la piel es más suave. Salió de inmediato del agua, y la animal venía flotando detrás de él. Tomó la carne, la secó al sol, y con el cuero hizo un saco para

resguardar la carne de danta que le quedaba; duro y escamoso, el cuero del cocodrilo no podía ser vulnerado por los animales del bosque. Los monos mordían el saco cargado de carne y salían escupiendo sangre con los dientes adoloridos y flojos, entonces era El Turrialba el que reía alocado frente a los traviesos Cara Blanca. De esa forma se aseguró alimento durante los cuatro meses que le faltaban para recorrer los bosques de La Segovia.

Un domingo por la noche Elirán Santamaría escuchó a los perros ladrar, y vio llegar a El Turrialba cubierto de pelo y con un cobertor a manera de abrigo, era una especie de capa hecha de piel de jaguar, pelo fino, manchas negras, amarillas casi rojizas, otras de color blanco. Unos colmillos grandes y puntiagudos colgaban del cuello a manera de collar. Unos zapatos de cuero de cocodrilo generaban un sonido seco en cada paso que daba. El collar lo desató y lo regaló a Elirán, para la mujer más bella de las tierras del norte, le dijo; parecía más desinhibido y decidido a declarar su amor a la bella joven de mirada dulce y piel tersa. Elirán era de piel oscura como el tamarindo, pero en los pómulos se notaba un rosado particular que hacía contraste con su piel. Es por el frío, le dijo ella, pero el joven no estaba interesado en saber detalles, no lo había notado en realidad, sin embargo, El Turrialba traía miel de mariola, una especie de abeja silvestre única de aquellos bosques densos y peligrosos de La Segovia; líquido milagroso, decían en el pueblo, y cualquier mal de piel, de estómago, de cabello y hasta de virilidad se curaba con miel de mariola. Con sus dedos fuertes y duros el joven Turrialba frotó las mejillas de Elirán con un poco de miel, y ella cerró los ojos disfrutando de ese momento único en las montañas de San Rafael del Norte. Al día siguiente la joven se levantó con su piel tersa y transparente como lo

había soñado siempre, fue por eso que el nicoyano sacó de su mochila una vasija llena con miel espesa color ámbar y la obsequió a la dama. Elirán, con palabras silenciosas dijo, *nunca dejaré que se acabe esta miel que me recuerda su regreso*, y el Turrialba susurró una promesa, *ya sabes que regresaré*.

Bajó de San Rafael aquella mañana, Elirán se quedó en silencio viendo el infinito, las montañas, y los pasos lentos que se dibujaban en el camino. Con el abrigo de piel de jaguar todas las tardes salía a mirar el camino; las huellas se fueron borrando de la tierra, pero Elirán Santamaría las volvía a dibujar con parsimonia, sabía dónde se ubicaba cada paso que El Turrialba había dejado para su recuerdo, y caminaba junto a las huellas de su amado jurando amor eterno.

Al paso por un pueblo llamado Masaya, El Turrialba presencié una masacre humana, eran los gringos que habían llegado del norte apoderándose de Nicaragua. Tenían muchos muertos en una plaza pública, y en una palmera de coyol estaba amarrado un general de pueblo, era un hombre valiente que había formado un ejército con obreros y campesinos para luchar por la autonomía de su nación. Pero el ejército del norte era numeroso y tenía muchas armas modernas. Había estado peleando desde el Cerro Pacaya, y la desigualdad de aquella batalla lo hizo sucumbir en las manos de los invasores. Una orden militar terminó con el general valiente que recibió una ráfaga de municiones en su cuerpo, luego lo exhibieron por todo el pueblo, y un pregonero gritaba a todo pulmón, *el que se oponga a los americanos terminará pasconeado como Zeledón*.

El Turrialba sintió que su cuerpo se estremeció involuntariamente y la sangre comenzó a correr acelerada, un calor inexplicable recorría su cuerpo por dentro, y quiso gritar, sintió la necesidad de gritar frases que había escuchado de

su padre, pero también recordó algunas estrategias que El Titán había dejado escritas a manera de manual de guerra: *PENSAR DESPACIO Y OBRAR A PRISA*. Soportó la rabia que sentía, y a su manera diseñó la guerra que prepararía, entonces dijo para sí, *un día me uniré a esta guerra para expulsar a los gringos de esta tierra*.

En La Mansión inició su preparación para la guerra que debía librar, la estrategia la tomó de los escritos de su padre, un manual de aproximadamente treita enunciados concretos para la guerra. Y cuando sentía que se estaba apresurando en sus decisiones, repetía uno de los puntos iniciales del manual: *PENSAR DESPACIO Y OBRAR A PRISA*. Recuperó el cuchillo de su padre y lo afiló con una piedra especial traída de las Minas del Aguacate, era una especie de roca caliza llamada molejón, que en la actualidad la usan para decorar los muros de las casas. Espalmó la hoja de acero y la pasaba por su cabello probando el filo que ocupaba para rebanar las cabezas de los gringos, al estilo del viejo Titán, exclamaba con orgullo.

Todas las tardes se sentaba a orillas del Río Morote a estudiar el manual de guerra, leía y se quedaba reflexionando, como si estuviera viendo aquella llanura de Baragua cuando El Titán se enfrentó al general Martínez Campos en una discusión de pocas palabras, pero de enorme convicción, donde el ibérico tuvo que salir humillado. Baraguá, Baraguá, decía para sí, mi cuento favorito. Regresaba al anochecer al pueblo, a la casona enorme construida con maderas fuertes de la región; aun sentía la energía de su padre, y recordaba los mejores momentos junto a él sentados en el pasto sacando fogotos de la tierra, o escuchando las historias que suscitaban los isleños cuando se reunían en los corredores de la casa. Su madre María ya había regresado a la Isla, pero él sentía pertenencia con La Mansión, por eso

no quiso ir a otras tierras, parecía tener incrustado en su sangre el deseo de su madre biológica, quiero que viva en la Gran Nicoya, dijo la mujer antes de morir en aquel barco maloliente que transitaba el golfo.

Cuando se sintió preparado tomó el camino del norte, llegaría a cumplir su promesa de guerra contra los gringos. Caminó por las noches, durante el día descansaba, esa estrategia la había tomado del manual de guerra. Cuando estuvo en Nicaragua se unió a un grupo de hombres que ya estaban preparando la guerra contra los gringos. Rápidamente se dio a conocer con el jefe de aquel ejército popular, un aguerrido guerrero llamado Amadeo El Segoviano, hombre de convicciones y decidido a luchar por su patria, vestía un uniforme de gabardina color café, botas de cuero y sombrero de copa alta; llevaba ese sobrenombre, El Segoviano, en virtud de ser el único hombre, antes que El Turrialba, en conocer las montañas sagradas de La Segovia. Amadeo lo nombró parte de su Estado Mayor, y le encargó preparar, basándose en el manual de Maceo, a los veintisiete hombres que formaron aquel primer contingente de libertadores; con él y con Amadeo sumaban veintinueve.

El Turrialba se convirtió en el único costarricense que se uniría a la lucha autonomista de Amadeo El Segoviano. Inició la preparación de los guerreros llevándolos a las montañas; los puso a practicar como si estuvieran enfrentando al enemigo, imaginaban toda la batalla y generaban una especie de teatro de guerra. Cuando descansaba respiraba profundo y repetía la frase, *PENSAR DESPACIO Y OBRAR A PRISA*. El día que estuvieron preparados, Amadeo El Segoviano dio la orden de ir a la guerra; salieron rumbo al norte, a las montañas insólitas de La Segovia, El Turrialba y Amadeo El Segoviano conocían esos territorios como la palma de sus

manos. Se internaron en los bosques y prepararon sus campamentos, construyeron caminos para la guerra, refugios estratégicos para esconderse en caso de persecución apresurada, prácticas de guerra tomadas del manual de Maceo. Los movimientos rápidos valen más que los combates, gritaba El Turrialba a los guerreros. Trabajaban mucho en la preparación de trampas para el enemigo y arreglaban rutas para proteger la retirada. El Turrialba tenía en su memoria una a una las enseñanzas del manual de guerra, las había memorizado a orillas del Río Morote, luego guardó el manuscrito en una pared de guayacán que aún conserva la casona de Maceo. Los visitantes llegan a La Mansión, ingresan a la casona, que ahora es una escuela para niños, y en un cajón pegado a la pared, en una especie de forro de madera, allí está guardado el manual, es un papel viejo y arrugado que aún conserva legible la letra de El Titán. En el fondo de la madera, escrita con carbón de leña, se ven las primeras letras de El Turrialba, se pueden descifrar porque ya conocemos su cuento favorito, Baraguá, Baraguá.

En las montañas se dieron las primeras batallas contra los invasores, y El Turrialba cumplió la promesa hecha en la plaza de Masaya; él, y Amadeo El Segoviano, rebanaron las cabezas de un grupo de gringos y las mancornaron en el lomo de cinco mulas fuertes. Los animales bajaron la montaña cargando cabezas de gringos en sacos de cabuya. La panza de las acémilas iba teñida de rojo achocolatado por la sangre mezclada con el barro que se forma en esos caminos de La Segovia. En el jinetillo de las monturas iba un mensaje marcado con cuchillo: *La guerra comenzó*.

Cuando la guerra estuvo preparada y se habían ganado las primeras batallas, El Turrialba se enrumboó por los caminos de San Rafael del Norte. La promesa de regresar a ver a

Elirán se cumplía a cabalidad, nunca olvidaba nada, menos a la bella dama que lo llenaba de los mejores sentimientos.

Elirán estaba en su casa, escribiendo pensamientos para su amado Turrialba, tenía un cajón repleto de cartas de amor y sueños esperados, *un día te veré llegar por esa puerta*, estaba escribiendo en ese preciso momento, como ahora, le susurró El Turrialba al oído; había entrado sigiloso como buen guerrero. La joven quiso cerrar el cajón donde estaban los miles de cartas sin enviar, pero el joven guerrero la detuvo, las leeremos juntos, le dijo, y durante la noche estuvieron disfrutando maravillosas historias de amor; la vida en la guerra es rápida, le dijo El Turrialba, mañana nos casaremos para completar nuestra promesa.

Un día después del matrimonio, en una madrugada neblinosa, EL Turrialba regresó a las montañas de La Segovia. Iba cantando canciones de su pueblo, coplas nicoyanas, poemas de amor para Elirán, todo en silencio, recordando el código de Maceo que indicaba marchar siempre en silencio. Algunas noches, con astucia y mirada de felino, bajaba hasta San Rafael del Norte, donde Elirán lo esperaba para amarlo en silencio.

Después del trabajo en las parcelas los cubanos se reunían a estudiar y discutir temas varios, entre los que no faltaban las instrucciones de cómo llegar a pelear por la independencia. La casona donde vivía Maceo era el lugar favorito para las reuniones; grande, y construida con maderas fuertes, la vivienda daba protección a los colonos. Los cubanos de la colonia agrícola se fueron acostumbrando a ese tipo de reunión, y ya no era necesario convocarlos, todos los días al ser las cinco de la tarde salían de sus casas, se iban juntando en el camino. Alguno de todos preguntaba desde el corredor, «¿a dónde van?», y se le respondía siempre lo mismo, «vamos a La Mansión de Maceo».

Con el tiempo, y después de que El Titán saliera con veintiún hombres para la Isla, los nicoyanos y los cubanos decían igual, «vamos a La Mansión». El nombre se fue haciendo grande como el mismo General Maceo, y el pueblo entero se llenó de ese sonido mágico, La Mansión, que es igual a decir Maceo, que es lo mismo que decir y sentirse orgulloso de pronunciar el nombre del guerrero. Maceo, El Titán, La Mansión, el mulato, el guerrero de Baraguá; todo eso fue llenado aquel lugar de historias que nunca quisieron irse a otra parte, se quedaron en la madera de la casona, en los caminos, en el Río Morote, en la escuela donde el guarda asegura que por las noches se encienden los ánimos de los cubanos discutiendo miles de temas al mismo tiempo.

Vine a la mansión

Fue en una televisora nacional que se proyectó una película llamada La Protesta de Baraguá, y la imagen de Antonio Maceo me quedó dando tumbos en la cabeza. Lo de El Titán me pareció mágico, solo que lejos de ser fantasía aquello había sido real.

En el mes de junio tomé un autobús y me fui a conocer La Mansión. Llegando a Puerto Puntarenas me pareció precipitada la idea de ir a ese pueblo; estaba cansado y el calor comenzaba a sofocarme. -Extraña mi decisión-, pensé. Siempre me precipito cuando la emoción me invade. Una industria de atún terminó de mellar mi ánimo, el olor nauseabundo de los desechos del pescado me causó una sensación de vómito. «Maldición» dije, siempre me pasa lo mismo. La próxima vez reflexionaré antes de salir a estas aventuras.

Me levanté para pedir al conductor que me dejara bajar en aquel lugar caliente y desesperante. Un animal triste iba caminando por el asfalto, y pensé: este lugar es un moridero de perros. Quería tomar un transporte de regreso a San José, pero un hombre de piel oscura que iba a mi lado me vio en apuros y me animó a seguir la ruta. Antes de contarle mi desgracia y la razón de ir en ese autobús me ofreció un trago de aguardiente. Era del que llaman vino de coyol. Tomé el líquido marroso y ácido, me sentí mejor; tome un poco más, me dijo amablemente el hombre. Si me asegura que no me enveneno tomaré otro trago, le dije. Es bueno para los viajes, me respondió; antes de tomar pastillas para no vomitar prefiero tomar vino de coyol, reafirmó. Tomé algo más, luego le pedí que si no era problema tomar otro poco, y así fui tomándole el gusto a ese líquido maravilloso.

Se me olvidó el mal olor de los desechos de atún, el paisaje me fue pareciendo hermoso y, hasta el reverberar del asfalto me parecía digno de observar. Un caballo estaba

muerto a la orilla de la carretera, seguramente un auto lo mató; algunos viajeros se taparon la nariz con sus pañuelos blancos, otros tomaban parte de su ropa y la aprisionaban contra su cara, no querían inhalar el olor fétido del animal descompuesto. A mí no me pareció que oliera mal, el hombre me regaló algo más de aquel líquido gustoso y, viendo la escena del caballo tirado a la orilla de la carretera pensé: pobre criatura, espero que haya degustado el buen sabor del vino de coyol.

El viaje se fue haciendo corto, y cuando la tristeza se acercaba a mi corazón, o algún paisaje me daba recuerdos no gratos de mi infancia, el vino de coyol era una buena solución. Cuando llegué a La Mansión ya era de noche, me sentí algo mareado y quería dormir. El hombre del aguardiente me llevó hasta un hospedaje sencillo en aquel lugar.

Al amanecer debía iniciar la razón de mi viaje, conocer La Mansión. Pero, ¿quién puede conocer el presente sin saber del pasado?, por eso me fui primero al parque, al mismo lugar donde están los restos del viejo ingenio azucarero.

Un árbol de mango tiraba frutas maduras. Su color era anaranjado con rojo, los mangos maduros tienen un olor a perfume dulce. Alcé la cabeza para esquivar una fruta gigante que caía con fuerza y sentí que daba vueltas. Intenté caminar, pero el sol me parecía fuego del infierno, y el mareo aumentaba. El vino de coyol, pensé, ocupó curarme, pero el hombre del autobús no estaba a mi lado, tomé agua en cantidad para amortiguar la sed insaciable, si no hay vino moriré, me dije.

Logré comer mangos. Son ricos, aun si uno tiene mareos y dolor de cabeza. Los dientes se llenan de hilachas y uno cree que es el último que comerá, pero recoge otro y después uno más. Comer mangos no es tema de llenar el estómago,

es tener el placer de sentir en la boca ese jugo purificado por el tiempo, luego no se puede parar.

Los restos del ingenio, sostenidos con muros de hormigón, están cerca de los árboles de mango. ¿A dónde mirar?, No podía mirar siquiera, me acuclillé y seguí comiendo mangos, al final saboreaba los primeros chorros de jugo y dejaba caer la fruta para tomar otra. Una voz fuerte se escuchó detrás de mí, la oí entre los retumbos que mi cabeza sentía cada vez que miraba el sol, «debajo de una mata de mango se puede hacer una fiesta» dijo el hombre del vino. La semilla de esos árboles fue traída de Cuba, me aseguró, yo no tenía interés en la semilla del árbol, trataba de quitarme la resaca con el jugo.

«Estás en apuros» me dijo. «Sí», le contesté. «Toma algo de vino para que te recuperes». Me levanté, por un poco de vino de coyol valía la pena hacer el esfuerzo. El primer sorbo me pareció ácido y marroso como la primera vez, pero los siguientes tragos de aquel líquido extraído del corazón de una palmera de coyol me parecieron sagrados. «¿Por qué los sacerdotes no consagran con este vino?», argumenté. Es el vino de los dioses, es la bebida perfecta; ¿tanta belleza puede salir del corazón de una palmera?, me pregunté.

El hombre seguía mirándome, creo que sentía curiosidad de saber a qué vine a La Mansión. «Vine a conocer este pueblo», le aseguré, quiero saber sobre los cubanos que vivieron aquí hace más de un siglo. «Todavía vivimos algunos descendientes», me contestó. Su simpatía lo delataba como una persona deseosa de contar historias de la colonia cubana. «Esos mangos fueron traídos por los primeros cubanos en 1892», me dijo sin que yo se lo preguntara. «Solo existen en La Mansión», reiteró.

Se llamaba José Rafael Oviedo, y me contó la historia de su bisabuelo que había llegado a La Mansión con tan solo diez años de edad. El niño fue creciendo entre las historias de guerra y vivencias nicoyanas. Nunca pudo regresar a la isla, quiso irse con El Titán a continuar la guerra pero aún era un niño. Para vivir las historias y hacerlas permanecer en los recuerdos de su descendencia, mi bisabuelo fue escribiendo notas que dibujaban la huella que marcaron los cubanos desde que llegaron a Costa Rica, me dijo José Rafael. Lo escuché con atención. «Mi bisabuelo fundó un almacén comercial llamado Aguas del Morote», siguió contando. Por las noches todos se reunían en ese lugar a escuchar las historias que había logrado guardar en su memoria, y en las notas que escribía desde que llegó a este país.

El Morote, pensé. Ese río guarda el espíritu de La Mansión, tantas historias en una sola corriente, Aguas del Morote. El bisabuelo de José Rafael vivió con El General Antonio Maceo. Sabes que a El General Maceo le decían El Titán de Bronce, resaltó José Rafael. Aceleraba sus palabras para poder contarme muchas historias, las mismas que su bisabuelo había contado en las Aguas del Morote. «No lo sabía», le respondí. «Esto suena mágico» susurré, aquí vivió El Titán de Bronce, el mismo General Antonio Maceo, Flor Crombet, José Maceo, María Cabrales, ¿Cuántos más?

Pensé en el mitológico Aquiles el griego, hijo de la diosa Tetis y el mortal Peleo; El Titán de Bronce, el héroe de la independencia, hijo de Marcos Maceo y María Grajales, La Mansión, Troya. Sin Aquiles Troya no podía ganar las guerras. ¿Qué hubiera pasado en la guerra sin El Titán de Bronce? ¿Se hubiera aceptado El Pacto del Zanjón y la isla fuera igual a Puerto Rico?, y, ¿La protesta

de Baraguá?, quién sino el General Maceo fue quien no aceptó la rendición.

Pero El Titán de Bronce no era mitología. Había existido en la realidad, vivió en La Mansión, viajaba desde San José cabalgando por los trillos y navegando por las aguas del Golfo de Nicoya. Tenía muchas heridas en su cuerpo, señales de guerra y de lucha por la independencia, cicatrices como un árbol de jinocuabe que pone su cuerpo para salvar la vida de otros. No resucitó como los héroes mitológicos. En realidad nunca murió, se fue alegrando a las tropas con su conocida frase, “Esto va bien”.

Contenido

Prólogo.....	5
El Titán	15
1	17
2	21
3	23
4	27
Viaje a La Mansión	31
1	33
2	37
3	39
4	41
5	47
6	49
7	53
8	55
9	57
10	61
11	65
12	69
13	71
14	73
Entre aguas.....	75
1	77
2	83
3	87
4	91
Caminos barrozos	95
1	97
2	103
3	105
4	107
5	109
6	111

En la tierra	115
1	117
2	121
3	127
4	139
5	155
6	159
7	169
Vine a la mansión	171